

HARLEQUIN

Deseo



MI ARDIENTE JEQUE

Kristi Gold

$3.50 U.S.

Mi ardiente jeque

"Mientras estés conmigo no te ocurrirá nada malo" Eso era lo que le había prometido el jeque Ben Rassad a Jamie Morris cuando la bella joven le pidió protección. Y, por mucho que se esforzó en pensar que ella era tan inocente como él experimentado, Rassad no pudo reprimir la pasión que se desató entre ambos. Cuando descubrió que ella llevaba en su vientre al heredero de su reino, decidió pedirle que se convirtiera en su esposa. ¿Conseguiría convencer a Jamie de que ella era la única mujer capaz de entender y amar al hombre que había tras su imponente imagen de jeque?

Capítulo Uno

Nunca había visto a nadie tan hermosa ni oído algo tan intolerable.

El jeque Ben Rassad fingió inspeccionar el escaparate de la tienda de antigüedades mientras observaba a la mujer joven alejarse de la tintorería adyacente.

Sostenía una prenda cubierta con un plástico transparente... y cantaba con una voz que podría despertar a aquellos que hacía tiempo habían regresado al regazo de Alá.

Cantaba con intensidad, con optimismo aparente en la voz. Cantaba sobre el sol que saldría al día siguiente, aunque en ese momento unos brillantes rayos de luz centelleaban sobre su largo pelo rubio que ondeaba a la suave brisa de abril. Cantaba como si el mañana pudiera no llegar a menos que ella lo decretara.

Ben sonrió para sí mismo. El entusiasmo de ella era casi contagioso, si no hubiera desafinado tanto.

Mientras paseaba por la acera, Ben la seguía a una cómoda distancia. Aunque era pequeña de estatura, los vaqueros potenciaban sus curvas, demostrando que era más mujer que muchacha.

Ben había notado muchos aspectos satisfactorios acerca de Jamie Morris en las semanas desde que le habían asignado su protección disimulada. Sus amigos del Club de Ganaderos de Texas en un principio le habían solicitado que la protegiera de dos hombres insistentes procedentes del pequeño país europeo de Asterland. Esos hombres habían sido enviados a investigar la causa del accidente de un avión con destino a su país y que había aterrizado a la fuerza justo a las afueras de Royal... en el que había viajado Jamie Morris, con destino a su boda con el miembro del gabinete político de Asterland, Albert Payune, un hombre con intenciones y contactos cuestionables. Jamie había sobrevivido al accidente sin ninguna herida grave ni más obligación de casarse. Aunque los presuntos anarquistas habían regresado a su país, ella seguía sin estar a salvo. El matrimonio había tenido un precio. Posiblemente la vida de Jamie.

Debido a los vínculos que la unían a Payune, Ben había memorizado los hábitos de Jamie con el fin de mantenerla a salvo y protegerla con la misma tenacidad que empleaba en los negocios. Aunque era una criatura magnífica para la vista, el deber estaba primero, algo que había aprendido de la educación recibida en un país de marcado contraste con los Estados Unidos y sus costumbres.

En ese momento debía protegerla de Robert Klimt, un hombre al que se consideraba cómplice de Payune en el intento de llevar la

revolución a Asterland, y del que Ben sospechaba que era un asesino y un ladrón. Klimt había escapado unas horas antes de su cama del hospital después de languidecer durante semanas debido a las heridas recibidas en el accidente. Era evidente que los miembros del club habían subestimado la peligrosa determinación que movía al hombre.

En ese momento, necesitaba interrogar a Jamie Morris sobre el accidente y hacer que cobrara conciencia de que sería su sombra durante el tiempo que tardaran en capturar a Klimt. Garantizar su seguridad a cualquier precio. Y con el fin de lograr ese objetivo, iba a tener que irse con él.

Con cuidado planificó el modo en que la abordaría, con el fin de no asustarla. Pero si tomaba en consideración todo lo que ella había tenido que pasar en las últimas semanas, dudaba de que se la pudiera intimidar con facilidad. Y sospechaba que no iba a gustarle lo que pensaba proponerle.

Jamie dio dos pasos más y se detuvo en la Royal Confection Shoppe, no lejos de su destino original. La canción que con tanta pasión cantaba murió en sus labios, algo que Ben agradeció.

Contempló durante largo rato el escaparate de caramelos con expresión de añoranza. Ben estudió el delicado perfil, la nariz respingona, los labios sensuales, aunque nunca había logrado discernir de qué color eran los ojos. Sospechaba que eran cristalinos, como piedras preciosas, recordándole el palacio que tenía su familia en Amythra, un sitio que en los últimos tiempos apenas pasaba por sus pensamientos. También le recordaba el legendario diamante rojo de Royal, desaparecido, y el asesinato de su buen amigo Riley Monroe. Y su misión: localizar el perdido diamante rojo y devolverlo a su escondite junto con las otras dos piedras preciosas. La existencia de las joyas se había considerado una leyenda, pero eran muy reales. Los miembros del Club de Ganaderos de Texas eran sus custodios, decretado así por el fundador del club, Tex Langley. Ningún miembro se tomaba el deber a la ligera, incluido Ben. Y en el proceso de recobrar las joyas estaba decidido a proteger a Jamie Morris.

Jamie comenzó a silbar mientras se dirigía hacia su viejo sedan azul aparcado del otro lado de la acera de la zona comercial. Ben supo que debía actuar en ese momento.

Un chillido de llantas potenció su percepción. Giró la cabeza y vio que un coche enfilaba hacia la acera, apuntando a la desprevenida Jamie.

Se le aceleró el corazón. El instinto y el adiestramiento militar lo pusieron en marcha, aunque daba la impresión de que a cámara lenta. «¡Protégela!», gritó una parte de su cerebro.

Al llegar junto a ella, la rueda delantera del vehículo se subió a la acera. Ben la apartó a un lado, fuera de peligro. La cabeza de ella golpeó el suelo con un ruido sordo. El coche se alejó.

Se arrodilló junto a ella con un nudo en el estómago, temiendo haberle causado más daño en su esfuerzo por salvarla.

–¿Señorita Morris? ¿Se encuentra bien?

Cuando Jamie intentó ponerse de pie, Ben la ayudó a incorporarse, aliviado al ver que parecía ilesa.

Ella recogió la prenda del sitio en el que había caído junto a un poste de la luz, y con una mano pequeña limpió el polvo del plástico.

–Estoy bien.

Preocupado por su condición, la tomó por el codo cuando osciló un poco.

–Quizá deberíamos hacer que la examinara un médico.

Ella lo miró con ojos algo perdidos, y tal como él había sospechado, eran claros como el estanque de un oasis. Una sonrisa se esbozó en las comisuras de sus labios plenos al tocar el *kaffiyeh* que cubría la cabeza de él.

Sin decir palabra, sus ojos se cerraron y se derrumbó en los brazos de Ben.

La alzó en vilo y notó lo pequeña y frágil que era. Lo desvalida que parecía. Se preguntó si habría fracasado en protegerla. En ese caso, nunca se lo perdonaría.

Comenzó a congregarse una pequeña multitud de compradores de sábado por la mañana. Los sonidos de preocupación resonaron en los oídos de Ben. «¿Es la pequeña Jamie Morris?», preguntó alguien. «¿Está muerta?», inquirió otro. Y un caballero mayor quiso saber si tenía que llamar a urgencias.

–No –aseveró Ben–. Le proporcionaré una asistencia médica adecuada.

Sus heridas debían de ser peores de lo que aparentaban, pero en ese momento necesitaba sacarla de la calle, alejarla del peligro inminente. Aunque no había visto al agresor, sabía quién debía estar al volante: Klimt. Pero desconocía adónde habría ido.

La sostuvo con firmeza y cruzó la calle en dirección a su coche. Ella seguía aferrando el vestido.

Agradeció que fuera pequeña y la tumbó sobre el asiento del pasajero; tiró la prenda a la parte de atrás. Rodeó el vehículo con celeridad y ocupó el asiento del conductor, descolgó el auricular del teléfono celular y apretó la tecla de la memoria del número privado de Justin Webb mientras arrancaba.

–Sí –respondió Webb, como si acabara de arrastrarse fuera de la

cama.

Ben sospechó que el hijo recién nacido del famoso médico, o su mujer, lo habían mantenido despierto toda la noche. Le pareció más probable lo último.

–Tenemos un problema serio, *Sadíiq*. Alguien ha intentado atropellar a la señorita Morris; luego escapó.

–¿Se encuentra bien?

Ben estudió la cara de Jamie, que descansaba cerca de su muslo. Los ojos le aletearon y farfulló algo que no logró entender.

–La aparté antes de que pudiera causarle un daño grave. Se irguió sola antes de desmayarse, pero se ha golpeado la cabeza sobre la acera. En este momento, va y viene.

–¿Sangra?

Buscó algún rastro de sangre. Por fortuna, no descubrió ninguno.

–No que yo vea.

–¿Puedes despertarla?

–¿Señorita Morris? –le sacudió el hombro.

Ella dobló las rodillas y apoyó las manos sobre los pechos. Le sonrió un momento antes de volver a perder la conciencia.

–Sí. Pero se queda dormida otra vez. La llevaré al hospital.

–No –desaconsejó Justin–. Si el culpable es Klimt, entonces podría estar esperándola allí. Llévala a tu casa. Háblale. Intenta que permanezca despierta. Voy para allá.

Cortó la comunicación y soltó el teléfono sobre el suelo. Volvió a sacudir el hombro frágil de Jamie.

–¿Señorita Morris?

–¿Hmmm...? –los ojos le aletearon de nuevo.

–¿Dónde se ha herido?

–Estoy bien, estoy bien –musitó, luego se acercó más a él y apoyó la cabeza en su muslo, de cara al salpicadero, con una mano sobre su rodilla por debajo de la chilaba. Pasó unos dedos delicados arriba y abajo del pantalón de seda y susurró–: Agradable.

A Ben le tembló la piel ante el contacto fortuito. Los músculos del muslo se le contrajeron. La proximidad de ella no le resultó agradable en absoluto. Era embriagadora, igual que el aroma a rosas que captó su nariz. Tampoco sus pensamientos eran agradables en ese momento.

–Madre.

Miró el rostro inocente y los ojos medio cerrados.

–¿Qué pasa con su madre?

Ella intentó alzar la cabeza y volvió a dejarla caer sobre el regazo de él.

–Vestido. El vestido de mi madre.

Era obvio que se refería a la prenda que había retirado antes. Debía tener un valor sentimental, motivo por el que se había apresurado a recogerla de la acera.

Le acarició el cabello sedoso.

–No se preocupe. Está aquí, a salvo.

Con expresión satisfecha, ella giró la cara y frotó la nariz contra él. Sin apartar la vista del frente, Ben mantuvo a raya sus deseos. Trató de concentrarse en la conducción, en llevarla a resguardo, en cualquier cosa menos en la cara de Jamie Morris en su regazo.

A las afueras de la ciudad, donde las casas y los jardines daban lugar a un terreno plano y casi desértico, cada curva del camino rural acercaba a Jamie a territorio peligroso... y el tenue control de Ben se tornaba más quebradizo. Se reprendió en silencio varias veces. En particular por la debilidad hacia esa mujer, cuyo bienestar debería estar por encima de sus obstinados impulsos masculinos.

Las puertas blancas del Flying Longhorn Ranch, su hogar tejano, no podrían haberle dado la bienvenida en momento más oportuno. Por suerte, el deportivo de Justin Webb estaba aparcado en el camino privado, con su propietario esperándolo de pie en el porche.

Apartó con suavidad la cabeza de Jamie, bajó, rodeó el vehículo y la alzó en brazos. Se dirigió con celeridad adónde se hallaba Webb.

–Llévala dentro –indicó Justin.

Ben obedeció y se dirigió hacia la habitación de invitados seguido de su amigo. Una vez dentro, la depositó con cuidado en la colcha de brocado de seda.

Justin pasó a su lado, alzó la blusa de Jamie, le desabotonó los vaqueros y le tocó el abdomen en varios sitios.

–El vientre sigue blando.

Ben lo imaginó suave como el colchón de plumas en el que estaba acostada.

–¿Eso es favorable?

–Sí. No recula.

Jamie trató de apartar la mano de Webb.

–Dejadme en paz. Estoy cansada.

–He de hacerlo, Jamie. Aguanta –continuó presionando el vientre, examinándole la caja torácica. Miró a Ben por encima del hombro–. Ayúdame a quitarle los vaqueros. Quiero cerciorarme de que no tenga ningún hueso roto.

A Ben lo sorprendió descubrir su renuencia.

–Se levantó después del accidente. Creo que eso debería indicar que no tiene nada roto.

–Eso fue por la adrenalina. Puede tener alguna hinchazón que

indique lo contrario. En ese caso, necesitaríamos llevarla al hospital.

Ben sintió como si unas manos invisibles le impidieran moverse.

–Llamaré a mi ama de llaves para que te ayude.

–Vamos, Ben –Justin lo miró ceñudo–. Sé que has visto a mujeres medio desnudas con anterioridad. Y sé que fuiste el culpable de que se hallaran en ese estado.

Ben no supo qué responder. Su amigo no comprendía que, en otras circunstancias, desvestir a Jamie Morris le proporcionaría un gran placer. Pero debía resistir los pensamientos tentadores. Si quería mantenerla a salvo, no podía permitirse ninguna distracción.

Mientras Justin le bajaba los vaqueros por las caderas estrechas, Ben se obligó a quitarle las zapatillas y a sacarle los pantalones por las piernas esbeltas. De inmediato apartó la mirada del pequeño triángulo de encaje blanco que cubría sus secretos femeninos. Maldijo los impulsos carnales que trataron de emerger a la superficie..

Se apartó de la cama y se ocupó doblando los vaqueros para no mirar el magnífico cuerpo de Jamie. Después de tenerla apoyada en su regazo en el coche, lo último que necesitaba era ver a Jamie Morris desnuda como un bebé.

–Por lo que puedo sentir, no hay ningún hueso roto –indicó Justin–. No parece sentir dolor cuando la toco. Tiene un hematoma feo que empieza a manifestarse por encima de la cadera.

–Supongo que eso es por mi culpa –Ben mantuvo los ojos centrados en un cuadro que había al otro lado de la habitación–. La empujé con más fuerza de la que pretendía.

–Le salvaste la vida, Ben. No seas duro contigo.

Giró la vista cuando Justin le cubrió la mitad inferior del cuerpo con la colcha. Hurgó en el maletín negro que había llevado con él y extrajo un estetoscopio. Lo deslizó debajo de la blusa para escucharle el corazón. Luego sacó del maletín una linterna pequeña, abrió un párpado de Jamie, luego el otro, e iluminó cada ojo con el diminuto rayo de luz.

–¿Estás ahí, muchacha? –preguntó.

Ella abrió los ojos y en sus profundidades verdes brilló el reconocimiento.

–¿Doctor Webb?

–El mismo. ¿Puedes decirme dónde te duele?

–La cabeza me duele como mil demonios –musitó.

Justin se la alzó para examinarle el cráneo.

–Tienes un chichón desagradable.

–Tengo tanto sueño –bostezó y cerró los ojos otra vez.

Justin se incorporó de la cama y miró a Ben.

–Tiene las pupilas reactivas, así que lo más probable es que haya sufrido una ligera contusión. Puedes dejarla dormir, pero asegúrate de despertarla periódicamente. Llámame si muestra algún otro síntoma, más dolor, vómitos, o si no consigues que despierte. Voy a ver qué puedo averiguar sobre Klimt.

–¿Deseas que permanezca con ella? –contuvo un súbito pánico–. ¿Solos?

–Sí –Justin le palmeó la espalda–. Puedes hacerlo. Me podrás localizar. Si sospechas que su condición ha empeorado, llama a urgencias. La ambulancia llegará en un abrir y cerrar de ojos. Pero apuesto a que solo necesita dormir para que se le pase.

–¿Estás seguro? Discúlpame, pero tu especialidad es el arreglo de imperfecciones.

–Créeme, Ben, antes de especializarme en cirugía plástica y dedicarme a la consulta privada, tuve mi buena ración de traumatismos en ultramar. Debes aprender a evaluar las lesiones al instante. Jamie se pondrá bien. Es una joven dura. Últimamente ha pasado por mucho. Por encima de todo, probablemente esté agotada.

–Sí, creo que tienes razón –convino aliviado–. He notado que se queda despierta hasta tarde por la noche.

–Te has tomado esto de la protección muy en serio, ¿verdad? –Justin le lanzó una sonrisa perversa.

–Se me encargó que protegiera a la señorita Morris –se irguió y adelantó el mentón, esperando ocultar la culpabilidad que sentía–. La he vigilado, tal como tú y los demás miembros del club habéis acordado –no pensaba reconocer que había sido un placer.

–Bueno, pues sigue haciendo lo que estás haciendo. Te llamaré a lo largo de la noche.

En cuanto se despidieron, Ben fue a la cocina a buscar a Alima. El ama de llaves se hallaba ante el fuego con unos auriculares en la cabeza, hábito que había adoptado recientemente durante sus actividades domésticas.

Le permitía esa concesión, sabiendo que era inútil argüir que no oiría el timbre o el teléfono debido a la música country que martilleaba en el CD portátil que le había regalado para su sexagésimo cumpleaños. En ocasiones se maldecía por ello. Pero haría cualquier cosa por Alima. Estaba con él desde su nacimiento, y en América era la única conexión que tenía con su cultura. No funcionaría sin el cuidado de ella. No a menos que decidiera cenar todos los días en el Bistró de Claire o morirse de hambre.

Quizá por eso no se había preocupado en encontrar esposa. Alima satisfacía todas sus necesidades... excepto una. Centró los

pensamientos en Jamie Morris y en cómo le recordaba que había descuidado esa necesidad en meses recientes.

–Alima –tocó el hombro del ama de llaves.

Ella se quitó los auriculares y soltó un suspiro de impaciencia.

–Sí, Hasim. La comida estará pronto.

–No es eso lo que necesito en este momento. Quiero que me acompañes a la habitación de invitados.

–¿Tendremos visita? –le sonrió entusiasmada.

Alima disfrutaba con los visitantes, y últimamente no había habido ninguno, algo que le había mencionado a menudo a Ben. Este consideró que mientras tuviera a Jamie Morris a su cuidado, podría aportarle compañía a la mujer mayor.

–Ya hay alguien. Ven –le indicó que marchara y la siguió.

Alima se quedó boquiabierta al ver a la mujer que yacía en la cama. Los atributos femeninos que Ben había tratado de no ver volvían a hallarse expuestos.

–¡Hasim! –los ojos del ama de llaves se oscurecieron por la ira más que una medianoche sin luna–. ¿Qué has estado haciendo con esta *bint?*

–No es una muchacha, sino una mujer adulta –hasta a sus oídos sonó a la defensiva, como si se hubiera entregado a actos deshonrosos con Jamie Morris. Suspiró y centró su atención en Alima–. No es lo que piensas. Ha resultado herida. El doctor Webb la ha examinado y yo he de encargarme de que se encuentre bien hasta que despierte. Creo que estará más cómoda si la desnudas.

–Da la impresión, Hasim, de que tú ya lo has hecho.

Ben apretó la mandíbula, a punto de perder la paciencia.

–No la he desvestido. El doctor Webb se encargó de eso para examinarla. Encuéntrale algo que ponerse –señaló la puerta–. Ahora.

Alima abandonó la habitación, musitando una letanía de maldiciones en árabe seguida de una plegaria por el alma perversa de Hasim bin Abbas kadir Jamal Rassad.

Jamie se agitó, tratando de escapar de las terribles imágenes.

El accidente de avión. El fuego. Los escombros. Los gritos de Lady Helena.

No. El avión no.

Un coche iba hacia ella. Volaba por el aire. Caía. Caía.

Los brazos de un desconocido a su alrededor.

Intentó sentarse, pero no pudo. Alguien se lo impedía.

Luchando por su vida, cerró la mano y golpeó al atacante

desconocido. Sintió una prensa férrea en torno a la muñeca.

–Sshhh, pequeña. Ya está a salvo.

La voz no era amenazadora. Sonó más a la voz de un amante, que intentaba aplacarla.

Parpadeó varias veces para centrar la vista y observó un rostro que haría que Adonis bajara la cabeza avergonzado. Una tela blanca, asegurada por una fina banda dorada alrededor de la frente, le cubría el pelo pero enmarcaba una mandíbula fuerte ensombrecida por patillas. Unos ojos misteriosos la observaban, su color entre el de la rica tierra y el acero fundido. Vio preocupación y compasión en ellos, y algo familiar. Pero no lo conocía de nada. De lo contrario, lo recordaría, aun cuando en esos momentos su memoria estaba fragmentada.

–¿Dónde me encuentro? –preguntó con voz débil.

Él aflojó el apretón sobre la muñeca, pero sin soltarla del todo.

–Está a salvo.

Jamie apartó la vista de él y contempló su entorno. De las paredes amarillas colgaban tapices y sobre una cercana mesa lacada había unos jarrones elaborados. Desde lo alto de la cama caía una tenue mosquitera. Se preguntó si seguiría en Texas. No era posible. Estaba en un lugar exótico. Hermoso. Extranjero.

–Señorita Morris, no tema nada.

«Sabe cómo me llamo».

Volvió a observar al desconocido. ¿Sería Payune? ¿Habría cambiado de parecer y decidido casarse con ella, después de todo?

No era probable, y esperaba que no.

Según los informes, Payune rondaba los cincuenta años. Ese hombre como mucho tendría treinta y cinco. Y su ropa indicaba que no era de un pequeño país europeo. En Asterland no usaban túnicas ni se cubrían la cabeza.

Ese desconocido atractivo era Aladino en su edad dorada. Valentino reencarnado. Un caballero del desierto.

Pensó que la habían vendido como esclava, pero de inmediato lo descartó como un concepto ridículo.

Pero no tan ridículo como ser vendida como ganado joven para casarse con un hombre al que jamás había visto, matrimonio arreglado por su padre para sanear el fracaso de su granja. ¿La habría secuestrado ese desconocido? ¿También esperaría que lo obedeciera?

¿Por qué no? Prácticamente se encontraba encima de ella, puro músculo duro y masculino cada centímetro de él, desde el torso sólido que le presionaba los pechos hasta el muslo musculoso metido entre sus piernas. Por no mencionar todos los puntos intermedios, algunos

demasiado obvios para no notarlos.

Quienquiera que fuese, pensaba hacerle ver desde el principio que no le gustaba que la manipularan unos desconocidos que tenían designios para su cuerpo.

Se afanó por soltarse. Cuanto más luchaba, con más presión le sujetaba él las muñecas y más conciencia adquiría de su fuerza... y de su innegable masculinidad.

–Quédese quieta, señorita Morris –pidió con el aliento cálido abanicándole la cara–. Se hará daño.

–No sé qué es lo que cree, amigo –soltó con los dientes apretados–, pero si espera que sea su esclava sexual, será mejor que lo olvide.

–Estoy aquí para protegerla –indicó con expresión confusa–. Necesito que me prometa que no intentará huir. Solo entonces la soltaré y podré explicárselo.

–Muy bien –le pareció mejor mostrar su acuerdo–. Ya puede levantarse. Me quedaré quieta como una buena chica.

Con expresión reservada, le soltó las muñecas y se sentó, pero permaneció en el borde de la cama, dejando poca distancia entre ellos.

–Soy el jeque Hasim bin Abbas kadir Jamal Rassad, príncipe de Amythra, con residencia actual en la ciudad de Royal, en el estado de Texas. Puede llamarme Ben.

En ese momento lo recordó. Según los rumores, era asquerosamente rico. Un hombre misterioso relativamente nuevo en Royal, miembro del exclusivo Club de Ganaderos de Texas. Pero nadie se había molestado en mencionar lo atractivo que era.

–Y bien, príncipe Ben, ¿dónde estoy? –preguntó.

–En mi casa.

–¿Y cómo, si es tan amable, llegué aquí?

–¿No recuerda el coche? –se frotó el mentón.

Buscó en su mente, pero solo sintió más dolor de cabeza.

–Recuerdo que acababa de recoger el vestido –«el vestido de su madre». Trató que no la dominara el pánico–. ¿Dónde está el vestido ahora? He de saberlo.

–En aquel armario –indicó dos puertas del otro lado de la habitación–. Se halla en perfecto estado.

Jamie se sintió algo mejor. Por lo menos el vestido había sobrevivido. Y también ella. Por el momento.

–Recuerdo que alguien me empujó. Luego una caída.

–Me temo que fui yo quien la tiró al suelo. Fue así como se golpeó la cabeza.

–¿Por qué?

–Para evitar que la atropellara el coche –de pronto se puso serio–.

Corre serio peligro, señorita Morris.

–¿Y qué es exactamente lo que eso tiene que ver con usted?

–Los miembros del Club de Ganaderos decidieron que yo debería protegerla. Su conexión con Albert Payune la ha situado en una posición precaria.

–¿Conexión? –se preguntó qué nivel de extrañeza podía alcanzar su vida–. ¡No teníamos una conexión! Ni siquiera lo conozco.

–En cuanto se sienta mejor, terminaré de explicárselo.

–¡Me siento bien! –se sentó de golpe y las palpitaciones en el cráneo le provocaron un gran mareo. Volvió a apoyar la cabeza en la almohada–. De acuerdo, quizá no tan bien.

–El doctor Webb la ha examinado –indicó con preocupación–. Cree que padece una leve contusión. Me ordenó que me cerciorara de que descansaba.

–¿Estuvo aquí? –al menos no había soñado con su aparición.

–Sí. Después de su examen, decretó que necesitaba dormir.

Sentía los párpados tan pesados como el martillo que le aporreaba la cabeza.

–Es una buena idea. Creo que echaré otra cabezadita.

El jeque se incorporó con un movimiento grácil y se irguió ante Jamie, recto y fuerte y maravilloso más allá de lo legalmente permitido.

–Estaré cerca. Si necesita algo, por favor, no dude en llamarme.

–Claro –repuso algo mareada.

–Me encargaré de que esté a salvo –la estudió un momento–. Mientras se encuentre conmigo, no sufrirá ningún daño.

Entonces abandonó la habitación.

Jamie se quedó contemplando la puerta mucho después de que se cerrara, preguntándose cómo diablos se había metido en esa situación. Su padre, por supuesto. Si no hubiera aceptado el maldito acuerdo matrimonial, junto con la elevada recompensa, habría pasado el resto de su vida sin saber nada de Albert Payune o Asterland. O del jeque Ben Rassad.

Debía reconocer que él parecía auténticamente preocupado por su seguridad. No obstante, tenía muchas preguntas que responderle.

Bostezó otra vez. Demasiado cansada para pensar en algo que no fuera dormir, cerró los ojos y se acomodó en la suave cama, con las palabras del príncipe Ben reverberando en sus oídos.

«Mientras se encuentre conmigo, no sufrirá ningún daño».

Asombrosamente, se sentía a salvo. Segura. Protegida.

Al volver a quedarse dormida, tuvo sueños agradables, no imágenes de pesadilla sobre el fin del mundo. Tuvo visiones de arena



del desierto, noches estrelladas… y su papel como la esclava del amor de un jeque sexy llamado Ben.

Capítulo Dos

Los gemidos suaves pusieron a Ben de pie. Había dormitado mientras mantenía la vigilia junto a la cama de Jamie, pero en ese momento se despertó por completo, preocupado por el estado angustiado de ella.

Se acercó al cabecero de la cama y le acarició el pelo.

–Está a salvo –murmuró–. Estoy aquí. Nadie le hará daño.

Ella siguió debatiéndose y musitó: «Por favor».

Una fiera oleada protectora lo recorrió. Sin pensárselo, se metió en la cama con ella y la acunó en los brazos. Jamie se acurrucó con la espalda pegada al pecho de él, encajando a la perfección contra su cuerpo. Aunque reinaba la penumbra, desterrada únicamente por la luz de la luna, Ben pudo ver que el tenue camisón de muselina con que la había vestido Alima se le había subido hasta el nacimiento de los muslos. Con una mano se lo bajó y rozó piel cálida. De inmediato la tapó con la sábana de satén.

No supo si era una tortura o una prueba a su fortaleza. Pero era un hombre, no un superhumano, y su cuerpo reaccionó como el de cualquier hombre. Aunque no pensaba dejarla hasta que se hubiera calmado. Pensaría en otras cosas aparte de en su cuerpo pequeño, en los pechos redondos, en el trasero apenas a unos centímetros de territorio traidor.

Intentó pensar en las citas inminentes. En sus inversiones. En el viaje que realizará en el verano a Amythra para visitar a su madre.

Su madre.

Sin duda se sentiría avergonzada por su reacción ante esa mujer desvalida en sus brazos. Esperaría de él que fuera fuerte. Que mantuviera una reserva de acero. Era más fuerte que cualquier mujer que hubiera conocido, excepto, quizá, Jamie Morris.

Era una mujer decidida, y por ese motivo jamás encajaría en su cultura. En muchas ocasiones había presenciado las luchas de su madre europea con las costumbres de Amythra. Pero había amado a su marido y se había adaptado lo mejor que pudo. Y en ese momento estaba sola en un lugar que aún le era extraño, incluso después de cuarenta años. Por esa causa Ben debía visitarla pronto. Después de que se hubiera asegurado de que Jamie se hallaba a salvo.

Esta volvió a moverse, interrumpiendo sus pensamientos y

llevándolo al borde de la locura. Las firmes nalgas se frotaron contra su encendida virilidad. Decidió que en cuanto se acomodara, la dejaría y regresaría a la silla fría, a pesar de que esa idea carecía de atractivo.

Se maldijo por el hecho de que llevaba tiempo sin estar con una mujer. Sin duda esa era la causa de su reacción. Había regresado a su hogar hacía semanas. En su país había mujeres dispuestas a cuidar de sus necesidades. Mujeres experimentadas para las que era un honor llevarlo a sus camas debido al rango que ostentaba. Sin embargo, esas uniones no tenían emoción y lo dejaban con el cuerpo saciado y el alma vacía.

Jamie Morris era diferente de esas mujeres. Despertaba en él sentimientos que rara vez había experimentado en sus treinta y seis años. Su necesidad de proteger, de mantenerla a salvo, era tan fuerte que sabía que moriría antes de dejar que sufriera daño alguno.

Envió una silenciosa plegaria de gratitud cuando ella dejó de moverse.

El sueño era tan agradable que Jamie no quería que terminara. Las visiones eran tan reales que podía sentir los brazos de su amante imaginario en torno a ella.

Una luz invasora penetró en sus párpados cerrados y el fragante aroma a café incitó sus sentidos. Resistió las distracciones y buscó una manta para taparse la cabeza. Tocó algo que en absoluto se parecía a la colcha de su abuela.

Un brazo peludo y grande que no era de ella. Después de observar la piel dorada cruzada por venas prominentes y los dedos grandes unidos a una mano, decidió que era decididamente masculino. Era una mano bonita, muy bonita.

Despertó, se sentó de golpe y se cubrió hasta el mentón con la sábana. Empezaba a recordarlo todo. No se hallaba en su cama ni estaba sola.

¿Cómo había podido meterse alguien en su cama sin que ella se hubiera enterado?

–¿Qué está pasando? –siseó, luego gritó–: ¡Ayy! –cuando se golpeó el cráneo dolorido contra el cabecero de la cama.

Solo entonces se dio cuenta de que el brazo era una extensión de un hombre real medio desnudo a quien no reconoció, hasta que miró sus ojos grises que en ese momento la observaban por debajo de unas pestañas pecaminosamente largas. El hombre que había ocupado sus sueños.

El príncipe Ben, el jeque salvador.

Con gesto lento, él se mesó el pelo, tan oscuro como el crudo que había llevado tanta prosperidad a Royal.

–¿Ha dormido bien?

Aturdida por el sexy jeque, no fue capaz de musitar ninguna palabra.

Cuando siguió mirándolo, él esbozó una sonrisa que le enmarcó la boca con unas finas líneas y potenció las arrugas tenues que había alrededor de sus ojos. Tenía la sombra de una barba que le daba un aire sensualmente siniestro. Supuso que debía de afeitarse dos veces al día.

Y estaba en la cama con ella. Con Jamie Morris, quien ni siquiera daba un beso en la primera cita.

–¿Bien? –preguntó él con voz ronca.

–¿Bien qué?

–¿Ha dormido bien?

–Sí, gracias –había encontrado la voz, pero en el proceso había perdido el cerebro. Ese no era momento para intercambiar palabras amables–, ¡No! Quiero decir... ¿por qué está metido en la cama conmigo?

Él se puso boca arriba y apoyó las manos bajo la cabeza. La mirada de ella siguió el sendero de vello oscuro que comenzaba como una esterilla sedosa entre sus pectorales y se iba ahusando por su abdomen antes de desaparecer en la cintura de los pantalones rayados de su pijama. Y justo debajo de eso...

«Santo cielo».

Como alguien que ve una película de terror, Jamie no quería mirar, pero le era imposible apartar los ojos de esa visión hipnótica, aunque su vida dependiera de ello.

De pronto se dio cuenta de que el hombre estaba hablando. Lo miró a la cara y la sonrisa de él se ahondó, causándole un profundo rubor.

–Tenía pesadillas. Me preocupó que pudiera lastimarse si se debatía mucho.

Ella no recordaba ni una sola pesadilla. Y sí un sueño estupendo.

–Oh.

–Así que me tomé la libertad de abrazarla hasta que se calmó. Me disculpo si mi presencia en su cama la ha alarmado.

–No estaba precisamente alarmada. Solo un poco nerviosa –y seguía estándolo, pero no sufría ningún temor, como él había supuesto. Lo que la inquietaba era que sus sueños hubieran sido reales y que él no le contara la verdad absoluta. Se mordió el labio unos momentos, tratando de decidir cómo abordar el tema. La solución más

sensata parecía formular una pregunta directa–. ¿Hemos...? –«¿cómo podía preguntarle eso?».

–¿Hemos qué? –la inmovilizó con sus ojos oscuros como la noche.

«¿Hemos hecho esa cosa salvaje? ¿Hemos lanzado hurras? ¿Hemos revuelto las sábanas?».

No pudo forzarse a decir nada de eso.

Él tuvo el descaro de volver a sonreír.

–Estoy esperando.

Jamie tuvo la clara impresión de que le gustaba verla retorcerse como una lombriz en un anzuelo.

–Ya sabe... usted y yo... juntos. En la cama.

La sonrisa de él desapareció, sustituida por una expresión oscura y sensual que incluso desarmaba más.

–¿Si hicimos el amor?

–Sí. ¿Lo hicimos?

–¿Por qué supone eso?

No le importaba mencionarle el sueño, pero se negaba a revelar que el principal protagonista había sido él.

–Bueno, porque estaba agitada. Y se encuentra en la cama conmigo. Y luego tuve esas imágenes de manos... y cosas –muchas cosas.

–¿De alguien que le hacía daño?

–No. Todo lo contrario.

Él se puso de costado y se apoyó en un codo para mirarla otra vez.

–¿Se refiere a unas manos que la tocaban? ¿Quizá a una boca que besaba cada centímetro de su cuerpo hasta conseguir que se retorciera de placer? ¿A alguien que le hacía el amor hasta que la dejaba sin respiración, suplicando más y eso mismo que usted temía, entregándose a las sensaciones hasta que su cuerpo y su alma se perdían?

Habló con una voz baja que hizo que Jamie temblara y sudara al mismo tiempo. Con esfuerzo, logró asentir.

–Sí, algo parecido.

Él volvió a esbozar una sonrisa a medias.

–No, señorita Morris. Eso no sucedió entre nosotros. De haber ocurrido, usted lo sabría. No lo olvidaría con tanta facilidad.

Sin más comentario, abandonó la cama con movimientos gráciles, como una pantera al acecho de su presa. Y Jamie permaneció sentada con la boca abierta, sintiendo los huesos como si fueran masilla, el cuerpo inmerso en calor y la cabeza dándole vueltas por las palabras de él.

Mientras se dirigía a una silla en el otro extremo de la habitación,

Jamie no pudo evitar notar el modo en que los pijamas se tensaban con cada paso, revelando un trasero cuya mejor descripción sería una obra de arte. Recogió una pesada bata azul y se la puso, para decepción de ella.

Volvió a mirarla, en esa ocasión con expresión seria e inescrutable.

–Debe tener hambre. Haré que mi ama de llaves le traiga el desayuno para que pueda recuperar las fuerzas.

Iba a necesitar todas sus fuerzas para oponerse al control que ejercía sobre ella. A su deseo de conocerlo.

Apartó la colcha y esos estúpidos pensamientos, se deslizó al borde de la cama y bajó los pies al suelo lujosamente enmoquetado. Necesitaba largarse de allí. Lejos de él. El peligro al que podía enfrentarse en el exterior no era nada comparado con el peligro que representaba ese hombre para su cordura y súbitas necesidades.

–Sí. Estoy hambrienta. Pero puedo comer en cuanto me haya llevado a mi apartamento.

–Me temo que eso no es posible.

–¿Por qué no?

–Debe quedarse conmigo hasta que encontremos al hombre que intenta dañarla.

Se puso rígida e intentó incorporarse. Se sentía débil como una recién nacida. Apoyó la mano en un poste de la cama para sostenerse y evitar caer delante de ese hombre. Se negó a permitir que creyera que era incapaz de cuidar de sí misma.

–Mire, príncipe Ben, estaré bien. Si sucede algo, llamaré a la policía –sus rodillas gelatinosas no querían sostenerla.

Él se acercó a la cama para tomarla del codo cuando la vio apoyarse en la estructura.

–No es posible. Esta vez no podemos involucrar a la policía.

Ese tipo tenía demasiadas reglas, de las cuales ella no entendía ninguna. También irradiaba una sensualidad que no resultaba fácil soslayar.

Lo miró y solo en ese momento se dio cuenta de que era alto, muy alto, tanto como para intimidar.

–¿Le importaría explicarme por qué no puedo llamar a la policía?

–Confíe en mí, señorita Morris, es por su bien. Cuanto menos sepa, será mejor.

Jamie decidió que se equivocaba. Aunque por el momento le seguiría la corriente. Estaba demasiado cansada para discutir.

–Como todavía no puedo ir a casa, ¿le importa si utilizo su cuarto de baño para refrescarme?

–En absoluto. Pensé que quizá desearía darse un baño, de modo

que le pedí a mi ama de llaves que le preparara algunas cosas. Por aquí.

La guió hasta el cuarto que había del otro lado del pasillo. En cuanto llegaron a la puerta, Jamie esperó que él se marchara. Pero no lo hizo.

Con la mano en el pomo de la puerta, le ofreció su sonrisa más almibarada.

–¿Se me permite disfrutar de cierta privacidad?

–Pensé que quizá querría que se lo preparara.

–¿Para que pueda mirar? –sonó como si ella misma lo deseara.

–Sin importar lo tentador que podría resultar eso, le concederé su privacidad después de que la ayude a prepararse.

–Me las arreglaré. Ya me siento mucho más fuerte –«mentirosa».

–Como desee. Si descubre que requiere ayuda, hay un intercomunicador cerca de la bañera...

–Puedo manejar esto. Se lo prometo.

Entró en el cuarto de baño y le cerró la puerta en las narices. Se dio la vuelta y se reclinó contra la superficie de madera en busca de apoyo. Pero no tenía nada físico. Era él quien le aflojaba las rodillas y le hacía temblar el cuerpo.

Decidida a expulsarlo de la mente, se concentró en el baño opulento salido de sus fantasías.

Varios escalones de mármol negro conducían a una bañera de hidromasaje con un inmenso ventanal en forma de arco al fondo. El lavabo doble de mármol a juego exhibía grifos de oro con dispensadores de jabón y contenedores de cepillos de dientes adornados con joyas. Junto al lavabo había un cepillo de dientes con un dentífrico nuevos, junto a unas toallas negras. En un anaquel dorado de metal colgaba un albornoz rojo y ropa interior. La suya.

«¿La mía?».

Plantó ambas manos en las nalgas. Nada. No llevaba puesto nada salvo un camisón demasiado grande. Los agujeros para el brazo le colgaban hasta la cintura. No le extrañó tener frío.

¿Quién le había quitado las braguitas blancas de encaje y por qué acababa de notarlo?

Porque apenas había estado coherente. Y era evidente que el miserable la había desnudado para tomarse libertades. No era posible. No le había hecho nada lujurioso a su persona. No había duda al respecto. Como él muy bien había dicho, Jamie lo sabría.

Al recordar las palabras sugestivas de él, la idea de que la desvistiera hizo que la recorriera un escalofrío que la excitó.

No obstante, pensaba mantener una conversación seria con el

jeque. Como mínimo, iba a informarlo de que desvestirla sin su consentimiento era un acto poco caballeroso. Valoraba su intimidad, y aunque no era tan recatada, si tenía ciertos patrones y expectativas. Si alguien iba a desnudarla por primera vez, lo mejor era que estuviera consciente durante el proceso.

Cuando se metió en la bañera, el agua templada le alivió las extremidades doloridas e hizo que se sintiera otra vez más humana.

Después de holgazanear un rato y de ocuparse de todos sus cuidados, Jamie volvió a sentirse medianamente bien. Lo único que le faltaba era comer algo y convencer al jeque de que necesitaba irse a casa. Sin embargo, no sabía cómo poder hacerlo en bata y ropa interior. ¿Dónde le habría escondido los vaqueros y la camisa? Sin ropa, no podría escapar. Era obvio que pretendía mantenerla allí en contra de su voluntad.

Se puso la ropa interior y el albornoz, luego abrió la puerta y trató de evaluar por dónde tendría que empezar para encontrarlo. Marchó por el pasillo y se asomó a varias habitaciones, todos dormitorios decorados con colores brillantes, aunque no encontró al hombre de muchos nombres, y sin duda muchos talentos.

Al final del corredor, unos olores maravillosos la impulsaron a continuar. La cocina debía de estar cerca y quizá lo encontrara allí. Pero antes de alcanzar su destino, llegó hasta una enorme sala de estar.

El sitio era una mezcla de lujo y confort. Una combinación de Occidente y Oriente. Unos cuernos colgaban cerca del techo abovedado sobre una chimenea de roca blanca, y debajo un tapiz púrpura con los colores del arco iris descendía por la pared de piedra hasta el comienzo del hogar.

Se adentró en la estancia y notó otra abertura y un pasillo que parecía avanzar durante kilómetros. En la zona inmediata, varias sillas y alfombras estaban diseminadas sobre los lustrosos suelos de parqué, de elegantes colores oscuros. Todo el lugar era terciopelo y mármol, un rancho con el que la mayoría de la gente solo soñaría, y algo a lo que ella no había estado expuesta en sus veintidós años. Siempre había apreciado lo sencillo. Le gustaba lo sencillo. Aunque podía llegar a acostumbrarse a lo lujoso.

Estudió la sala hasta ver un inmenso sofá de color caramelo a un lado de la chimenea. En el centro de ese sofá se sentaba un hombre que leía un periódico, con las largas piernas extendidas ante él y las botas apoyadas sobre una mesita de centro. Llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta ceñida.

Ben contempló a Jamie de pie ante él, enfundada en un albornoz grande, con los ojos centelleando de cólera y la delicada mandíbula apretada. Sospechaba que no tardaría en exigir más respuestas que en ese momento él no se sentía con libertad de ofrecerle.

Dejó el periódico, bajó los pies de la mesa y se irguió.

–Se la ve mucho mejor. Revitalizada –con el pelo húmedo cayéndole sobre los hombros esbeltos y la cara libre de maquillaje, era toda suavidad e inocencia. Un ser celestial.

–¡Cómo se atreve!

Ya no parecía angelical, sino tan enfadada como Alima cuando un torneo de tenis interrumpía las comedias que le gustaba seguir por la tele.

–No entiendo.

–¿Cómo se atreve a desvestirme y a ponerme ese camisón transparente? Nunca en la vida...

–Señorita Morris...

–... he conocido a un hombre que pensara...

–Señorita Morris.

–... que podría salirse con la suya para desnudarme sin que yo me enterara y... –se llevó una mano a la cabeza y dio la impresión de que podría desmayarse.

Él se levantó de un salto y la rodeó con los brazos para evitar que se cayera.

–Señorita Morris, debe calmarse. Sigue sin estar recuperada.

Ella lo miró, aunque no lo apartó ni intentó golpearlo. De hecho, se apoyó en él.

–Estoy bien, muchas gracias.

No parecía estar bien. Se la veía pálida.

–Creo que no –la sostuvo con más fuerza.

–Quiero irme a casa –insistió.

–Le dije que no era posible.

–No puede retenerme aquí –lo miró desafiante.

–Espero que comprenda que es necesario con el fin de garantizar su seguridad.

–Yo le diré lo que es necesario. Necesito encontrar un trabajo –lo aferró por la pechera de la camiseta–. Me estoy quedando sin dinero. He de pagar el alquiler de mi apartamento ya mismo. Luego la letra del coche –sonaba desesperada.

Le frotó la espalda para consolarla, demasiado consciente de los pechos pegados al torso, de su olor, fresco y limpio, femenino. La abrazó con más fuerza para sostenerse.

–Me ocuparé de usted hasta que llegue el momento en que pueda regresar a su apartamento. Me encargaré de pagar sus deudas y de que se encuentre cómoda en mi hogar por el momento.

–No necesito su caridad –se puso rígida–. Puedo cuidar de mí misma.

La actitud que mostraba era el motivo por el que nunca se había involucrado con una mujer estadounidense. Aunque admiraba su independencia, no siempre la entendía, igual que en ocasiones no comprendía a su propia madre. El orgullo no la mantendría a salvo, pero él sí. Y lo haría.

–Lo consideraremos un regalo.

–Un préstamo –corrigió, dando la impresión de que cedía.

Ben experimentó una profunda satisfacción ante la idea de que aceptara quedarse con él.

–Luego discutiremos su situación financiera.

–¿Al menos puedo ir a casa a recoger algo de ropa? –se relajó un poco.

–Yo le encontraré vestimenta adecuada.

–He de alimentar a... mis peces.

La tomó del brazo y la condujo al sofá; luego la hizo sentarse a su lado. Parecía mejor establecer algo de distancia entre ellos, recordar su deber hacia ella.

–La llevaré a su apartamento, donde podrá alimentar a sus mascotas y recoger algo de ropa –suspiró–. Pero debe acordar volver conmigo –la sonrisa de ella llegó hasta los ojos, lo que le aceleró el corazón.

–De acuerdo. ¿Es un trato?

–Sí, pero primero debemos comer.

–No estoy segura de tener hambre –se encogió de hombros.

Él sí, pero no necesariamente de comida. Se levantó antes de perder la cabeza y el control.

–Podrá comer algo. Llamaré a Alima.

–¿Alima?

–Mi ama de llaves.

–De acuerdo –volvió a encogerse de hombros–. ¿Prepara perritos calientes? Me muero por uno.

–Veré lo que puedo hacer –Ben sonrió.

Entonces se dirigió hacia la cocina en busca de Alima, quien abría la puerta del horno para sacar el pan recién hecho por ella. Giró y se quitó los auriculares de los oídos.

–¿Ha despertado nuestra invitada?

–Sí. Y necesita alimentarse.

La mujer mayor levantó la tapa de una pesada olla negra que había al fuego.

–He preparado *simich.*

El aroma maravilloso provocó que a Ben se le hiciera la boca agua.

–No quiere estofado de pescado. Ha solicitado un perrito caliente.

–Yo no preparo perritos calientes –Alima entrecerró los ojos oscuros.

–Prepararás algo parecido. Es nuestra invitada.

–Prepararé algo americano –volvió a tapar la olla–, pero no perritos calientes.

No tenía sentido discutir. Con Alima elegía sus batallas con sumo cuidado. En el futuro iba a necesitar su ayuda con Jamie. Sin importar lo obstinada que podía ser a veces, era una mujer amable. Jamie iba a necesitar la amabilidad de Alima, pues si causaba más problemas, si se ponía en más peligro, entonces él no iba a poder mostrarse amable.

–Lleva la comida al salón en una bandeja –pidió–. Comeremos allí.

–¿Tú prefieres el estofado, príncipe Hasim, o la comida tejana? –el tono daba a entender otra vez que no aprobaba sus gustos americanos, aun cuando ella era culpable de lo mismo.

–Tomaré lo mismo que la señorita Morris.

La dejó musitando cosas en árabe para regresar al salón y encontrar a Jamie acurrucada en el sofá con los ojos cerrados. Pero cuando se le acercó, no tardó en abrirlos y sentarse.

–Lo siento. No consigo desprenderme de esta somnolencia.

Desde el día anterior había hablado varias veces con Justin. El médico le había asegurado que Jamie estaría débil unos días, pero que no debía preocuparse. Se unió a ella en el sofá.

–Alima le traerá algo satisfactorio. Me temo que no tenemos perritos.

–Está bien –bostezó–. Ahora mismo creo que podría comerme cualquier cosa que se estuviera quieta.

–Entonces empieza a recuperar el apetito. Eso es bueno.

Ella esbozó una bonita sonrisa que calcinó las entrañas de Ben como la hierba bajo el calor de Texas.

–Sí, me siento mejor. Y después del almuerzo, podrá llevarme a mi casa.

–De acuerdo –supuso que no era una persona que cediera con facilidad.

–¿Lo promete? –sonrió.

En ese momento, le prometería cualquier cosa.

–Tiene mi palabra.

Con la cabeza baja, Alima entró en la estancia con una bandeja

llena de carnes, quesos y panes. La dejó en la mesa delante de ellos, pero no alzó los ojos para ver a Jamie hasta que Ben dijo:

–Alima, te presento a la señorita Morris.

–Puede llamarme Jamie –extendió la mano hacia ella.

Alima no estrechó la mano que Jamie le ofrecía, ya que sería irrespetuoso, pero le obsequió con una sonrisa.

–Me complace tenerla en el hogar del príncipe Hasim, señorita Morris. Si desea algo, por favor, hágamelo saber –se dirigió a Ben–. ¿La señorita Morris estará más cómoda comiendo en la mesa en vez de aquí en el *mayaalis,* con los animales muertos? –señaló la alfombra de res que había delante de la chimenea. Ben contuvo una risita. Jamie no.

–Creo que la señorita Morris y yo nos encontramos bastante cómodos aquí –miró a Jamie–. Me temo que Alima jamás ha aprobado la informalidad. Cree que mi madre me malcrió al permitirme dirigir el palacio y hacer lo que me apetecía.

Alima se marchó musitando cosas en su lengua nativa.

–¿Qué ha dicho? –inquirió Jamie.

–«El mono es una gacela a ojos de su madre». Un proverbio árabe.

Jamie rio, un sonido vibrante que hizo que Ben deseara reír con ella.

–He de recordarlo. Tal vez mientras tengamos que estar juntos pueda enseñarme árabe.

Había muchas cosas que le habría gustado enseñarle, la menos importante su idioma natal.

–El árabe se aprende mejor en una atmósfera donde se hable con asiduidad. Yo solo lo hablo con Alima de vez en cuando y en mis viajes de regreso a casa.

Ella mordisqueó un trozo de carne que sacó de un plato.

–¿Dónde está ese hogar?

–Amythra. Un país pequeño próximo a Omán.

–Bueno, no soy muy buena en geografía, así que aceptaré su palabra.

Ben se sirvió un poco en su plato y optó por emplear el tenedor, a diferencia de Jamie que había usado los dedos, lamiéndoselos de vez en cuando, lo que le provocó un aumento de temperatura corporal.

Comió en silencio mientras la observaba entregarse al placer de la comida como si estuviera muerta de hambre, como si fuera a ser su último bocado. Sospechó que enfocaba todo con el corazón y el alma e imaginó que abordaría hacer el amor de la misma manera.

Sintió que el cuerpo se le agitaba y maldijo no haberse puesto la chilaba. Los vaqueros americanos no podrían ocultar sus pecados en

caso de que perdiera el control.

Cruzó una pierna, apartó el plato y se reclinó en el sofá. Jamie lo imitó.

–Estaba delicioso –alabó, frotándose el vientre.

Siguió el movimiento de la mano e imaginó que era la suya. Se levantó con la necesidad de alejarse.

–¿Ha terminado, señorita Morris?

–Sí –se puso de pie–. Y si me indica la dirección en la que está mi ropa, me cambiaré y podremos ir a mi apartamento.

–La encontrará en el cajón superior de la cómoda en su dormitorio. Alima se la ha lavado.

–Qué amable –sonrió otra vez–. Recuérdeme que se lo agradezca.

–Sí. Yo también me cambiaré.

–¿Qué va a ponerse? –en ese momento el albornoz se abrió para revelar el valle entre sus pechos.

–Mi atuendo tradicional –alargó la mano hacia el albornoz, pero ella retrocedió–. Intento cubrirla.

–Oh –bajó la vista–. Esto es demasiado grande –para alivio y decepción de él, cruzó los brazos–. No me malinterprete, Ben, pero, ¿no llamaría menos la atención si se quedara con la ropa que lleva ahora? Quiero decir, su intención es protegerme. Estando en Roma… y todo eso.

–Es lo que se espera de mí –explicó–. Tanto en el mundo de los negocios como en mi país. Le he prometido a mi madre que mantendría la conexión con mi pasado.

–Lo siento –apartó la vista–. No era mi intención ofenderlo.

–No lo ha hecho. Hay muchas cosas sobre mi cultura que la mayoría de los estadounidenses no comprende.

–A mí me gustaría entender.

En las verdes profundidades de sus ojos, Ben vio sinceridad. Todas sus diferencias parecieron esfumarse, y se preguntó si ella sería la clase de mujer que sabría entenderlo. Tanto sus costumbres como al hombre que había bajo la fachada del príncipe.

Sueños imposibles.

Capítulo Tres

Jamie disfrutaba de la sensación del cálido sol de abril filtrándose a través del cristal tintado de la ventanilla del coche. El sedán negro era lo último en lujo. Masculino y elegante, como su dueño.

Miró a Ben de reojo.

–Me gusta su coche. Pero, ¿una furgoneta no sería más práctica en un rancho?

–Tengo dos. Viajo en este porque es más seguro.

–¿Seguro?

–Es a prueba de balas.

Pensó si su cabeza tendría precio. Respiró hondo y giró para mirarlo de frente.

–¿Por qué diablos necesita un coche blindado?

–Debido a la influencia de mi familia, hay personas que existen con el único propósito de causarnos daño. Pero como aquí no he encontrado prácticamente ningún problema, he enviado de regreso a Amythra a la mayoría de mis guardaespaldas.

Guardaespaldas y coches blindados. Era obvio que el príncipe Ben era importante. Lo observó oculto bajo las gafas de sol. Era de facciones angulosas, nariz afilada y una boca que incitaba a ser besada.

Un hombre de un atractivo clásico, al que muchas mujeres desearían, no solo por su aspecto, sino también por su riqueza. Se preguntó por qué un príncipe apuesto y a rebosar de dinero jamás se había casado. Entonces se le ocurrió que quizá estuviera casado con alguna mujer en su país. Quizá con varias. No sabía si lo seguían haciendo. Un día de esos averiguaría más cosas con Alima. Pero si el ama de llaves se parecía a su jefe, comprendió que quizá no consiguiera sonsacarle nada. Lo mejor era aprovechar la oportunidad que se le presentaba en ese momento.

–¿Está casado, Ben?

–No.

–¿Lo ha estado alguna vez?

–No.

Decidió que era un hombre de pocas palabras cuando se trataba de su vida privada.

–¿No hay una mujer que lo espere en su país?

–No, nadie me espera allí.

–¿Una novia aquí?

–No, tampoco aquí –en esa ocasión sonrió.

Por algún motivo, eso la alivió, lo cual la irritó.

–¿No necesita algún tipo de heredero? Quiero decir, ¿la gente con sangre real no necesita eso?

–Mi hermano mayor, Kalib, se ha encargado del gobierno de Amythra desde la muerte de mi padre. Tiene cinco hijos. Los suficientes para proporcionar herederos en caso de que mi país los necesite.

–Mientras estaba en casa y su hermano se ocupaba de tener hijos, ¿qué hacía usted?

–Antes de venir aquí a completar mis estudios, serví como comandante en el ejército de mi país.

–Oh. Eso explica su propensión a la protección.

–Me han enseñado a proteger a aquellos que no pueden ayudarse a sí mismos. Mujeres y niños desvalidos.

Eso hizo que Jamie se irguiera y apretara los dientes.

–¿Así que cree que todas las mujeres son desvalidas?

–En absoluto –repuso sin quitar la vista del frente.

–Bien, porque no todas somos criaturas frágiles a la espera de ser rescatadas.

–No asumiría eso de usted, señorita Morris. Considero que hay ocasiones en que sabe cuidar de sí misma –la miró un momento–. Y otras en que no puede.

–¿Y usted sí?

–Sí. Muchas cosas se hacen por necesidad. Defender hasta la muerte aquello en lo que se cree. Recurrir a los medios necesarios para proteger a aquellos al cuidado de uno.

Pronunció las palabras con tal convicción, que Jamie tomó la decisión de averiguar más sobre esa abrumadora necesidad que tenía de salvar a todo el mundo.

–¿A qué se refiere con eso de «los medios necesarios»? ¿Lastimar a alguien? ¿Quizá incluso matar?

–Sí –volvió a mirarla unos segundos–. Si es necesario.

Las imágenes que pasaron por la cabeza de Jamie fueron todo menos agradables. Deploraba la violencia de cualquier tipo. Pero le costaba creer, teniendo en cuenta la amabilidad que le había mostrado, que Ben pudiera lastimar a alguien.

–¿Ha tenido que hacerlo?

Él apretó el volante con fuerza, como si tuviera las manos en torno a un cuello imaginario.

–Lo que haya o no haya hecho en el pasado carece de importancia ahora. Lo que importa es que la mantenga a salvo.

La expresión de Ben la impulsó a no presionarlo, pero no pudo

evitar preguntarse si habría lastimado a alguien. Si de hecho habría matado a alguien. Un día se lo volvería a preguntar, pero no en ese momento.

En silencio, atravesaron la ciudad de camino al apartamento de ella. Unos pocos turistas ocupaban las calles de la comunidad de Royal, un lugar rico en petróleo, folclore y leyenda, y personas ricas. Hogar de prósperos hombres y mujeres de negocios. El hogar de Jamie, que había cambiado para adaptarse a los tiempos. Pero ella no había cambiado tanto. No todo lo que le hubiera gustado. Y en ese momento la perspectiva de volver a la universidad para licenciarse en enfermería le parecía tan lejana como el hogar de Ben.

En cuanto entraron en el sendero del Royal Court Complex, Jamie se bajó del coche con celeridad. Pero antes de que pudiera subir las escaleras, Ben la agarró del brazo y detuvo su avance.

–Aguarde. Yo iré primero. Quédese detrás de mí.

Jamie abrió la boca para protestar, pero la cerró en el acto. Aunque no le gustara, iba a tener que aprender a convivir con su actitud protectora.

Lo dejó pasar y lo siguió hasta el vestíbulo, sorprendida de que fuera directamente al 3C, su apartamento. Extrajo las llaves del bolsillo del pantalón y las alzó para que ella le indicara la correcta. No la sorprendió. Nada de lo que él hiciera a partir de ese momento la sorprendería. De hecho, supuso que después de todo lo sucedido: el estúpido acuerdo matrimonial, el accidente de avión, el atropello… nada volvería a conmocionarla.

Se equivocaba. Cuando Ben empujó la puerta del apartamento y ella vio el sofá del revés, la lámpara destrozada en el suelo, los cajones de los armarios de la cocina tirados como si fueran basura, sintió algo más que asombro.

–No se mueva –siseó él, paralizándola.

Mientras iba a investigar, un temor ciego hizo que a Jamie le palpitaran las sienes y le temblara el cuerpo. No era miedo por sí misma, sino por Ben. ¿Y si había alguien esperando? ¿Y si los intrusos lo emboscaban?

Intentó convencerse de que él estaría bien. Había recibido entrenamiento militar. Pero por lo que ella sabía, se hallaba desarmado.

Suspiró aliviada cuando Ben regresó al salón en una pieza y con un gesto le indicó que entrara.

–Se ha marchado.

Avanzando con piernas temblorosas, observó el apartamento. Nada seguía en su sitio. Ni una revista ni un adorno. Casi todo había sido

destruido o movido, incluyendo el corazón de Jamie al ver los ángeles de porcelana de su abuela, sus fragmentos diseminados por el suelo. Recuerdos que le habían sido entregados a la madre de Jamie, luego a esta, y que con el tiempo Jamie iba a legar a su hija. La muerte simbólica de un sueño.

–Oh… no… –se agachó para inspeccionar los restos. Se preguntó cómo alguien podía ser tan desalmado. ¿Qué había hecho ella para merecer esa crueldad?

Contuvo unas lágrimas furiosas, la tristeza, la frustración y una sensación total de impotencia.

–Jamie.

Al principio no se dio cuenta de que era Ben quien estaba a su lado, llamándola. Luego unos dedos gentiles le rodearon los brazos y la alzaron. La tranquilizó con palabras, algunas pronunciadas en su lengua natal, un idioma que ella no entendió, pero que la hicieron sentirse a salvo.

Se aferró a él y dio rienda suela a las lágrimas. Pegó la cara a la fina seda de la túnica de él, aceptando el consuelo que le ofrecía. Pero solo un momento. Se soltó de sus brazos y dejó que la ira ocupara el puesto de las lágrimas.

–Maldito sea quien hiciera esto. ¡Que se consuma en las llamas del infierno!

La expresión seria de Ben la frenó en seco.

–¿Alguien le entregó algo cuando estaba en el avión?

Jamie tenía la mente tan caótica como su apartamento. No supo por qué Ben le preguntaba por el avión.

–¿A qué se refiere?

–¿Recibió algo? ¿Un sobre? ¿Un paquete? ¿Algo?

–No.

–¿Y su equipaje?

–Destruido en el fuego.

Él la soltó y se puso a caminar por la habitación.

–¿No llevaba un bolso de mano?

–No. No, conmigo solo llevaba el vestido de novia de mi madre.

Ben la inmovilizó con la vista.

–¿Lo tuvo con usted en todo momento?

–Sí. Lo sostenía cuando el avión realizó el aterrizaje de emergencia.

–¿Lo soltó en algún momento? –se acercó a ella.

–No entiendo por qué me pregunta todo esto.

Ben movió la cabeza y reanudó los paseos, como si pensara mejor en movimiento.

–Algo no encaja. Algo que creemos que el hombre que hizo todo esto anda buscando. Y cree que lo tiene usted.

–¿Qué es? –dio un pisotón lleno de frustración–. Quizá si lo supiera, sabría si lo tengo.

–No puedo decírselo. Y si lo tuviera, lo sabría.

–Vaya –miró el techo–. No sabía que también le gustaran los acertijos –cruzó los brazos, odiando tanto secreto. Su padre era un maestro de los secretos.

–Lamento no poder decirle más –se detuvo y la miró.

–¿Lo lamenta? –cerró la boca ante el juramento que amenazaba con salir por su boca–. Esto es una locura. Soy una chica normal de Texas que cometió el estúpido error de dejar que su padre la manipulara para casarse. Y de repente me veo inmersa en una trama demente que involucra algo perdido que me ha convertido en el blanco de alguien.

–Me encargaré de que no le haga daño.

–¿Usted y quién más? –todo el concepto parecía tan ridículo que tuvo ganas de reír.

–Si desea llevarse algo de ropa –no pareció afectarlo ni la histeria ni el sarcasmo de ella–, la escoltaré al dormitorio, luego debemos irnos de aquí. Si quiere, también puede traer a sus peces.

Estaba tan frustrada y asustada que consideró mejor contarle la verdad.

–No tengo ningún pez. Lo inventé para que me trajera aquí. En su momento me pareció una buena idea.

–Bien, señorita Morris, es usted muy creativa –esbozó una sonrisa que la desarmó.

De mala gana, Jamie no pudo evitar devolverle la sonrisa, aunque lo que deseaba era sentarse en el suelo y dar rienda suelta a su pataleta y llanto. Pero decidió ver el lado bueno. Si Ben no hubiera ido a rescatarla el otro día, eso podría haber sucedido mientras ella estaba sola en el apartamento. Quizá hubiera vuelto a resultar herida, o algo peor. Y en ese momento le ofrecía mantenerla a salvo y darle un lugar en el que vivir hasta... ¿qué? ¿Volvería a estar segura alguna vez?

–Muy bien, vayamos a buscar algo de ropa –se detuvo ante la puerta del dormitorio pero no se dio la vuelta–. Y me gusta mucho más cuando me llama Jamie.

–De acuerdo, entonces... Jamie.

Un escalofrío placentero recorrió la espalda de ella al oírle pronunciar su nombre. Sintió la proximidad de Ben, sintió el calor que emanaba a pesar de ir un paso por detrás de ella. Y se preguntó si

estar con el jeque Ben Rassad era tan terrible, después de todo.

En la sala de conferencias del lujoso Club de Ganaderos de Texas, Ben fingió prestar atención mientras escuchaba a sus compañeros discutir los recientes acontecimientos. En realidad, lo dominaba la impaciencia mientras sus pensamientos regresaban a Jamie. Necesitaba volver al lado de ella de inmediato. Aunque había puesto en alerta a sus hombres y dispuesto un guardia a la entrada del rancho, no se sentiría cómodo hasta que se ocupara otra vez de la seguridad de Jamie en persona.

–¿Es así, Ben?

Al darse cuenta de que el médico se dirigía a él, miró a Justin Webb.

–Lo siento. ¿Qué preguntabas?

–¿El color del coche era blanco?

–Sí –suspiró y se reclinó. Ya habían pasado por eso–. Era blanco.

–Winona realizó algunas comprobaciones por mí –se refería a su esposa, que también era oficial de policía–. De acuerdo con eso, un coche blanco fue robado del aparcamiento del hospital el día que Jamie fue atropellada, de modo que es bastante razonable afirmar que lo conducía Klimt. Encontraron el coche abandonado a las afueras de la ciudad, pero estamos convencidos de que debido a sus heridas no tenía las fuerzas necesarias para alejarse mucho a pie. Sigue por aquí, en alguna parte.

Ben volvió a erguirse, agradecido de que la mujer de Justin los mantuviera informados.

–Sí, desde el principio no he tenido duda de que era Klimt quien conducía y de que sigue siendo una amenaza para la señorita Morris.

Aaron Black adelantó el torso. Ben notó la expresión preocupada del diplomático y supo que se avecinaban más preguntas acerca de Jamie.

–¿La has interrogado alguna vez sobre el diamante?

–No directamente, ya que creo que cuantos menos sepan de la existencia del diamante, mejor. Le pregunté si le habían entregado algo antes de subir a bordo del avión. Dijo que no.

–¿Con absoluta seguridad? –Dakota Lewis frunció el ceño.

Por lo general el comentario no habría molestado a Ben. Lewis era un oficial retirado de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, entrenado en el arte del interrogatorio. Pero no pudo controlar la necesidad de defender a Jamie.

–Claro que creo en ella. Ha sufrido mucho. No deseo perturbarla

más interrogándola una y otra vez.

Justin alzó ambas manos con las palmas hacia delante.

–Ben, no estamos diciendo que la hostigues. Solo queremos cerciorarnos de que no ha olvidado nada.

–No ha olvidado.

Matt Walker, vecino de Ben y su mejor amigo en los Estados Unidos, al fin se decidió a hablar.

–De acuerdo. El diamante sigue perdido, y por algún motivo Klimt piensa que lo tiene Jamie. No sabemos por qué.

–Y es bueno que así lo crea, aunque no lo tenga –añadió Dakota–. Si está relacionado con la revolución, tal como sospechamos, vender el diamante es su única posibilidad de conseguir dinero, ya que hemos recobrado la esmeralda y el ópalo. Con el tiempo intentará acercarse otra vez a Jamie, y es así como lo capturaremos.

–¿Como un cordero desvalido a la espera del sacrificio? –Ben entrecerró los ojos.

–Nos encargaremos de que eso no suceda, Ben –afirmó Justin–. Pero hemos de encontrar el diamante, y con algo de suerte, devolverlo a su sitio, aquí con las demás joyas –señaló la placa que había en el gran salón y que cubría el agujero en la pared que contenía dos de las legendarias piedras preciosas de Royal. La tercera aún estaba perdida.

«Paz, Justicia, Liderazgo»; el mantra del club, grabado a lo ancho de la placa, le recordó a Ben por qué debía soportar las preguntas.

–Hemos de cancelar de una vez por todas la amenaza que representa Klimt –dijo Matt–, y no podemos hacerlo a menos que encontremos al hombre. Estoy de acuerdo en que tratará de volver a acercarse a Jamie. Salvo que haya encontrado lo que buscaba en el apartamento –se frotó la mandíbula–. Quizá lo ocultó allí.

–No lo creo –contradijo Aaron–. Ha estado hospitalizado desde el accidente de avión. ¿Cuándo habría podido tener la oportunidad?

–La noche que mató a Riley –intervino Justin.

–Si es que él lo mató –dijo Dakota–. No lo sabemos con certeza.

–Fue él –aseveró Ben–. Pero no creo que escondiera la joya en el apartamento de Jamie, ya que ella estaba en casa la noche antes de la boda. Un lugar idóneo habría sido el equipaje. Después de todo, las otras joyas se encontraron en el avión. Creo que el diamante estaba en alguna parte del equipaje y quizá se perdió en el fuego.

–Hemos inspeccionado lo que quedaba del equipaje –añadió Aaron–. No la encontramos. Y hemos repasado cada centímetro del avión.

–Parece que no nos queda más elección que esperar –Justin se reclinó con las manos detrás de la cabeza– y ver si vuelve a acercarse

a Jamie. Si no lo hace, entonces habrá encontrado el diamante y podría estar de regreso a Asterland. En caso contrario, aún lo busca y Jamie todavía podría correr peligro.

–Si la toca, lo mataré –Ben apartó el sillón y se levantó. El juramento reverberó en la habitación; los ojos de todos sus ocupantes se clavaron en él–. He de regresar a su lado ahora. Me mantendré en contacto –inclinó la cabeza y se marchó, no sin antes escuchar las palabras de Matt.

–Sí, está loco por ella. Esperemos que sus sentimientos no interfieran con el modo en que la proteja y la ayuda que nos preste para recuperar el diamante.

Las palabras lo siguieron al exterior que presagiaba tormenta. Sus amigos se equivocaban. No permitiría que Jamie Morris lo apartara de su deber. Les demostraría que podía resistir cualquier tentación, y que no estaba «loco» por ella. Simplemente había jurado protegerla y eso es lo que iba a hacer.

Un minuto juraba protegerla y al siguiente desaparecía.

Jamie caminaba por el salón, sin saber qué hacer. Había tratado de entretenerse con algunas revistas, deseando poder dar marcha atrás en el tiempo y que aún fuera diciembre y ella tuviera su trabajo. Deseando vivir en su sencillo apartamento y que su única preocupación fuera tratar de evitar que su padre se hundiera en la depresión y las deudas. Nunca se había sentido más sola y fuera de sitio. ¿Dónde estaba Ben? ¿Planeando su futuro, decidiendo su destino?

Se había marchado hacía más de una hora, exigiéndole que se mantuviera dentro de la casa, alejada de ventanas y puertas.

Se dijo que no había ningún motivo por el que no pudiera echar un vistazo al exterior. Eso no podía causarle daño alguno.

Despacio se acercó a la ventana principal y apartó la pesada cortina de color beige. Había un hombre sentado en el porche, con un rifle apoyado en los gordos muslos. Sobre su regazo colgaba una barriga de papá Noel, probablemente resultado de demasiado pollo frito y cerveza. El sombrero de paja le cubría la frente y los ojos. Jamie sospechó que los tendría cerrados. La brizna de hierba que tenía entre los dientes de pronto se le cayó cuando se le aflojó el labio inferior.

Si ese hombre era la idea de protección que tenía Ben, pensó que estaría más segura con un arma entre las manos. Quizá no sería capaz de apuntar con precisión para salvar su pellejo, pero al menos no se

dormiría.

Soltó la cortina. Se sentía aburrida, inquieta, necesitada de alguna clase de actividad física. Dudaba de que Ben tuviera una cinta para correr, aunque debía de hacer algo para mantener su excelente forma física. Probablemente fuera algo natural. No se lo imaginaba con pantalones cortos trabajando en el gimnasio local. Aunque sí lo pudo imaginar en otro tipo de ejercicio.

«Vaya, vaya, Jamie Morris. Te estás convirtiendo en una chica mala».

La vocecita que sonó en su cabeza se pareció demasiado a la de su abuela. Pero esta llevaba muerta mucho tiempo, igual que su madre. No obstante, pensaba a menudo en ellas. Muchas veces había anhelado la compañía de una mujer. Un sincero consejo maternal. Como en ese momento.

De pronto pensó en Alima.

Se preguntó si al ama de llaves le apetecería charlar con ella. Podía intentarlo. Sería mejor que hablar sola.

Fue a la cocina, ya que desde allí llegaba un olor delicioso. Encontró a Alima ocupada picando verduras con vehemencia, con unos auriculares amarillos sobre las orejas.

Se acercó hasta situarse delante de la mujer con la esperanza de obtener su atención sin asustarla. Después de que pasaran varios minutos, tuvo que darle unos golpecitos en el brazo.

Alima alzó la vista y se quitó los auriculares. Bajó la vista.

–Lo siento, señorita. No sabía que estuviera aquí.

–¿Hay algo en lo que pueda ayudarla? –preguntó con una sonrisa.

La otra pareció alarmada.

–Oh, no, señorita. Mi deber es atenderla. Usted debe descansar.

–Ni siquiera estoy cansada –Jamie frunció el ceño–. De hecho, estoy cansada de descansar. Voy a volverme loca si sigo sin hacer nada. Seguro que a usted se le ocurrirá algo.

Alima inspeccionó la cocina y luego apartó un taburete del mostrador.

–Puede hacerme compañía.

La conversación no era exactamente una actividad física, pero supuso que tendría que conformarse. Además, de esa manera podría averiguar más sobre el jeque. Se acomodó en el taburete.

–Dígame una cosa, Alima, ¿hace cuánto que conoce al príncipe?

El ama de llaves le ofreció una sonrisa amable y maternal.

–Desde que era bebé. Entonces lo cuidé, igual que hago ahora.

–¿Y su madre?

Alima detuvo el cuchillo en mitad de un corte.

–Su Alteza también lo cuidó, pero tenía muchos deberes de los que ocuparse y necesitaba mi ayuda.

–¿Y lo siguió hasta aquí?

–Al principio, no. Mientras estudiaba en la universidad, me quedé en Amythra. Al comprar esta casa –con un gesto abarcó la habitación, y su voz reflejó desdén, como si estuviera por debajo de su rango principesco–, me mandó llamar para que lo atendiera aquí en América.

–¿En qué universidad estudió?

–En la de Texas en la ciudad de Austin.

–Es interesante –Jamie sonrió–. ¿Tiene usted hijos propios?

–No, señorita –respondió con expresión de tristeza–. El príncipe Hasim es lo más próximo a un hijo. Alá no consideró oportuno concederme hijos, pero fue magnánimo al permitirme cuidar del jeque.

Jamie sintió un nudo en la garganta al pensar en su propia madre, en lo mucho que la había cuidado y querido. Se consideraba una mujer afortunada. Y ver el orgullo maternal que apareció en el rostro de Alima al hablar de Ben, hizo que se diera cuenta de lo mucho que valoraría tener un hijo. Más adelante, mucho más adelante.

El sonido de un portazo frenó la actividad del ama de llaves e impulsó a Jamie a bajar del taburete, lista para ir en busca de un cuchillo por si el intruso desconocido que había destrozado su apartamento hiciera acto de presencia.

Pero quien entró fue Ben, con expresión dura, aunque se relajó un poco al ver a Jamie.

–Veo que se encuentra a salvo, y no gracias a J.D., mi dormilón guardia.

–Sí –no pudo evitar reír–, lo vi echando una cabezadita.

–¿Salió al exterior después de que le dijera que no lo hiciera? –la expresión mostró otra vez dureza–. ¿Es que quiere morir?

–Fui a la ventana...

–¿No le dije que se mantuviera alejada de las ventanas?

–Solo me asomé...

–¡Esa curiosidad podría haberle costado la vida!

–Pero no fue así.

Ben giró en un torbellino de túnica blanca y negra y abandonó la estancia. Furiosa, Jamie lo siguió. Ya había tratado con hombres tercos, a saber, su padre. Y el mejor modo de encargarse de ellos era haciéndoles saber con claridad que no tenían ventaja.

–¡Me estoy volviendo loca! –gritó a la espalda de Ben.

–Mejor loca que muerta –giró con fuego en sus ojos acerados.

–Bueno –plantó las manos en las caderas–, es como si estuviera dos metros bajo tierra por el modo en que me ha hecho su prisionera.

–No diga eso –se acercó y la aferró por los brazos–. ¡Nunca diga eso!

–Me hace daño –trató de apartarse, pero él apretó con más fuerza, aunque al final la soltó.

–Lo siento, pero es por su propio bien. Ese hombre no se detendrá ante nada para llegar hasta usted.

–¿Quién es? –preguntó, con la esperanza de que le diera una pista.

–El hombre que desea hacerle daño.

–Volvemos otra vez a eso –puso los ojos en blanco.

–No es necesario que sepa nada, salvo que se encuentra en peligro. Y hasta que eso no concluya, debe mantenerse en guardia en todo momento. Ha de quedarse conmigo.

No a menos que pudiera convencer a ese obstinado príncipe de que necesitaba un poco de espacio, hacer algo aparte de estar en la casa preocupándose por lo que podía suceder a continuación.

–Ben, de verdad que me estoy volviendo loca aquí. ¿No podemos ir a alguna parte? ¿Salir al patio, ir a dar un paseo en coche?

–No.

–Ya lo tengo –chasqueó los dedos–. Sé que tiene caballos. Los vi por la ventana. Podríamos ir a dar un paseo por sus tierras.

–Es una locura. Sería como un blanco fijo.

–¿Cuántos acres tiene?

–Quince mil.

Jamie tragó saliva. Y había creído que la granja de quinientos acres de su padre era más que suficiente.

–Muy bien, eso representa muchos espacios abiertos. ¿No podríamos encontrar un lugar resguardado? Quiero decir, con toda esa tierra, ¿qué posibilidades hay de que nos encuentre?

–Demasiadas para arriesgarnos.

–Escuche, príncipe –respiró hondo–, si no me saca de esta casa a dar un paseo a caballo, me escaparé. Lo juro.

–Entonces sería una necia.

–Hablo en serio. Estás paredes me están asfixiando. Si no me deja salir, en cuanto me dé la espalda, me largaré. Mire, va a tener que dejarme salir durante un rato o no le quedará más remedio que... que... ¡que atarme!

–Quizá atarla sea una opción agradable –tuvo el descaro de sonreír.

–Me voy a dar un paseo –giró y se dirigió hacia la puerta–. Si quiere acompañarme, perfecto; si no, también. Estamos a pleno día. El

hombre sería un idiota en venir hasta aquí cuando todo el mundo podría verlo.

Al llegar a la puerta, la mano de Ben la rodeó y se plantó sobre la sólida superficie de madera.

–Si insiste, la acompañaré. Y estaré a su lado tratando de mantenerla a salvo. Será mejor que rece para que pueda conseguirlo.

–Gracias –sin pensar en lo que hacía, le rodeó la cintura con los brazos y lo abrazó–. De verdad se lo agradezco.

Él se apartó como si lo hubiera abofeteado en vez de abrazado.

–Iré a cambiarme de ropa.

–¡No! –le gustaba la idea de que cabalgara con la túnica al viento. Era su fantasía hecha realidad. Buscó una excusa–. No tardará en anochecer. No hay tiempo. ¿No puede arreglarse con lo que lleva puesto?

–Sí –se miró–, me arreglaré, pero he de llevar algo conmigo –fue al rincón de la habitación, abrió el cajón de un buró y sacó un objeto metálico que brilló a la luz del techo.

Jamie no tenía que verlo para saber que se trataba de un arma, aun cuando él se la guardó con celeridad en los pantalones bajo la túnica. Solo esperó que no se le presentara ningún motivo para usarla.

Capítulo Cuatro

Ben maldijo en silencio y se llamó idiota mientras avanzaban por el terreno casi llano. No apartaba la vista del frente mientras atravesaban los campos de petróleo, sabiendo que cada castillete podía servirle de escondrijo a Klimt. A pesar de la vigilancia que había instaurado, no se sentía tranquilo. Su tierra era vasta, y vulnerable en algunos puntos. No tenía suficientes hombres para vigilar todas las zonas por las que un intruso podría entrar con facilidad.

Sin embargo, había permitido que Jamie lo convenciera de algo tan imprudente. Pero cuando lo había mirado con esos ojos verdes e inocentes, supo que caminaría sobre ascuas para complacerla. Y esa debilidad lo perturbaba aún más que el riesgo que corrían en ese momento. Y también lo encolerizaba. No podía bajar la guardia.

La miró y vio la sonrisa brillante que esbozaba. Era evidente que disfrutaba con su libertad. Ella lo miró y la sonrisa se transformó en un gesto adusto.

–Escuche, príncipe –comenzó–, el paseo no está tan mal.

–Debemos regresar pronto.

–Todavía no. Me prometió una hora.

Era tiempo más que suficiente para que Klimt los encontrara. No sabía por qué le había hecho esa promesa. Lo sabía, pero no quería examinar sus motivos.

–El sol se pone, y da la impresión de que podría llover.

–Sí –alzó la vista al cielo–. Huele a lluvia. Pero aún no caerá –palmeó el cuello moteado de su caballo–. Esperaba que tuviera animales de raza árabe, no appaloosa.

Él le concedió una sonrisa fugaz.

–Están bien adaptados a este país. Mi vecino, Matthew Walker, me ha ayudado a establecer un programa de crianza.

–¿Podemos cabalgar un rato? Estoy cansada de caminar.

–Si lo desea, podemos trotar. No quiero que se aleje de mí ni por un momento.

–Claro. Trotar. Lo que sea –espoleó al caballo para que galopara.

En esa ocasión Ben verbalizó sus juramentos mientras la seguía. Logró alcanzarla y aunque le gritó que aminorara, ella no le hizo caso.

Paró solo cuando llegaron a la línea de árboles que rodeaba un estanque. Ben se detuvo a su lado y resistió el impulso de desmontarla para reprenderla con una buena sacudida. O un beso prolongado.

–Esto es precioso –comentó con los ojos bien abiertos–. No parece pertenecer a este paisaje.

Ben entendió su admiración. Él había descubierto el sitio la primera vez que recorrió los campos. El estanque se hallaba circundado por unos robles antiguos que habían sobrevivido a los implacables elementos. Era una especie de oasis, o lo más próximo a eso que había en Texas.

–A menudo vengo aquí a pensar –comentó.

–Lo comprendo –Jamie lo miró con ojos vibrantes–. Es maravilloso.

–Sí, lo es –«igual que tú», pensó Ben.

Con ambas manos en las caderas, ella se echó para atrás en la silla.

–Cielos, me duele todo.

Sin pensárselo, Ben desmontó, condujo al caballo a un árbol y lo ató a una rama. Al volverse, esperaba ver que Jamie lo imitaba, pero permaneció en la silla de montar. Se acercó y alzó los brazos para ayudarla. Ella apoyó las manos en sus hombros.

El acto de ayudarla a desmontar tendría que haber sido sencillo. Pero nada acerca de Jamie Morris lo era. Lo comprendió en cuanto la deslizó por su cuerpo. No había sido su intención tenerla tan pegada a él. O quizá sí, pero no de forma consciente. En cuanto sus cuerpos entraron en contacto, dejaron una estela de llamas.

Al llegar al suelo, ella se humedeció el labio con la lengua, fascinándolo. Invitándolo. Ben no fue capaz de rechazar semejante invitación. Bajó la cabeza y capturó su boca, aprovechando la oportunidad de probar lo que hasta el momento únicamente había imaginado. Ella separó los labios para que él introdujera la lengua, con suavidad y cautela, sin querer asustarla ni brindarle la excusa para que se apartara. No hasta que se hubiera saciado, si eso era posible.

Jamie aceptó el juego de la lengua de Ben e incluso participó. Él la acercó aún más, pero no lo suficiente. La chilaba proporcionaba una barrera entre ellos, algo por lo que debería sentirse agradecido. De haber llevado su ropa normal, ella sabría lo mucho que lo estaba afectando ese beso. Cuánto la deseaba.

Jamie se fundió contra Ben y sintió los músculos que había admirado en varias ocasiones.

Oyó un gemido pero no estuvo segura de quién lo había emitido. Nunca alguien la había besado de esa manera, con tanta delicadeza. Estaba perdida. Total y completamente desorientada, consumida por una necesidad furiosa, tan desconocida para ella como las costumbres de ese hombre, que en ese momento la besaba hasta que le pareció que ya no le quedaría ninguna neurona en el cerebro cuando acabara. Esperaba que nunca terminara.

Sintiéndose increíblemente valiente, deslizó las manos por la espalda de él, despacio, tratando de apoyarlas en sus caderas.

Entonces tocó el acero duro y frío de la pistola.

Ben se apartó, tan aturdido como se sentía ella.

–Debemos irnos –caminó hacia el caballo, ocupado en mordisquear la hoja de una rama.

Conmocionada, Jamie no pudo moverse ni un centímetro. Era como si el beso le hubiera fundido los pies, pegándolos al suelo.

Con las riendas en una mano, Ben se volvió y miró alrededor.

–¿Dónde está Buck?

«Al demonio con Buck», pensó ella, que no sabía dónde tenía el cerebro.

Miró a su espalda y notó que el caballo no estaba allí. No se lo veía por ninguna parte.

–Se ha ido –indicó, agradecida por haber encontrado la voz.

–¿No lo ataste? –preguntó él ceñudo.

–Claro que no. No me diste la oportunidad al arrastrarme fuera de la silla.

–No te arrastré. Viniste por propia voluntad.

–Y por propia voluntad tú me sellaste los labios.

–No recuerdo que protestaras.

Jamie no recordaba mucho de nada salvo el modo en que la había hecho sentir.

–¿Cómo esperabas que dijera algo cuando tenías tu... tu...?

–¿Mi boca ocupando la tuya? Creo que solicitaste mi atención al abrirme tus labios. ¿No es así?

Jamie no estaba segura de por qué jugaban a ese juego de la culpabilidad. Los dos eran culpables. Y la verdad era que si tuviera que repetirlo, no cambiaría nada. Lo miró y supo que si él lo deseara, podría tenerla otra vez. En su totalidad. Allí mismo en la hierba, rodeados de flores y ramas, con la amenaza de una tormenta y un hombre que quería matarla suelto.

Se había vuelto loca. Pero era por culpa del príncipe Ben. La estaba volviendo loca... Loca por él.

Ben permaneció despierto en su cama solitaria durante horas, preguntándose qué debería hacer con Jamie Morris, y lo que podría hacer sobre su debilidad por una mujer demasiado difícil de resistir, incluso para un hombre que había dedicado la vida a practicar un control férreo. No podía permitirse el lujo de poner en peligro la seguridad de ella perdiendo otra vez la cabeza.

La lluvia caía sobre el techo, un diluvio que se había abatido momentos antes de que hubieran llegado al rancho después de haber

encontrado a Buck. Después del beso.

Un trueno sacudió las paredes y Ben maldijo que la tormenta ahogara cualquier ruido sospechoso procedente del exterior. Su sistema de seguridad era el mejor que podía comprar el dinero, pero aun así no podía garantizar que un hombre tan inteligente como Klimt, que había conseguido escapar de todos, pudiera no encontrar un modo de entrar.

Aparte de eso, lo que más lo preocupaba eran sus sentimientos por Jamie. Su creciente deseo. Otra amenaza para el bienestar de ella.

Quizá debería organizar que estableciera su residencia con otro miembro del club. Pero no sabía con quién. No con su vecino, Matt. Planeaba casarse con Lady Helena en el futuro próximo y necesitaban estar a solas. Tampoco con Justin Webb y su mujer, Winona. Tenían la responsabilidad de un niño que la pareja acababa de adoptar. Aaron Black y su esposa, Pamela, esperaban la llegada de su primogénito. Lo que dejaba únicamente a un miembro, el coronel retirado de las fuerzas aéreas, Dakota Lewis, quien en los últimos tres años había vivido solo, separado de su mujer. Desde que Ben lo conocía, jamás había oído mencionar que Dakota estuviera con otra mujer, quizá porque aún anhelaba la compañía de su esposa.

Sí, podía confiar en Dakota Lewis para que mantuviera a Jamie a salvo. Pero, ¿y si llevaba tanto tiempo sin hacer el amor que ella también lograba tentarlo? Aunque Dakota era honorable, seguía siendo un hombre.

Apretó con más fuerza la almohada, pobre sustituta de una mujer. De Jamie. No soportaba la idea de que alguien la tocara. Excepto él. Pero no podía tenerla. Tampoco iba a permitir que la tuviera nadie mientras estuviera a su cargo.

Debía ser fuerte. Si tenía que esconderse detrás de la fría indiferencia, incluso de la ira, lo haría. Después de todo, era por el bien de ella... y por su propia cordura.

No tenía elección.

–¿Ben?

Al oír el sonido suave de la voz de Jamie, alzó la cabeza. Pudo discernir su pequeña figura en el umbral. Llevaba puesto un camisón corto que apenas le cubría los muslos, con los brazos cruzados. El cuerpo de Ben reaccionó a su presencia, a pesar de estar a unos metros.

Entre la constante lluvia y el hecho de haber estado tan enfrascado en sus pensamientos, no se había percatado de la presencia de Jamie.

Se sentó y pasó las piernas por el costado de la cama.

–¿Sucede algo, Jamie?

–Me siento un poco inquieta con esta tormenta –avanzó unos pasos–. Sé que es infantil, pero, ¿te importa si duermo aquí contigo?

Claro que le importaba, pero no porque no la quisiera en su cama. Sino por todo lo contrario. La deseaba en sus brazos. Pero su inherente necesidad de protegerla, de hacer que se sintiera a salvo, le impidió negarse.

Se situó en el extremo más alejado de la cama, alzó las sábanas y palmeó el colchón.

–Ven.

En silencio, ella se deslizó a su lado. Ben se puso boca arriba en la otra punta, temiendo que incluso un roce con esa piel suave pudiera hacerle perder el control.

La miró y vio que también ella se había puesto boca arriba y estudiaba el ventilador del techo que giraba sobre ellos.

–¿Puedo preguntarte una cosa? –quiso saber Jamie.

–Sí.

–Cuando me besaste en el pastizal, ¿significó algo para ti?

No estaba preparado para discutir eso en ese momento, no con ella tan cerca, suave y cálida.

–Jamie, por favor, quiero que sepas que te encuentro muy hermosa. Pero no puedo permitir que lo que sucedió entre los dos interfiera con el trabajo que debo realizar.

–¿Protegerme?

–Sí.

–Si no fuera ese el caso, ¿crees que podría haber más entre nosotros?

–Tal vez, pero mi vida es complicada. Procedo de una cultura que tiene ciertas expectativas. Las mujeres son muy diferentes en mi país. Yo no estoy acostumbrado a las creencias estadounidenses.

–¿Te refieres a que no estás acostumbrado a una mujer con determinación?

–Mujeres que no entienden el modo en que he sido educado –corrigió–. No puedo cambiar quién soy o en lo que creo.

–No sé, Ben. Creo que todo el mundo posee la capacidad de cambiar –juntó las manos y estiró los brazos por encima de la cabeza, tensando el camisón sobre los pechos redondos–. Así que adivino que me ves como a una frívola joven de veintidós años que carece del sentido común de cuidar de sí misma –añadió con sarcasmo.

La veía como a una mujer que cualquier hombre desearía, tal como él la deseaba en ese instante. Joven, sí, pero con una percepción que estaba más allá de sus años. No sabía cómo explicárselo. ¿Cómo podía decirle que era un preciado don que algún hombre, un día, sería

afortunado de reclamar? Pero no él.

Ben ya no sabía dónde encajaba en el gran plan de las cosas, ni siquiera dónde encajaba en su cultura en esos tiempos. Había cambiado, y el cambio no era necesariamente bueno. Estaba obligado por su cuna, debía honrar la memoria de su padre. Si ya no sabía quién era ni qué quería de la vida, ¿cómo iba a poder involucrarla a ella en su indecisión, en su incapacidad de encajar en su cultura o en la que había elegido recientemente?

–Creo que eres una mujer fuerte, Jamie. Eso es algo bueno aquí en los Estados Unidos. En mi país, es algo de lo que se recela. Somos más progresistas que la mayoría, pero nuestras costumbres cambian con lentitud. Ese es el motivo por el que nunca me he relacionado con una norteamericana.

–¿Nunca? ¿Ni siquiera en la universidad?

–No, pero no he llevado una vida célibe, como podrías pensar.

–Entonces, ¿quién te aleja del celibato? –giró la cara para mirarlo.

–Algunas mujeres de mi país.

–¿Prostitutas?

–No. No en el sentido que tú piensas. No hay dinero de por medio.

–¿Amantes?

–Sí –quería alejarse de ese tema. Sonaba como un hombre poco honorable, cuando en realidad era una parte aceptada de su cultura. Volvió a mirarla–. Duerme o los dos estaremos agotados por la mañana.

–Una cosa más –se puso de costado para mirarlo. Un relámpago iluminó sus ojos–. El matrimonio que iba a celebrar con Payune no fue idea mía. Fue de mi padre. Yo intentaba ayudarlo. Él necesitaba el dinero para su granja. Quería que lo supieras. De lo contrario, jamás me casaría con un hombre al que no amara. Y nunca más se me ocurriría tomar en consideración semejante idea arcaica.

Ben se encogió por dentro ante ese comentario. Los matrimonios convenidos eran corrientes en Amythra. Y en ese momento sabía al fin por qué una mujer joven y hermosa como Jamie había aceptado algo así; había sido un intento de salvar a su padre de sí mismo. El respeto que le inspiraba se multiplicó por diez.

–¿Dónde está tu padre?

–No lo sé –suspiró–. Se marchó antes de que yo tuviera que partir a Asterland. Tiene problemas con el juego y el alcohol. Está así desde que murió mi madre hace un año. He intentado ayudarlo, pero no me lo permite.

La tristeza en su voz hizo que Ben quisiera abrazarla, cobijarla. Recordó lo mucho que su madre lamentó la muerte de su padre a

manos de un disidente. Lo mucho que aún le dolía. Y Ben había sido demasiado joven para salvar a su padre de ese destino y a su madre de ese dolor. Era el motivo por el que había jurado que nunca dejaría que sufriera daño alguien que él quisiera.

–Lamento lo de tu madre. Y los problemas de tu padre. Quizá con el tiempo vuelva.

–Gracias. Eso espero –sonrió–. ¿Qué me dices de tus padres?

–Mi madre se encuentra bien en Amythra. Mi padre murió hace muchos años, cuando yo era niño.

–Yo también lo siento –le tocó el brazo–. ¿Qué le pasó?

No quería hablar de algo tan doloroso, pero cuando lo miró con expresión expectante, experimentó el poderoso impulso de contárselo, de revelarle algo que no había contado a nadie en los Estados Unidos.

–Lo asesinó un extremista de la oposición. Como he dicho, yo era muy joven. Estaba a su lado cuando fue atacado en el exterior del palacio, pero no pude hacer nada para detenerlo.

–Es por eso, ¿verdad? –murmuró Jamie.

–No sé qué preguntas.

–Todo ese asunto de la protección. Tu honor. Todo tiene que ver con el hecho de que no pudiste salvar a tu padre.

–Sí. A partir de ese día, juré defender y proteger a las personas inocentes de aquellos que no respetan la vida.

Le tomó la mano y le dio un leve apretón.

–Si no lo hubiera dicho antes, te lo digo ahora: gracias por protegerme. De verdad que agradezco todo lo que has hecho por mí.

–De nada –cerró los ojos al escrutinio al que ella lo sometía, guardándose de los impulsos sexuales que no podía soslayar y de las emociones que no se atrevía a reclamar.

–Ben, una pregunta más.

¿No había dicho eso hacía un momento? Esperó que fuera realmente la última, para tratar de dormir, si es que ello era posible con Jamie en su cama.

–¿Sí?

–¿Tienes miedo alguna vez?

Lo tenía en ese momento. Temía los crecientes sentimientos que le inspiraba esa mujer que parecía tan fuerte y que en ocasiones era tan vulnerable. Temía el día en que ya no pudiera oponerse a esos sentimientos y cediera al anhelo tan intenso que casi lo consumía.

–Debemos aprender a enfrentarnos a nuestros miedos –repuso–. De lo contrario, nos destruirían.

La oyó bostezar y rezó para que estuviera lista para dormir.

–Creo que es un gran consejo. Lo recordaré –el silencio se extendió

entre ellos, y justo cuando él creía que al fin se había quedado dormida, Jamie volvió a romper la quietud con su voz sedosa–. ¿Ben?

–Sí –supuso que serían más preguntas.

–¿Querrías abrazarme? Me sentiría mucho mejor sabiendo que estás cerca.

En contra de lo que dictaba la sensatez, la atrajo hacia sí, de forma muy parecida a como había hecho aquella primera noche. Necesitó de toda su determinación para no tomar en sus brazos y besarla con toda la emoción que anidaba en su interior, para no hacerle el amor como si el amanecer no fuera a llegar.

Pero se quedó quieto hasta que la respiración de ella se hizo profunda y supo que dormía.

Solo en ese momento se relajó y la acercó más, para acariciarle el pelo y saborear el cuerpo frágil acurrucado contra el suyo.

Solo entonces susurró:

–Jamie Morris, ¿qué me has hecho?

Capítulo Cinco

Jamie estaba perpleja.

En dos días él apenas le había hablado. Dos días enteros en los que la había evitado como si fuera un virus, una enfermedad contagiosa.

Entre reuniones misteriosas y asuntos de negocios, Ben prácticamente le había dado a entender que era una molestia, una invitada no bienvenida.

La noche anterior le había pedido que le pasara la sal, y cuando sus dedos se rozaron, los había apartado como si se hubiera quemado. El salero se le había caído sobre el mantel.

Ya estaba harta de su actitud y de leerse todas las revistas de la casa y de ver comedias con Alima en la televisión. Estaba harta de su silencio. Ese día estaba decidida a ponerle fin, aunque tuviera que atarlo y obligarlo a que le hablara.

Se dirigió al salón y quedó sorprendida al encontrar a Ben sentado en el sofá en vez de en su despacho; iba vestido con unos vaqueros viejos, una camiseta que había visto mejores días y botas gastadas. Sostenía un teléfono inalámbrico entre la mandíbula y el hombro.

Las palabras en árabe, mezcladas con otras en inglés, flotaron en la estancia. Era un sonido lírico y suave, como si le hablara a un ser querido. Quizá incluso a una amante.

Jamie sintió el impacto pleno de los celos. Quizá le había mentido al decirle que no tenía novia en su país. Quizá había mentido sobre muchas cosas. No importaba.

En ese momento estaba con él y quería su compañía. Quería dar, y recibir todo lo que tuviera para ofrecerle como hombre. Pero primero debía convencerlo de que tenía ciertas necesidades que él no satisfacía. Todo había comenzado con aquel beso, y siempre había sido una persona que finalizaba lo que comenzaba.

Se acercó al respaldo del sofá de puntillas y se puso a masajearle los hombros y los músculos rígidos. Él alzó el brazo y le tomó la mano derecha, pero no dejó la conversación.

–He de dejarte, madre –se despidió antes de cortar y soltar el teléfono sobre la mesita.

«¿Madre?». De modo que no había estado conversando con una novia. Jamie quedó llena de alivio y decidida a obtener su atención.

Se unió a él en el sofá, dejando una cómoda distancia entre los dos. Todavía no quería estar demasiado cerca.

–¿Hablabas con tu madre?

–Sí. Quiere que vaya a visitarla.

–¿Te vas a marchar? –trató de contener la decepción.

–No. Le dije que no podía debido a un asunto inconcluso. No quedó muy contenta.

–Supongo que por eso estás tan tenso. Te hace falta relajarte, Ben.

–No me relajaré hasta que no vea a Klimt entre rejas –en ese momento la miró–, y a ti a salvo.

–¿Klimt? –el nombre le sonó familiar, pero no fue capaz de darle un rostro–. ¿Ese es el hombre que va detrás de mí? –la expresión de Ben le indicó que él lamentaba el desliz.

–Sí. ¿Lo conoces?

–Recuerdo el nombre –se mordió el labio–. ¿Es de Asterland?

–Iba en el avión. Recibió heridas que lo mantuvieron hospitalizado hasta hace poco. Escapó la mañana en que casi te atropellan.

–¿Conducía él?

–Eso suponemos. Y tienes algo que quiere. O que cree que tienes.

–¿Qué podría tener que él quisiera? No tengo nada que pueda interesar a nadie.

–Te equivocas –la miró a los ojos–. Tienes mucho que un hombre querría, aunque Klimt persigue un objeto que no tiene nada que ver con tus atributos femeninos.

En ese momento a Jamie le importaba un bledo qué podía buscar ese hombre misterioso llamado Klimt. Solo sabía lo que ella quería. Los besos de Ben. Las manos de Ben sobre su cuerpo. Se acercó un poco y le apartó un mechón de pelo oscuro de la frente.

–¿Dónde está Alima?

–En el mercado con J.D.

–¿Así que estamos solos? –tuvo ganas de gritar de alegría.

–Sí –respiró hondo.

–Bien.

Al ver la tensión en la mandíbula de Ben y su postura rígida, dudó de que pudiera ofrecerle lo que ella más quería. «No», corrigió, «dudo de que quiera ofrecerme lo que quiero y necesito». No tuvo ninguna duda de que sabría llevarlo de maravilla si así se lo propusiera.

Tenía que intentarlo y ver hasta dónde iban las cosas desde ahí.

Pasó un dedo por un corte en el muslo de los vaqueros viejos. El vello oscuro de su pierna le provocó un hormigueo y le aceleró el pulso.

–Parece que tendrías que haber enviado a Alima a comprarte unos vaqueros nuevos. Estos están en las últimas.

–Para.

–¿Parar qué? –sonrió y siguió moviendo los dedos sobre la piel del muslo tenso–. Solo hago una observación.

–No es una observación lo que me perturba.

–¿Y qué te perturba, príncipe Ben? –susurró con voz ronca, sorprendiéndose a sí misma.

–No podemos hacer esto, Jamie. Lo que sucedió el otro día no se puede repetir.

–¿Por qué no? ¿No te gusta como beso?

–Me gusta mucho.

Jamie fue dominada por un poder que le hizo sentir que podía conquistar el mundo, y quizá hasta la resistencia de Ben.

–Entonces no veo ningún problema. No me permites abandonar la casa, ¿así que por qué no dedicamos el tiempo a conocernos mejor? –eso empezaba a gustarle–. Tú eres un hombre y yo una mujer, y ambos tenemos ciertas necesidades.

La expresión granítica de él no cambió.

–¿Qué necesidades tienes que no estén siendo satisfechas? Te he abierto mi hogar. Si deseas algo especial para comer, estaré encantado de decírselo a Alima. Si deseas que te alquile algunas películas, enviaré a uno de mis hombres a buscarlas. Dime qué deseas y me ocuparé de que lo tengas.

–Te deseo a ti, Ben. Solo a ti.

Él la estudió con aspecto de serenidad, aunque sin apartarse.

–No sabes lo que pides –musitó.

–Lo sé exactamente. Solo un simple beso, Ben.

–Los besos no son simples, Jamie. No tienes idea de lo que sucederá más allá de ese beso. No puedo prometerte que me detendré. Muchas noches he imaginado lo que sería abrazarte, llevarte más allá de límites que solo conoces por sueños.

En ese momento ella se sintió sin aliento… y optimista.

–Yo también he soñado contigo. Todas las noches de la semana pasada.

–Pero el deber que tengo hacia ti me impide hacer lo que me apetece mucho hacer contigo.

Jamie se reclinó en el sillón y suspiró con frustración. El hombre era inamovible como una roca.

–¿Qué tiene que ver el deber con esto? ¿O es que no soy lo bastante buena para ti? ¿Preferirías una princesa a una plebeya?

–Probablemente eres demasiado buena para mí –posó la mano en la mejilla de ella–. Hermosa como la seda más cara. Demasiado pura e inocente.

–No soy tan inocente –cubrió la mano de Ben con la suya y despacio la bajó más allá de su cuello para depositarla sobre su pecho–. Tócame, Ben. Necesito que me toques. Bésame. Demuéstrame

que soy bastante buena para merecer tu atención.

Antes de que pudiera prepararse, se encontró tendida en el sofá, bajo el cuerpo largo y esbelto de Ben. Y él la besaba. Con una urgencia que le quitó el aire de los pulmones. Con ritmo lento y fluido introdujo la lengua entre sus labios, haciendo que ella la sintiera por doquier.

Él interrumpió el beso y le enmarcó la cara con las manos.

–Maldita sea tu belleza, tu persistencia –murmuró–. Te daré lo que necesitas.

Entonces volvió a besarla y metió la mano por debajo de la blusa, para coronarle un pecho sobre el encaje. Ella quería más. Mucho más. No sabía exactamente qué significaba más, pero lo reconocería si él se lo daba.

Despacio le alzó la blusa y soltó el cierre delantero del sujetador, para hacer la barrera a un lado. Durante unos momentos simplemente la observó; luego con el dedo trazó un sendero en torno al pezón. Musitó algo en árabe antes de mirarla a los ojos.

–Eres exquisita.

Por primera vez en su vida, Jamie se sintió realmente exquisita.

Ben bajó la cabeza y plantó besos ligeros sobre el valle de sus pechos. Algo en lo más hondo de Jamie le dijo que debería detenerlo. No porque no deseara eso, sino porque no quería enamorarse. Necesitaba tener el control, y en ese momento era Ben quien controlaba cada movimiento con su boca perversa y sus manos curiosas.

Cuando le succionó el pecho experimentó un escalofrío por las sensaciones tanto tiempo esperadas.

–¿Todavía quieres más, mi Jamie? –le preguntó con los labios pegados a su oído–. ¿Tienes necesidades que aún no he satisfecho?

–Sí –suspiró.

–Que así sea.

Con agónica lentitud comenzó a bajar un dedo por el esternón hasta el vientre y detenerse en la línea elástica de los pantalones cortos. La mantuvo hipnotizada con los ojos. Luego volvió a besarla, sin dejar de jugar con el cierre de los pantalones. Jamie creyó que iba a gritar. Antes de que perdiera la cordura, él lo abrió con un movimiento grácil. Ella sintió cómo le bajaba la cremallera y contuvo el aliento, a la espera. Como se detuviera, se moriría allí mismo.

Ben introdujo los dedos bajo la loneta y le bajó los pantalones por las caderas. Pero no se los quitó por completo. Metió la mano bajo las braguitas, pero sin ir más lejos.

Ella emitió un sonido de súplica, provocado por la impaciencia, el

deseo y una necesidad tan grandes que no supo si tendría fuerzas para resistirlo.

Entonces, con dedos fuertes, Ben encontró sus secretos y la acarició como si fuera algo delicado, algo que hubiera que atesorar. Le susurró al oído, palabras que Jamie no entendió. Aunque no tenía que entender lo que le estaba haciendo.

Su cuerpo se movió por voluntad propia bajo la mano de él. No parecía poder controlarlo. Ni los gemidos que Ben trataba de silenciar con otro beso. Ni el deseo ni la creciente tensión bajo los dedos inteligentes. Ni el clímax que se apoderó de ella, haciendo que el cuerpo le palpitara desbocado.

Gimió como una niña y se aferró a él por miedo a que la soltara. Si lo hacía, podría flotar hasta otra dimensión y quizá no regresar más.

De todos modos flotó. Rota en fragmentos de absoluta sensación, como si estuviera hecha de cristal. Despacio descendió de cumbres que jamás había soñado con alcanzar. Poco a poco recuperó la respiración. Sentía los ojos como drogados, el cuerpo pesado. Mientras se recuperaba, él se había incorporado y la observaba.

Lo miró confusa. Ben no parecía complacido. De hecho, parecía furioso, aunque no indiferente a lo que acababa de suceder entre los dos. La prueba estaba a la vista, justo debajo de la cintura de los vaqueros rotos.

Jamie se bajó la blusa y se incorporó sobre los codos.

–¿Qué sucede?

–No deberías tener que preguntarlo –comentó irritado, con expresión dura. Un monumento a una voluntad inflexible.

–Ben, yo... –no sabía qué decir, salvo que lo necesitaba y que quería que finalizara lo que había comenzado. Alargó los brazos–. Por favor, Ben. No me dejes. Quédate aquí conmigo –«hazme el amor».

Él se sentó en el borde del sofá y le tomó la mano.

–No lo entiendes, ni espero que lo hagas. He roto un juramento que me había hecho a mí mismo de que no permitiría que esto pasara entre los dos. No deseo hacerte daño –le acarició la mejilla–. Pero temo que ya lo he hecho –se levantó despacio, con expresión más dolida que preocupada.

–Pero... –Jamie buscó las palabras adecuadas.

–No hay nada más que decir. Lo siento. No debería haber hecho lo que hice.

El deseo de ella fue sustituido por la frustración de que la hubiera dejado tan insatisfecha. Y también a sí mismo.

–Me alegro de que lo hicieras, Ben. Nunca antes había sentido eso. Y no vas a lograr que me sienta culpable –se subió los pantalones

cortos por las caderas y se sentó–. Pero si eres demasiado obstinado para darte cuenta de que soy una chica mayor que conoce su propia mente y su cuerpo, entonces eres un caso perdido.

–Entonces no lo comprendes –sonrió con melancolía–. Soy un caso perdido, Jamie. Perdido cuando estoy cerca de ti. Pero no se repetirá. Puedes estar segura –se volvió con el fin de marcharse sin decir otra palabra.

El corazón de Jamie alcanzó el punto más bajo de su vida, pero su determinación se reforzó. Al príncipe Ben le esperaba una sorpresa. Podía intentar engañarla con eso del deber y el honor, pero ella no se lo tragaba. Tampoco pensaba enamorarse de él. De algún modo lo convencería de que la química que compartían era natural. Y llegaría el momento en que lo hiciera suyo.

Solo debía trazar un plan para conseguirlo.

–Klimt sigue por aquí, Ben.

Ben trató de asimilar las palabras de Matthew Walker.

–¿Estás seguro?

–Sí. Fui al rancho de Miller en Old Trackett Road. Un hombre que encajaba con la descripción de Klimt pasó ayer por allí, según el capataz de Miller, Gus.

–¿Qué quería?

–Utilizar el teléfono para hacer una llamada de larga distancia. Después se la pagó a Gus.

–¿Y sabe con quién contactó Klimt?

–No. Gus me dijo que habló en un idioma que no entendió. Sospecho que lo más probable es que llamara a Payune.

–Entonces deberíamos poder comprobarlo.

–Pensé en ello, pero Justin dice que no quiere meter en problemas a Winona, así que aún no podemos solicitar los registros telefónicos. No a menos que queramos involucrar a la policía. Ahora mismo hemos de dejar que Klimt dé el siguiente paso y esperar que nos conduzca hasta el diamante, ya que parece empezar a desesperarse.

Lo que significaba que Jamie se hallaba en más peligro.

–Le diré a mis hombres que se muestren extremadamente cautos.

–Sí, hazlo. Y no dejes de vigilar a Jamie.

–Lo he hecho y lo seguiré haciendo. Pero no estoy seguro del tiempo que podré convencerla de que permanezca aquí sin contarle toda la verdad.

–Debes intentarlo. Cuanto menos sepa, mejor –Matt rio entre dientes–. Tendrás que recurrir a todos los trucos para retenerla. Tengo

fe en ti.

Ben apretó los dientes para evitar soltar un juramento. Si Matt supiera lo poco merecedor que era de su fe.

–Haré lo que esté a mi alcance para convencerla de que se quede, pero no se la engaña con facilidad.

–Muy bien, si tú lo dices.

–¿Algo más?

–No. Intentamos averiguar más sobre la trama para derrocar al gobierno de Asterland. Después de todo, quizá tengamos que enviar allí a Dakota a investigar.

Ben experimentó una profunda sensación de alivio de que hubieran elegido a Dakota para la misión. Lo último que necesitaba era que lo destinaran a Asterland cuando le había prometido a su madre ir a visitarla en poco tiempo.

–Es la elección natural.

–Sí, pero aún no estamos preparados para hacerlo. Si tenemos suerte, Klimt no solo nos conducirá hasta el diamante, sino también hasta Payune. Con esa prueba, es posible que no tengamos que hacer nada y que podamos dejar que los funcionarios de Asterland se encarguen del asunto.

Ben rezó para que Klimt cometiera un error; entonces Jamie podría regresar a su apartamento y él continuar con su propia vida. Su solitaria vida.

–He de dejarte, Matt. Mantenme informado sobre lo que puedas averiguar del paradero de Klimt.

–No lo dudes. Una cosa más, Ben –Matt carraspeó–. Nadie espera que seas un santo. Las cosas suceden. Yo lo descubrí de la forma más difícil, pero no lamento haber conocido a Helena. De modo que si Jamie y tú…

–Eso no ha de preocuparte, *sadíiq*. No pretendo dejar que surja nada entre los dos. Solo me interesa su seguridad –tuvo que reconocer que se había convertido en un mentiroso.

–Sí –Matt rio–. Es exactamente lo mismo que dije yo sobre Helena. Y mírame ahora, a pocas semanas de casarme.

Ben estaba feliz por Matthew Walker, pero él no iba a permitirse caer en la misma trampa. El matrimonio era algo que no podía considerar, y menos con una mujer como Jamie. Una norteamericana llena de vida, optimismo y necesidad de independencia.

No, él jamás iba a ser el hombre que hiciera feliz a Jamie Morris. A pesar de lo que afirmaba, era demasiado inocente. Demasiado buena para un hombre como él.

«Tendré que ser su amante».

Ese pensamiento hostigó a Jamie toda la tarde. Había reflexionado mucho en lo que él le había dicho unas noches atrás. En las mujeres que lo servían. ¿Qué tenían que evidentemente ella no poseía?

Hizo a un lado el libro y decidió ir en busca de información, de respuestas. Y aparte de Ben, la única persona que podía satisfacer su curiosidad era Alima.

La encontró en una habitación de invitados vacía, sentada en el borde de la cama y enganchada con una de sus comedias favoritas y una aspiradora cerca. En silencio, Jamie se sentó a su lado.

–¿A quién persigue hoy el buen doctor?

Alima la miró de reojo.

–A la *SaHafi.* A la periodista. Esa que va de un hombre a otro. Que moral terrible tiene.

Jamie pensó que quizá su suerte estaba cambiando, ya que no habría podido pedir una cuña mejor.

–Hablando de mujeres relajadas, hábleme de las de su país.

Alima centró su atención en ella, quizá por el corte publicitario.

–No entiendo.

–Ya sabe, esas mujeres. Las amantes. ¿Qué hacen para complacer a un hombre?

–Una joven como usted no debería preocuparse de esas cosas –chasqueó la lengua.

–Cumpliré veintitrés años dentro de dos meses; ya no necesito niñera. Y no estoy preocupada. Solo siento curiosidad. Bueno –insistió–, ¿cómo complacen a un hombre?

–Hay muchas maneras –Alima escondió la cara detrás de las manos durante un momento antes de revelar una sonrisa.

–¿Cuántas? –se reprendió por sonar tan ansiosa.

–Innumerables. En mi cultura, esas mujeres aprenden a complacer aprendiendo a ser complacidas, dejando que un hombre las guíe.

–¿Y cómo aprenden los hombres? –abrió mucho los ojos.

–A edad muy temprana, los hombres reciben un libro que los instruye en cómo... –apartó la vista–. No tendría que contarle estas cosas.

–No se lo diré a nadie –le tocó el brazo–. ¿Qué clase de libro?

–Un libro que describe puntos en el cuerpo de una mujer, donde tocarlas para... –volvió a apartar la vista–... para prepararlas para el hombre.

Eso explicaba mucho sobre Ben. Pensar en su contacto le puso la piel de gallina. Había estado más que preparada. Y seguía estándolo.

–Así que tienen ese libro, lo leen y luego practican con esas mujeres.

–Sí, ese es el modo.

–¿Y las mujeres reciben un libro?

–No. Ellas deben aprender de los hombres.

–De forma que aprenden haciéndolo.

–Sí. Aprenden a tentar. La manera de desvestirse para volver al hombre… –miró a Jamie fijamente, con cautela–. He dicho demasiado.

–No, de verdad. Cuénteme más.

–¿Por qué hace estas preguntas?

–Por curiosidad, ya se lo he dicho.

–¿No tiene ningún otro motivo?

–Bueno, por si me encontrara con un hombre de su cul… –supo que había metido la pata–. No es que me vaya a suceder. Quiero decir… por aquí no hay ningún hombre con quien vaya a tener un contacto de esa forma –Alima la sorprendió con una sonrisa de complicidad.

–Si se encontrara con ese hombre, es importante que recuerde que se le ha enseñado a mantener el control. Es una mujer fuerte la que puede romper ese control. Sin embargo, la fortaleza radica en su disposición a acatar los deseos de él.

–Se refiere a ser pasiva –la palabra dejó un regusto amargo en la boca de Jamie. Nunca había considerado a las mujeres el sexo débil. Pero si ser pasiva y contenida en su seducción haría que Ben cediera y se entregara, entonces lo haría. Solo una vez. Porque si no lo tenía pronto, se iba a volver loca. Se puso de pie y sonrió–. Gracias, Alima. Es usted la mejor.

–Y usted una niña tortuosa –lo dijo con una sonrisa.

–No, solo interesada –Alima volvió a concentrarse en su programa de televisión y Jamie se dirigió hacia la puerta.

–Señorita Morris.

Se volvió y la vio con la vista clavada en la pantalla.

–Es Jamie. Prefiero que me llame de esa manera.

–Como desee, Jamie –aceptó sin girar la cabeza–. Yo he visto el libro.

–¿Sí? –avanzó un paso.

–Lo encontré en la biblioteca del jeque mientras limpiaba. Está situado junto al cuarto libro en el anaquel superior. En la tapa se ven unas flores muy bonitas. Es una traducción al inglés.

Jamie estaba atónita.

–Parece una lectura muy interesante.

–No lo sé. No leo bien en inglés. Sin embargo, tiene muchas fotos.

–Pero habla muy bien mi idioma.

–El príncipe Hasim es un buen maestro. Creo que lo sería en diversos campos.

–Gracias –se acercó a la cama y abrazó a la mujer mayor.

–Sea cauta, mi niña –Alima le palmeó la mano–. Una mujer que se afana en perder su inocencia, puede perder su corazón con alguien que tal vez no se lo devuelva.

–Gracias. Lo recordaré.

Abandonó la habitación con la advertencia de Alima en la cabeza. Si seguía con su plan, ¿corría peligro de perder el corazón con el jeque, un hombre que evidentemente no estaba interesado en el amor?

No podía pensar en ello en ese momento. Su prioridad era encontrar el libro y luego dar con un modo de practicar la pasividad.

Capítulo Seis

Jamie realmente deseaba arrancarle la ropa.

No era algo apropiado estando en el comedor, con Alima en la cocina. Pero después de pasar la tarde leyendo «el libro», con sus ilustraciones en color, las imágenes aún danzaban en su cabeza… imágenes de Ben y de hacer el amor. Aunque estaba escrito con gusto, el texto y las fotos no dejaban nada a la imaginación.

Alima entró con una bandeja llena de carne, verduras y pastas.

–¿Qué celebramos, Alima? –preguntó Ben, siendo las primeras palabras que pronunciaba desde que se habían sentado.

–No entiendo –depositó la bandeja delante de Jamie y comenzó a servirle.

–Primero nos traes ostras y ahora esto –señaló la bandeja–. Por lo general no sirves *máaza* a menos que se trate de una ocasión especial. Y si no dejas de llenar el plato de la señorita Morris, no quedará nada para mí.

Alima asintió y comenzó a servir la comida de Ben.

–Es en honor de nuestra invitada –miró a Jamie con expresión divertida.

–Comprendo –Ben alzó su copa de vino en dirección a Jamie–. Por nuestra invitada.

–Y por mi amable anfitrión –alzó su copa, con la esperanza de que su anfitrión fuera más amable a medida que transcurriera la velada.

Bebiendo el vino despacio, Ben la contempló con sus ojos de color acero.

–¿Deseas algo más de Alima?

–No se me ocurre nada. Tengo todo lo que necesito –«al menos de ella».

Ben la despidió con un movimiento de la mano y la mujer se marchó.

–¿Has tenido un día placentero? –preguntó.

–Ha sido normal –sin duda él ni se imaginaba lo bueno que había sido–. Después de que te fueras, fue lo de siempre, ver un poco de televisión, ese tipo de cosas –«pensar en lo que me hiciste en el sofá. Leer un manual árabe de sexo».

–He hablado con tu casero –indicó sin mirarla–. Ha aceptado mantener disponible tu apartamento para ti. He contratado a varios hombres para que lo vigilen por si aparece Klimt.

–Estupendo –no quería pensar en su apartamento ni en el hecho de que un maníaco andaba suelto. Solo podía pensar en Ben delante de

ella, demasiado sexy para soslayarlo. Decidió que había llegado el momento del plan A–. Después de la cena, ¿te importa que hablemos un poco antes de que me vaya a la cama?

–¿Algo importante?

–Sí, supongo que se podría decir que sí –«al menos importante para mí».

–¿Lo hablamos ahora?

–No. Más tarde. Después de que Alima se haya acostado.

–Como desees. Yo también tengo algo importante que hablar contigo.

Jamie se preguntó si sería posible que él hubiera cambiado de parecer y quería demostrarle que la deseaba, pero consideró que era una tontería esperar algo así. Era evidente que esa noche tendría trabajo.

Después de cenar en silencio, Alima recogió la mesa mientras Jamie pasaba al salón en compañía de Ben. En esa ocasión, ocupó el enorme sillón de piel, dejándola sola en el sofá.

Pasaron unos minutos de silencio incómodo antes de que ella preguntara:

–¿De qué querías hablarme?

–Se ha visto a Klimt por la zona.

Jamie alzó la vista para mirarlo a los ojos.

–¿Cerca?

–En el rancho contiguo al de Matthew Walker, que es el próximo al mío.

–¿Alguien llamó a la policía?

–Te he dicho que no podemos involucrarla. Si lo hacemos, Klimt no nos conducirá a lo que estamos buscando.

–Oh. Ese «algo».

–Sí, y me he encargado de que mis hombres estén en guardia.

De repente ella tuvo una ocurrencia.

–Sé que me sentiría mucho mejor contigo en mi habitación.

–Quizá sería una buena idea.

–Te lo agradecería –estaba siendo muy fácil.

–Pondré el sillón junto a la ventana.

¿Quería dormir en un sillón? Podría resultar un desafío. ¿Mencionaban sillones en el libro?

–Muy bien. Si es lo que quieres. Pero ya hemos dormido juntos antes y...

El ceño de Ben la frenó en mitad de la frase. Alima se hallaba en la puerta.

–Si no me necesitan, me retiraré a mi dormitorio –indicó Alima.

–Solo son las ocho –dijo Ben, mirando el reloj–. ¿No te sientes bien?

–En absoluto, príncipe Hasim –la mujer juntó las manos–. Solo estoy cansada. Iré a mi dormitorio de inmediato –se volvió hacia Jamie–. Buenas noches, señorita Morris. Si necesita algo durante la noche, por favor, no dude en llamarme. Pero recuerde que me voy a dormir con los auriculares en la cabeza, de modo que no oigo ni un sonido hasta que me los quito mucho después –dio media vuelta y se marchó.

Jamie se quedó boquiabierta y con ganas de sonreír. Alima acababa de demostrarle otra vez que era una mujer sabia. Conocía exactamente lo que Jamie pretendía para Ben, y prácticamente le había concedido su permiso. Pero el humor desapareció de su interior al ver la mirada seria de Ben.

–¿Sabes qué le sucede? –preguntó.

–Nada –lo mejor sería cambiar de tema–. Como iba diciendo, Ben, no hace falta que duermas en el sillón. Puedes quedarte en tu lado de la cama, y yo me quedaré en el mío.

–Eso no sería aconsejable.

–No tienes que preocuparte de que te ataque mientras duermes –se cercioraría de que estuviera despierto.

–No me preocupas tú –los ojos oscuros la atravesaron–. Sería mejor si mantuviera la distancia.

Jamie se encogió de hombros y fingió indiferencia. Era hora de recurrir al plan B.

–Como tú quieras. Pero antes de que continuemos esta conversación, quiero darme una ducha rápida y prepararme para irme a la cama. Luego seguiremos hablando.

–De acuerdo. Yo haré lo mismo, y te esperaré aquí para cuando regreses del cuarto de baño.

Se levantaron al mismo tiempo y aunque se hallaban a casi un metro de distancia, la tensión era palpable. Antes de ceder al impulso que quería dominarla, Jamie dio media vuelta y se dirigió al cuarto de baño.

Una vez dentro, se quitó la ropa y suspiró. Se preguntó si tendría el coraje de volver a seducirlo. Y si lo lograba, ¿sería lo bastante fuerte como para resistir el enredo emocional que ya empezaba a amenazar a su corazón?

Con cada día que pasaba surgía otro motivo para que Ben le gustara. Su honor y honestidad. Su manifiesta sensualidad. Su fuerte voluntad y la vulnerabilidad que trataba de ocultar detrás de una fachada dura. Quería saberlo todo sobre el hombre al que había

llegado a admirar. El hombre al que fácilmente podría amar.

Movió la cabeza con vigor. Se negaba a enamorarse de él. Nunca.

Antes de entrar en la ducha, vio el tocador y se detuvo. Junto al lavabo había un camisón parecido al que había usado el primer día de su llegada. Pero ese era de un color melocotón pálido y el doble de tenue. A su lado había un frasco de líquido color rosa.

Abrió la tapa y olió; luego vertió unas gotas en la palma de la mano. Aceite con olor a fresa. Alzó el frasco y estudió la etiqueta ilegible para quien no supiera árabe.

Alima se había convertido en su cómplice. ¿Quién más podría dejar instrumentos para la seducción? En esa ocasión se permitió reír. Se sentía preparada para cualquier desafío que pudiera presentarle Ben.

Él no tenía ni idea de lo que le preparaba, aunque no tardaría en averiguarlo.

Ben no tenía ni idea de lo que tramaba Jamie Morris, aunque algo sospechaba. Cada movimiento y cada palabra de ella le hacían reconocer lo mucho que le costaría resistir. Una ducha fría no había hecho nada para apagar el deseo que sentía por ella.

Se reclinó en el sofá y la esperó, temeroso de enfrentarse a ella, al mismo tiempo que excitado ante la perspectiva. Rezó para que se vistiera adecuadamente y no se pusiera el camisón que apenas ocultaba sus encantos femeninos.

Uno momentos más tarde, suspiró aliviado al verla entrar con una bata de terciopelo rojo.

–Supongo que has disfrutado del baño, ya que te has ausentado casi una hora.

Con una sonrisa, ella siguió de pie, con una mano escondida en el bolsillo de la bata.

–Sí, fue agradable. Un buen baño despeja la mente y relaja el cuerpo, por decirlo de alguna manera –avanzó hasta quedar delante de él–. ¿Cómo fue el tuyo?

–¿Cómo fue qué? –el cerebro se le vació al filtrarse en su nariz unos suaves aromas femeninos.

–Tu ducha. Supongo que te diste una, ya que tienes el pelo mojado. Aunque no sé, pues llevas puestos los vaqueros.

Unos vaqueros que se ceñían más con cada mirada que le lanzaba Jamie.

–Sí, me duché. Consideré apropiado mantener la mayoría de mi ropa –y maldijo no haberse puesto una camisa. Quizá su subconsciente deseaba que fracasara. O ponía a prueba su fortaleza.

Con una sonrisa diabólica, Jamie dejó caer la bata por sus hombros, revelándole todo a través de la tela casi transparente del camisón: los pechos redondos y lujuriosos, la sombra que anidaba entre sus muslos, la curva de sus caderas. Pero antes de que Ben tuviera tiempo de saborear la visión, se puso de rodillas ante él, mirándolo con ojos encendidos por el deseo.

–Jamie –comenzó con cautela–. Te suplico que consideres lo que estás a punto de hacer.

–Relájate, ¿quieres? –pasó un dedo por el muslo de él–. Me pareció que se te veía un poco preocupado durante la cena. Un poco tenso. Estoy aquí para ayudarte. Tus deseos son órdenes.

Deseó que lo dejara con su consternación. ¿Cómo iba a poder relajarse cuando la tenía tan cerca, vestida parcialmente, la tentación reencarnada?

–Estoy bien –afirmó con un nudo en el estómago.

–Sí, claro. Y yo soy Marilyn Monroe.

Adelantándose sobre las rodillas, subió las palmas de las manos por los muslos de Ben y le separó las piernas para acomodarse entre ellas. Ben decidió que debía detenerla en ese momento antes de que le fuera imposible hacerlo.

–Jamie, no creo...

Ella deslizó un dedo por su entrepierna.

–Por una vez, ¿quieres dejar de pensar, Ben? Intenta sentir. Disfruta el momento.

Se incorporó y comenzó a besarlo en la oreja, en el cuello, luego bajó por el torso desnudo. Ben le aferró la cabeza en un intento por apartarla. Pero como si hubiera perdido la voluntad de luchar, siguió sus movimientos mientras ella le pasaba la lengua por la aureola rosada de su pecho.

Los pensamientos coherentes cesaron hasta que recuperó el autocontrol y le alzó la cara.

–Jamie, ya hemos pasado por esto. No podemos hacerlo.

–En este momento no hay ningún «nosotros» –sonrió–. Soy yo quien lo hace. Solo yo, y lo único que debes hacer tú es reclinarte y disfrutar. Es lo único que te pido.

Metió la mano en el bolsillo de la bata y sacó un frasco del que vertió unas gotas en la mano, para luego dejarlo. Con dedos largos y finos, le pasó el aceite por los hombros, por el pecho, por el abdomen, tenso ante el ataque sensual. En todo momento Ben aferraba los reposabrazos del sillón para evitar tocarla y llevársela a la cama.

Pero la sensación de sus manos delicadas acariciándole el cuerpo le robó la determinación de detenerla.

–Ben –susurró ella sobre su vientre, para luego meter la lengua en su ombligo.

Él pidió fuerzas al cielo, pero la súplica pasó desapercibida cuando Jamie le desabrochó los vaqueros. La erección se tensaba contra la lona y anhelaba la libertad que solo ella podía ofrecerle. Aunque desconocía a qué precio.

Antes de que pudiera analizar qué hacía Jamie, esta le bajó la cremallera por completo. Logró sonreírle cuando ella alzó la vista sorprendida.

–No llevas nada debajo.

–Me resulta innecesario en estas circunstancias, ¿no estás de acuerdo?

–Oh –bajó otra vez la vista, como si estuviera insegura de lo que hacer a continuación.

Si nunca había experimentado la visión de un hombre excitado, quizá eso la convencería de que jugaba con fuego. Esa consideración, sumada al hecho de que Ben ya no era capaz de soportar el tormento, lo llevó a bajarse los vaqueros para revelar todo a ojos de ella.

–Oh –repitió Jamie.

–¿Mi cuerpo te asusta?

Ella negó con la cabeza y bajó un dedo por la extensión de su dureza, provocándole temblores por todo el cuerpo. Volvió a tocarlo, en esa ocasión con palmas untadas de aceite, al principio de forma tentativa, luego con más atrevimiento. Jamie había recuperado la compostura mientras Ben la perdía cada vez más.

–¿Esto te complace, jeque Rassad? –preguntó mirándolo a los ojos y sin quitarle las manos de encima.

Él no fue capaz de recordar la última vez que se había sentido tan complacido o tan duro por desear a una mujer.

–Sí. Me complace mucho.

–¿Qué más te satisfaría?

–Que detuvieras esta tortura antes de que fuera demasiado tarde –logró balbucir.

–No quiero parar. Quiero devolver el favor que tú me hiciste antes.

–No es necesario.

–Oh, yo creo que sí.

Antes de perder todo pensamiento racional, Ben llegó a la conclusión de que Jamie Morris no era tan inocente. Teniendo en cuenta el modo en que lo tocaba y lo acariciaba, era evidente que alguien le había enseñado bien, y odió a ese alguien, aunque desconocía quién podría ser. Lo odió porque había sido el primer hombre en tocarla, y equivocadamente había dado por hecho que

sería él.

Estaba a punto de perder por completo el control, pero no pensaba permitir que sucediera. Y cuando ella bajó la cabeza como para tomarlo con la boca, la resistencia dejó de ser una opción.

Con un gemido animal, la apartó y se levantó para quitarse los vaqueros, incapaz de contener el deseo abrumador que le inspiraba. «Al cuerno las consecuencias». Necesitaba tenerla, estar dentro de ella, tanto como respirar.

Jamie emitió una leve protesta cuando él la alzó en vilo.

–Ben, aún no he terminado.

–Oh, sí, desde luego que sí –susurró al atravesar el salón en dirección al otro extremo de la casa. Hacia la cama y la promesa de placer. Hacia el punto de no retorno–. Pero para mí es solo el comienzo.

Envuelta en los brazos fuertes de Ben y en la embriagadora fragancia masculina, apoyó la cabeza en el pecho velludo y los latidos del corazón de él marcaron un ritmo errático sobre su mejilla.

Estaba sin aliento, extasiada y un poco temerosa de lo que había desatado en Ben.

Él entró en la habitación y cerró la puerta con el pie; luego se tumbó en la cama con ella en brazos. Su erección se pegaba contra el vientre de Jamie, robándole el habla.

–¿Sabes lo que has hecho, Jamie? –preguntó.

–He conseguido volver a ver tu dormitorio –decidió que era un débil intento de humor, en particular cuando él no sonrió.

Ben le apartó el pelo de la frente y le enmarcó la cara con las manos.

–Creo que subestimas el poder que tienes. Dime, mientras aún tienes oportunidad de hacerlo, si deseas continuar. Si estás insegura, dejaré que te marches. Pero si no me detienes, te prometo que llevaré hasta el final lo que ya hemos empezado.

–Lo deseo, Ben –repuso sin vacilación–. Hace bastante que lo deseo.

–Entonces, hecho está.

La besó con toda pasión y su lengua danzó con la de Jamie, entrando y saliendo de los labios entreabiertos. La provocó hasta que la tuvo moviéndose bajo su cuerpo.

Cortó el beso y le quitó el camisón por la cabeza. La expresión que exhibía era casi aterradora en su intensidad. Jamie no le tenía miedo, aunque se mostraba algo aprensiva por el deseo que ardía en sus ojos,

insegura de si llegaría a satisfacerlo. Después de todo, no sabía prácticamente nada sobre el arte de hacer el amor.

–Mi Jamie –suavizó la expresión al acariciarle la mejilla y besarle la cara. Luego bajó las manos para demorarlas en sus pechos, manipulándolos hasta que ella tembló con la fuerza de su propia necesidad–. Tiemblas. ¿Tienes miedo?

–No.

–¿Deseas más?

–Sí.

–Entonces échate. Deja que te muestre todas las formas en que un hombre puede complacer a una mujer.

A Jamie tumbarse le pareció una buena idea. Se sentía tan débil como una mujer hambrienta. Al fin había conseguido la atención de Ben. Los labios de él bajaron por su cuello, para detenerse sobre un pezón. Su espalda se arqueó como si tuviera vida propia, adelantando el pecho, brindándole un acceso mejor. Ben prestó igual atención a los dos senos.

Daba la impresión de que Jamie no podía dejar de temblar. Él se incorporó y se arrodilló entre sus piernas, luego acercó una almohada y la colocó bajo sus caderas. Bajó la cabeza para introducir la cara entre sus muslos y ella supo lo que le haría. Era la promesa de un beso como nunca antes había conocido.

Al primer contacto íntimo de la lengua en su punto vulnerable, Jamie elevó las caderas de la almohada.

–Quédate quieta –dijo él con tono de suave orden.

De algún modo consiguió no moverse mucho, incluso cuando él ahondó el beso, con la lengua y con los labios, para llevarla al umbral de la locura definitiva.

Jamie no logró acallar los sonidos que salían de su boca, sonidos tan desconocidos como ese acto que él ejecutaba con persuasión tan tierna. Las luces centellearon bajo los párpados cerrados. Las sensaciones la dominaron. Ben incrementó la presión de su boca experta hasta que Jamie creyó que iba a gritar. La presión subió y subió, empujándola hacia la liberación.

Jamie quedó totalmente cautiva de la voluntad de Ben mientras éste seguía besándola. Nada pudo prepararla para el clímax que experimentó. Ni un libro ni su imaginación. Nada.

El gemido abandonó su boca a pesar del esfuerzo que realizó para contenerlo. Fue como si estuviera un tiempo fuera de su cuerpo, aunque nunca había sido tan consciente de cada sensación maravillosa. No quería que terminara, pero acabó, dejando una estela de calor lento y una sensación de euforia total.

Abrió los ojos y se encontró con la mirada y la sonrisa de Ben.

–¿Has sentido placer, Jamie? –preguntó despacio.

–¿No es obvio?

–Bien. Pero aún no he terminado.

Tuvo el descaro de volver a tocarla ahí, una y otra vez, y ella careció de la fuerza para oponerse al torrente de percepciones, aunque tampoco habría querido hacerlo. Pero antes de caer por el abismo, se detuvo ante la protesta de Jamie.

–Paciencia –sonrió–. Todavía no ha acabado.

La acercó para hacerle sentir el bulto de su erección, colocándole las manos en sus hombros. Ella cerró los ojos con fuerza.

Cuando comenzó a penetrarla, encontró la resistencia que Jamie sabía que surgiría con la primera vez. De pronto él dejó de intentarlo y ella mantuvo los ojos cerrados.

–Jamie, por favor, no me digas que...

–De acuerdo, no te lo diré.

–Mírame –el tono de voz exigía obediencia–. ¿Eres virgen?

–De hecho... sí.

–¿Por qué no me lo dijiste? –soltó un profundo suspiro.

–No lo preguntaste –él amagó con retirarse, pero no se lo permitió–. Acaba esto, Ben. Juro que si no lo haces, jamás te perdonaré.

La estudió largo rato.

–Quizá yo nunca me perdone por abandonar el buen juicio, pero al cuerno con la lógica. Si esto es lo que deseas, que así sea. No puedo resistirte –con una embestida dura, la llenó por completo. Jamie hizo una mueca y contuvo el aliento. Ben se quedó quieto, dando tiempo a que el cuerpo de ella se adaptara a su intrusión–. Me tientas a darme prisa –susurró–. Es tan agradable que me rodees. Como terciopelo.

–Entonces, date prisa. Por favor.

No era el dolor lo que le producía el deseo de acelerar el acto. El absoluto poder de la posesión de Ben la llenó de impaciencia. El dolor había desaparecido, y en su lugar surgió una necesidad tan grande que ni siquiera era capaz de comprenderla.

Él se movió despacio, retirándose un poco, para volver a hundirse en ella.

–¿Te hago daño? –preguntó.

–No. Ya no.

El siguiente movimiento la obligó a apretar los dientes por el placer intenso que le provocó. Entonces las manos de él parecieron estar por doquier mientras la embestía. La tocó en lugares que Jamie ni siquiera sabía que existían. Con ternura la elevó aún más,

susurrando palabras de alabanza.

–Mi Jamie –repitió una y otra vez.

Y durante un momento ella pensó que era suya. La había marcado con su cuerpo y en ese momento le reclamaba el corazón a pesar de la cautela que había puesto.

Al rato ya no pudo pensar, porque volvió a embarcarse en un viaje hacia la dulce libertad. No sabía muy bien cómo conseguía producirle otro orgasmo, pero así era, y francamente no le importaba cómo lo había hecho. Lo único importante era cómo se sentía en brazos de él, la sensualidad de Ben que la invadía hasta los rincones más hondos del alma.

En esa ocasión, al llegar a la cumbre, gritó el nombre de él. Y Ben también pronunció el suyo antes de temblar y quedarse quieto contra ella.

Hacía tiempo que el gozo puro estaba fuera de la vida de Jamie, pero el júbilo había regresado en los brazos de Ben. Quería cantar. Quería llorar. Se aferró a él, le acarició el pelo, le besó el hombro, memorizó todo lo que él le había dado. Y a pesar de lo mucho que lo intentó, no fue capaz de recuperar el corazón. En ese momento Ben lo poseía, tal como había poseído su cuerpo.

Se dijo que era una tonta. Se había enamorado de un hombre que no podría amarla.

Capítulo Siete

Nunca en la vida Ben había estado tan satisfecho. El frágil cuerpo de Jamie encajaba a la perfección en el suyo, como si fueran una sola persona. Al menos durante unos momentos benditos, habían sido uno.

Al apartarse por temor a pesarle demasiado y ver el destello de lágrimas en los ojos de ella, se dio cuenta de lo que había hecho.

Por un impulso le había robado la inocencia. Nunca antes se había acostado con una mujer virgen, por muchas razones válidas, la más importante su honor. Durante su educación había aprendido que un hombre no arrebataba algo tan precioso sin responder de su decisión. En ese momento su honor estaba en juego, y solo había una opción.

–Nos casaremos.

–¿Perdona? –Jamie se sentó y se apoyó en el cabecero.

Ben la imitó y apoyó las manos en las rodillas.

–Nos debemos casar ahora. Es lo correcto, ya que te he quitado la virginidad.

–Aguarda un momento, Ben Rassad –abrió mucho los ojos–. Por si no lo has notado, estamos en un siglo nuevo y en los Estados Unidos. Esa vieja cláusula de virginidad igual a matrimonio ya no funciona.

Él encendió la lámpara y verla desnuda volvió a darle vida a su cuerpo. La tapó con la sábana para cubrir toda tentación.

–Te he dicho que no puedo cambiar mis creencias –indicó–. Y creo que ahora estoy obligado a casarme contigo.

–¿Obligado? –repitió con tormenta en los ojos–. Yo no me caso por obligación.

–¿Estás segura? Si no recuerdo mal, estuviste a punto de casarte con Payune por ese mismo motivo.

–Idiota.

Ben quiso retractarse. Quiso decirle más, reconocer que ella le importaba mucho. No sabía si lo que sentía era amor, pero imaginó que podría serlo, si le concedía tiempo. Aunque no se atrevía a admitirlo hasta que estuviera seguro. Su honor también lo obligaba a decir la verdad.

Iba a tener que tratar de convencerla de que sus intenciones eran honorables.

–Me ocuparé de todas tus necesidades. Te haré mi princesa. Te daré todo lo que deseas...

–Excepto amor –lo inmovilizó con su mirada verde–. Pero está bien. No quiero tu amor. No lo necesito. No necesito nada ni a nadie.

–Entonces, ¿no tomarás en consideración mi proposición?

–Ni lo sueñes. En esta época la gente no tiene que casarse por practicar el sexo.

–Hacer el amor.

–En ausencia de amor, es sexo –insistió–. Quiero decir, las mujeres no tienen que casarse ni aunque estén embarazadas –abrió mucho los ojos–. Oh, Dios mío. Embarazadas.

–Jamie, ¿no estás protegida contra el embarazo?

–¿Cómo voy a estarlo? Me has mantenido encerrada en esta casa. Además, eso también es responsabilidad tuya.

Ben tuvo que reconocer que debería haberse encargado de esa responsabilidad, pero ni se le había ocurrido.

–Las mujeres que he conocido en mi país, se ocupan de su protección.

–Estupendo –lo miró con ojos centelleantes–. No estamos en tu país, y yo no soy una de esas mujeres. ¿No has oído hablar de los preservativos?

–Sí. Desde luego. Equivocadamente asumí que estarías tomando la píldora anticonceptiva. Te mostraste muy preparada en tu seducción, ¿por qué no iba a creer que estarías preparada para protegerte de un posible embarazo?

–Porque soy una idiota –se llevó la almohada al pecho–. Justo lo que me hacía falta. Pero es la primera vez. Quiero decir, ¿quién se queda embarazada la primera vez?

–Muchas, supongo –la miró a los ojos–; motivo más que suficiente para que nos casemos. Si vas a tener a mi bebé, darás otro heredero al reino de mi padre –y el hijo o la hija que en secreto él siempre había deseado, pero que jamás había considerado como posibilidad.

Jamie salió de la cama, recogió el camisón del suelo y se lo puso.

–No tengo intención de casarme con alguien porque pueda estar embarazada. Y desde luego no pienso hacerlo por haber perdido la virginidad en un arranque de locura –giró y se dirigió hacia la puerta.

–Jamie, ¿adónde vas? –se incorporó con rapidez.

–A mi habitación –respondió de espaldas a él.

No se atrevía a permitir que lo dejara. Por muchos motivos, esa noche la quería con él. El primero por su seguridad y el segundo por razones bastante más egoístas. Anhelaba su proximidad, la quería acurrucada a su lado hasta el amanecer. Quería hacerle el amor una y otra vez, hasta que los dos estuvieran demasiado exhaustos.

Se levantó de la cama y llegó hasta la puerta antes de que ella pudiera abrirla. Apoyó ambas manos sobre la madera y la cara contra la cabeza de Jamie, aspirando la dulce fragancia de su pelo húmedo.

–Quédate conmigo.

–¿Por qué? –preguntó sin volverse.

–Te quiero en mi cama.

–Ya me has tenido en ella. Tres veces.

–Sí, pero esta noche ha sido diferente.

–Ya puedes repetirlo. Y ahora mismo desearía dar marcha atrás. Lamento haber sido tan descuidada.

Ben no tenía remordimiento alguno por haber hecho el amor con ella. Únicamente lamentaba no poder ofrecerle lo que necesitaba, una promesa de amor. Pasó los dedos por su cadera y le ciñó la cintura para pegarla a él.

–Necesito mantenerte cerca. En mis brazos. Segura.

Jamie intentó soslayar las palabras susurradas, la sensación de la erección contra su trasero. No pudo, pero eso no significaba que tenía que hacer lo que él pedía. Se negaba a ofrecerle su control. No pensaba casarse con un hombre que no la amara; había jurado eso después de que Payune hubiera cancelado la boda. No podía comprometerse con un desconocido.

Ben ya no lo era, pero no la amaba. Si, podía desearla, pero eso no era suficiente para cimentar un matrimonio. Quería amor. Quería que la amara. Fantasías estúpidas e insensatas.

–Ahora iré a mi habitación. Necesito un poco de espacio. Tiempo para pensar.

–¿En lo que te he propuesto?

–No. He de pensar adónde puedo ir para largarme de aquí. Lejos de ti.

–No puedes marcharte hasta...

–Lo sé. Hasta que encuentres a ese Klimt, Puedo buscar otro lugar al que ir. Conozco a Lady Helena. Está aquí al lado, con tu vecino, Matt. Imagino que me dejará quedarme con ella un tiempo.

Se apartó de ella musitando algo en árabe con una severidad que Jamie nunca había presenciado en él.

–Eso no será necesario. Puedes quedarte aquí, que te daré tu espacio. No volveré a tocarte. Y maldita seas por lo que me has hecho.

Lo oyó cerrar con fuerza la puerta del cuarto de baño a su espalda y con piernas flojas salió al pasillo. Entonces cayeron las lágrimas, lentas y constantes. Las recibió como justo castigo por revelar su corazón a Ben. Lo había seducido con descaro sin pensar en ningún momento en las consecuencias. Él tenía razón, no resultaba sencillo darlo todo a alguien.

En ese momento quería hacer lo honorable y casarse con ella. Convertirla en su princesa. Sin importar lo mucho que ella lo quisiera, no podía aceptarlo. No a menos que pronunciara las palabras que

necesitaba oír: «Te amo».

Ben apoyó las manos en el lavabo y bajó la cabeza. Abrió el grifo y se echó agua fría en la cara, aunque eso no hizo nada para mitigar el infierno que bramaba en su interior, ni el terrible dolor de su corazón.

Jamie le había entregado su corazón sin titubeos, pero se negaba a ser totalmente suya. Merecía un hombre que se comprometiera sin tapujos. En lo más hondo se preguntaba si ella podría cambiarlo. Mostrarle esa emoción elusiva conocida como amor.

Pero, ¿y si llevaba a su hijo dentro de ella? Debía hacerle comprender la importancia de su unión. Se puso el pijama y regresó al dormitorio. Iría a verla. Volvería a hablar con ella. No debía olvidar el deber que tenía. Debía protegerla con su vida. Al día siguiente discutirían el resto.

Apagó las luces e instintivamente alzó la vista al panel de seguridad que había en la pared junto a la puerta. No brillaba ninguna luz roja que indicara que la alarma se hallaba activada.

Salió a la carrera, con el corazón desbocado y un único objetivo en la cabeza.

Llegar junto a Jamie antes de que fuera demasiado tarde.

El suelo crujió bajo los pies de Jamie y la sobresaltó. El pasillo estaba a oscuras y se sentía extrañamente perturbada. Por lo general Alima dejaba la luz del cuarto de baño encendida para ella. Pero esa noche no lo había hecho.

Tanteando la pared, encontró el pomo de la puerta de su dormitorio, lo giró y abrió.

Una mano la agarró del brazo y la hizo entrar.

Una palma húmeda le cubrió la boca, impidiéndole respirar.

Un pánico ciego le contrajo el pecho cuando quedó pegada a su atacante desconocido. El hedor a cigarrillos y a sudor penetró en sus fosas nasales, provocándole náuseas. Pero el contacto de algo frío y duro en su costado hizo que deseara derrumbarse de miedo.

–Señorita Morris, al fin nos conocemos.

Jamie trató de gritar, pero solo consiguió emitir un gemido. Intentó luchar, lo que consiguió que el hombre le tapara la boca con más fuerza.

–No se mueva, o me veré obligado a hacerle daño.

Jamie se paralizó. La risita maligna del otro la hizo temblar.

–He de decir que Payune no sabía lo que se perdía al cancelar su

acuerdo de matrimonio. Quedaría agradablemente sorprendido al saber que alguien tan joven es una amante tan experta –la voz enloquecida tenía un fuerte acento europeo.

A Jamie le resultaba muy familiar, pero no podía recordar dónde la había oído. Cerró los ojos con fuerza cuando el aliento cargado de whisky le abanicó la mejilla.

–Veo que el jeque ha caído a sus encantos. Me sorprende que la enviara sola a su habitación cuando era evidente que podría haberla disfrutado otra vez. Pero lo agradezco, ya que usted tiene algo que necesito.

Jamie contuvo las náuseas y deseó con todas sus fuerzas poder morderlo, aunque eso no era posible.

–Quiero el vestido de novia –exigió él con tono venenoso.

«¿Para qué querrá el vestido de mi madre?», se preguntó. ¿Tendría que ver con ese misterioso «algo»? Era obvio, pero no disponía de ninguna pista. Necesitaba una oportunidad, una pequeña fracción de tiempo, y entonces podría actuar.

–¿Promete no gritar? –preguntó él. Ella asintió–. Bien.

Despacio bajó la mano y la volvió hacia él. Jamie tosió, sufrió una arcada y luego respiró entrecortadamente varias veces. No pudo discernir las facciones en la oscuridad, pero pudo ver que no era muy grande, quizá unos cinco centímetros más alto que ella. Él le tomó un mechón de pelo y rio, provocándole escalofríos de aprensión.

–Lamento que no haya luz para que pueda verla mejor, pero me temo que es por mi culpa. Aunque cuando la observé en acción con su amante, pude ver muy bien. Realmente disfruté con su… exhibición de afecto –le tocó la cara–. De disponer de más tiempo, quizá habría recurrido a su talento. Pero tengo prisa, así que lo dejaremos para otra ocasión.

–Sobre mi cuerpo muerto –siseó ella.

–Eso se puede arreglar –le metió la pistola en el vientre–, pero primero el vestido. ¿Dónde está?

–En el armario, allí –señaló con un dedo tembloroso hacia las puertas dobles. Cuando el intruso giró la cabeza en esa dirección, Jamie se arriesgó. Subió la rodilla para clavársela con todas sus fuerzas en la ingle.

Sorprendido, el otro soltó el arma para llevarse la mano a la entrepierna. En el acto Jamie dio media vuelta y se topó con el muro sólido de un pecho. En esa ocasión sí que gritó.

–Estoy aquí, Jamie.

«Ben. Gracias a Dios».

La apartó y derribó al hombre con un ruido sordo. Los ojos de

Jamie se habían adaptado a la luz limitada, permitiéndole observar aterrada mientras Ben luchaba con el intruso. Dos figuras oscuras que rodaban por el suelo. ¿Dónde estaba el arma?

Una luz titiló detrás de Jamie, proyectando sombras aterradoras sobre la pared. Se volvió hacia el resplandor y vio a Alima de pie en el umbral con una vela en la mano.

–¿Qué es esto? –preguntó espantada.

–Este es Robert Klimt –gruñó Ben–. Asesino. Ladrón.

Guando Jamie se dio cuenta de que Ben tenía al intruso inmovilizado en el suelo, suspiró aliviada y se dirigió hacia ellos, con Alima detrás. Después de ponerse una bata que había sobre una silla, golpeó algo con el pie y bajó la vista. La pistola. La recogió despacio y la apuntó a la pierna de Klimt, el único lugar que no estaba cubierto por Ben, sentado a horcajadas sobre el otro con las manos cerradas en torno a su cuello. Los ojos del hombre sobresalían de pánico.

–Acerque la vela –le pidió Jamie a Alima.

El ama de llaves avanzó despacio y al resplandor de la vela Jamie estudió los rasgos pequeños y marcados de Klimt, el lunar cerca de la ceja izquierda, y recordó.

–Iba en el avión –indicó.

–Sí. Trataba de escapar –Ben alzó la cabeza del otro–. ¿Dónde escondiste el diamante? –el miedo no se mitigó en el rostro de Klimt, pero no habló.

–¿Diamante? –inquirió Jamie–. ¿Qué diamante?

–El diamante que este animal robó después de matar al barman del club, Riley Monroe –Ben bajó la voz hasta darle un tono amenazador–. ¿No es correcto, Robert Klimt? ¿Mataste a un hombre indefenso después de obligarlo a que te llevara ante las joyas?

–No admito nada.

Ben dejó que la cabeza de Klimt golpeara el suelo con un sonido fuerte, pero no le soltó el cuello.

–Lo admitirás todo –el hombre intentó apartar las manos de Ben, pero sin éxito. Emitió un ruido ahogado–. Te lo preguntaré otra vez. ¿Dónde está el diamante? –ordenó Ben.

Jamie tuvo miedo de que pudiera matarlo antes de conseguir su respuesta si no hacía algo para detenerlo.

–Creo que tiene que ver con el vestido de mi madre –explicó–. O eso piensa él. Me exigió que se lo entregara.

–¿Ahí encontraremos el diamante? –Ben aflojó las manos en torno al cuello de Klimt.

–¿Y qué me sucederá si te lo digo?

–Lo que debería preocuparte es lo que haré contigo si no me lo

dices –amenazó Ben.

–Muerto no te serviré para nada.

–Tiene razón, Ben –convino Jamie, tratando de conseguir que recuperara el sentido común.

La miró un instante antes de volver a centrar su atención en Klimt.

–Si decidiera perdonarte la vida, te entregaría a las autoridades de Asterland. Se encargarán de ti como consideren más oportuno. O quizá te entregue a los americanos. El asesinato en primer grado en el estado de Texas se castiga con la pena capital –sonrió con expresión cínica–. Quizá eso sería lo mejor.

–No –los ojos se le desencajaron por el terror–. No puedes hacer eso. Tengo inmunidad diplomática. En mi país soy un hombre respetado. Soy un...

–Dame la sábana –indicó Ben. Alima fue a la cama, quitó la sábana y se la ofreció a Ben. Con una mano cerrada sobre el cuello de Klimt, tomó la sábana, le ató las muñecas y lo arrastró por el suelo en dirección a la cama. Alzó las manos del hombre y las ató a un poste del dosel, dejándolo suspendido con los brazos sobre la cabeza como un pedazo de carne–. Dame el arma –se dirigió a Jamie.

Ella había olvidado que aún la sostenía. Con manos temblorosas, obedeció.

–Y ahora cuéntamelo todo –ordenó Ben, apuntando a la cabeza de Klimt.

–Si coopero, ¿me aseguras que hablarás con las autoridades de Asterland para informarlos de que te he ayudado en la investigación?

–¿Esperas que así te condenen a una pena menor? –rio sin humor–. Preferiría ocuparme de ti en persona antes que arriesgarme a que no se te castigue de forma apropiada por los crímenes que has cometido. Por matar a mi amigo.

–No volveré a hablar a menos que tenga tu promesa.

–Veré lo que puedo hacer –se froto la mandíbula–, pero no hago promesas en lo concerniente a tu país.

Klimt bajó la cabeza derrotado.

–Maté a Riley Monroe porque fue necesario. Después de que me condujera a las joyas, no pude correr el riesgo de que revelara mi identidad. Pensaba vender las joyas para financiar la revolución.

–¿Payune está relacionado con este plan?

–Actúo solo por el bien de la revolución.

–Recuperamos todas las joyas menos el diamante rojo –afirmó Ben–. ¿Dónde está ahora?

–Lo encontrarás cosido al bajo del vestido de novia.

Ben tensó la mandíbula y Jamie percibió que apenas podía

contenerse.

–Mientes. La señorita Morris me ha informado de que el vestido no estuvo nunca fuera de su alcance.

–Se equivoca –Klimt la observó con ojos llenos de odio–. El vestido fue llevado al tinte dos días antes del viaje a Asterland. Entré en la tintorería y puse yo mismo el diamante allí antes de que ella fuera a recogerlo.

Jamie se quedó boquiabierta al comprender que el otro decía la verdad. Qué estúpida había sido al no recordarlo.

–Lo siento, Ben, ni siquiera pensé en eso. Solo pensé en lo sucedido después del accidente de avión.

–Está bien, Jamie –dijo él con gentileza–. Ya no importa –la pegó a su costado, sorprendiéndola–. ¿Te ha lastimado este cerdo? Si es así, lo mataré ahora mismo.

–¡No! –no podía permitírselo, sin importar lo que ese hombre vil hubiera hecho–. No hizo nada salvo tratar de asustarme.

–Entonces lo dejaré vivir. Por ahora –se volvió hacia Alima–. Ve a buscar a J.D. Debería estar en el porche, aunque tengo mis dudas, ya que le permitió acceso a Klimt a la casa.

–Tu hombre está durmiendo en el porche –afirmó Klimt.

–Estoy aquí, miserable hijo de perra.

Todo el mundo giró hacia la puerta, donde J.D. sostenía una linterna; de la frente la caía un hilillo de sangre. Señaló a Klimt.

–Este cobarde me emboscó y me golpeó en la cabeza. Luego me robó el arma.

Ben se acercó a J.D. y le devolvió la pistola.

–Quédate aquí y asegúrate de que no se mueve.

–Hecho, jefe –empuñó el arma y se plantó ante Klimt con una mueca amenazadora.

–Ya estás a salvo –le dijo a Jamie mientras la apartaba del otro.

Ella solo pudo asentir al ver la preocupación en su rostro.

Ben se dirigió al armario y sacó el vestido de novia. Con cuidado lo depositó sobre la cama. Jamie y Alima se aproximaron mientras él examinaba el bajo. Con un dedo rompió varias hebras para introducirlo entre el pliegue.

–Aquí está.

Alima bajó la vela y la centró sobre la palma de la mano de Ben, que sostenía una joya redonda y roja que centelleaba a la titilante luz. Jamie jamás había visto algo parecido. Supuso que como mínimo tendría cinco quilates. De color rojo, se parecía a un rubí.

–¿A quién pertenece? –preguntó.

–A la ciudad de Royal –Ben cerró la mano sobre ella–, su

propietaria legítima.

–He oído hablar de la leyenda de las joyas –indicó Jamie–, pero nunca creí que existieran de verdad.

–Sí. Y debes prometerme que nunca le hablarás a nadie de su existencia. Eso solo haría que vinieran más buscadores de fortuna como este –con la cabeza indicó a Klimt.

–Lo prometo.

–Ahora ve con Alima –le dijo–. Regresaré a tu lado en cuanto organice que se lleven a Klimt –le dio un beso en la frente antes de dirigirse a J.D.–. Si mueve un dedo, tienes mi permiso para pegarle un tiro.

–Será un placer, jefe –rio.

Ben le quitó la linterna y salió de la habitación.

Jamie observó con ojos furiosos al hombre que había estado a punto de matarla en dos ocasiones; tuvo ganas de darle una patada. Pero parecía tan pequeño y lamentable. Inofensivo. La mano de Alima en su brazo le impidió que cediera a los impulsos vengativos.

–Vamos, pequeña –dijo el ama de llaves–. Iremos a la cocina. Le prepararé una bebida que la ayudará a dormir y podrá contarme por qué este hombre cuelga de su cama.

Capítulo Ocho

Ben permaneció en la puerta hasta que las luces traseras del vehículo desaparecieron de vista. Justin Webb y Matthew Walker acababan de marcharse con el diamante rojo y Robert Klimt. A Klimt lo iban a encerrar en el sótano del Club de Ganaderos hasta que arreglaran su regreso a Asterland, y la joya la iban a guardar con las otras dos hasta que pudieran encontrar un sitio diferente donde ocultarlas. En ese momento lo más importante era abortar la inminente revolución. Pero eso sería más adelante. En ese instante debía ocuparse de Jamie.

La encontró acurrucada en el sofá pequeño de su dormitorio, tapada con un cobertor de seda y con los ojos cerrados. La luz del amanecer se filtraba a través de las cortinas, dándole a su hermoso rostro un resplandor etéreo. Parecía angelical, en paz.

Dio la vuelta con el fin de no perturbarla.

–¿Ben?

–No quería despertarte.

–No dormía. Tengo demasiado miedo para dormir.

Se acercó al sofá y la tomó en brazos. Ella tembló.

–Ya ha pasado todo, Jamie. Se ha ido. No podrá volver a hacerte daño. Estás a salvo conmigo.

La alzó, la llevó a la cama y se tumbó con ella en las sábanas de satén. Jamie se aferró a él y sollozó. Ben la abrazó, la acarició, la besó en los labios y le susurró palabras de consuelo. No sabía qué más hacer. Quería hacerle el amor, pero tenía miedo de que lo rechazara.

Pero Jamie no lo rechazó. De hecho, le bajó la cabeza y lo besó con ansia, aferrada a la camiseta de él. Lleno de una necesidad impaciente, Ben se sentó y se la quitó, luego los vaqueros, mientras ella se desprendía del camisón. Regresó a su lado y le acarició el cuerpo desnudo y encendido con manos codiciosas, memorizando cada curva. Jamie se arqueó hacia él cuando le succionó un pezón. Gimió cuando él introdujo la punta de los dedos por los pliegues entre los muslos. Ben la encontró húmeda y cálida, lista para él. Sin embargo, se tomó su tiempo, acariciándola despacio hasta elevar la tensión y saber que ella no podía aguantar más.

Cuando la respiración de Jamie se tornó jadeante, se hundió en su prieta funda. Ella lo rodeó con las piernas para facilitarle la bienvenida. Ben quiso atemperar los movimientos, saborear el momento, pero ya no fue capaz de soslayar la exigencia del cuerpo que se retorcía bajo él.

Aferrado al último jirón de control, dejó de moverse y se separó, decidido a no sucumbir a su liberación hasta que Jamie no hubiera quedado satisfecha. Ella emitió un gemido de protesta. Ben se sentó y la tomó por la cintura.

–De este modo será mejor para ti –anunció.

No tardó mucho en comprenderlo cuando Ben se tumbó boca arriba. Se situó encima de él. Despacio, descendió sobre su erección y el rostro se le fundió en una expresión de puro placer.

Ben se fortaleció ante las sensaciones embriagadoras y se obligó a resistir un poco más.

–Tú tienes el control, Jamie –murmuró–. Haz conmigo lo que quieras.

No apartó la mirada de sus ojos. En ese momento era Jamie quien tenía el mando absoluto sobre el cuerpo de ambos. Ella cerró los ojos y el labio inferior le tembló. Solo al oírla gemir Ben dio rienda suelta a su propia liberación como nunca antes lo había hecho.

Jamie cayó sobre él, con el corazón martilleándole en el pecho. La abrazó con fuerza por temor a que desapareciera como si fuera un sueño. Pero no lo era. Era real, muy real.

Nunca había experimentado semejante satisfacción. Una sensación tan plena de estar completo. De manera furtiva, ella le había robado el corazón y el alma. Al quedarse dormido, se juró que nunca la dejaría ir.

–¿Adónde vas?

La mano de Jamie se detuvo en el cajón abierto antes de recoger su última ropa interior y guardarla en el bolso.

–A casa.

–No.

Ella lo miró. Ben se hallaba en el umbral, vestido con su ropa árabe. Jamie apartó la vista por temor a ceder.

–No puedes detenerme. Klimt queda descartado del cuadro, así que eso significa que puedo volver a mi apartamento y buscar trabajo. Continuar con mi vida –sintió su presencia detrás de ella.

–Entonces, ¿no tomarás en consideración mi proposición?

–No puedo, Ben –se volvió para mirarlo y la asombró el dolor que vio en los ojos grises–. He de reflexionar en lo que haré a continuación. En conseguir mi independencia.

–Yo te permitiré esas cosas.

–¿Permitirme? Ese es el problema, Ben. No quiero que nadie me permita nada, como si fuera una adolescente que no sabe qué hacer.

Deseo volver a la universidad. Quiero ser una adulta y cuidar de mí misma.

–¿Estás diciendo que no me quieres?

–Lo que hemos compartido ha sido estupendo. Me has enseñado muchas cosas, incluyendo el hecho de que puedo depender de mí misma.

–Aun después de lo que hemos compartido juntos, ¿sigues pensando en dejarme? –preguntó con frustración en la voz–. ¿Te entregarías tan libremente sin nada a cambio?

Él no tenía ni idea de lo que le había dado, y ella jamás lo olvidaría.

–No me queda más elección.

–Sí que la tienes. Cásate conmigo.

–No puedo.

–¿No hay nada que pueda decir para convencerte? –inquirió con expresión derrotada.

Sí que lo había, pero Jamie sabía que no podría decírselo. Tragó saliva.

–Jamás olvidaré lo que hemos compartido. Pero he de seguir adelante. Y tú también. Debes encontrar a una mujer que te dé muchos hijos y se ocupe de tus necesidades. Yo no soy esa mujer.

–Pero puede que estés embarazada de mi hijo.

–Si así es, ya me ocuparé de ello.

–Si es así –se acercó y la tomó de los brazos–, debes contármelo. El bebé será mío.

En ese momento lo entendió. Ben consideraba todo como una posesión.

–Como te acabo de decir, ya me ocuparé de ello.

–No te dejaré sola.

–Si no lo haces, abandonaré la ciudad.

–Te encontraré.

–Tal vez, tal vez no –aunque sabía que disponía del dinero y de los medios para localizarla, sin importar adónde fuera. Pero no podía preocuparse de eso en ese momento–. ¿Serías tan amable de soltarme para que pueda irme a mi casa?

Él entrecerró los ojos y la besó con fuerza. Un beso lleno de frustración, de pasión. Luego la soltó y dio un paso atrás.

–Te dejaré marchar ahora, pero recuerda, no me rindo con facilidad. Puedes estar segura de ello.

Ben trató de concentrarse en la conversación entre sus amigos del

Club de Ganaderos, pero le resultaba cada vez más difícil, igual que la última vez que se habían reunido. No dejaba de pensar en Jamie, en el modo en que había salido de su vida, pero nunca de su mente.

–¿Así que no indicó si Payune estaba involucrado?

Alzó la vista y vio que Aaron Black se dirigía a él.

–Afirma haber actuado solo. Pero yo no lo creo.

–Tampoco nosotros. Por eso hemos decidido que Dakota vaya a Asterland para tratar de aclarar esta situación.

–¿Dónde está el diamante? –inquirió Ben.

–Con las otras joyas detrás de la placa –Aaron indicó con el dedo pulgar por encima del hombro.

–¿Y Klimt?

–En un avión rumbo a su país –respondió Justin–. Prometieron ocuparse de él de forma apropiada.

–Dudo de que le hagan lo que se merece después de lo que él le hizo a Jamie –Ben soltó una risa áspera.

Los miembros intercambiaron unas miradas antes de que Aaron volviera a hablar.

–He estado en contacto con Kathy Lewis y ha aceptado realizar el viaje con Dakota.

Ben estudió la expresión de Dakota, su furia evidente en el modo en que agarraba los reposabrazos de su sillón.

–No sé por qué todos creéis que involucrar a mi ex mujer en este lío va a ser de ayuda.

–Tiene relación con la reina de Asterland –expuso Matt–. La necesitamos.

–¿No hay otro modo? –quiso saber Dakota.

–No. Es la tapadera perfecta. Marido y mujer de viaje a Asterland bajo el pretexto de pasar una segunda luna de miel.

–Nunca funcionará –afirmó Lewis con frustración–. No soy tan buen actor.

–Mira, Dakota –dijo Black–. Sé que Kathy y tú compartís una historia, pero vas a tener que pensar en lo que podemos perder si cae el actual gobierno de Asterland. Todos tenemos fuertes negocios allí, y no solo le debemos al rey tratar de impedir que eso suceda, sino a nosotros mismos.

–Es la única forma –afirmó Ben, sabiendo que sus inversiones iban a sufrir si no tenían éxito con el plan. Además, no había nada que deseara más que Payune recibiera su castigo por su participación en el sufrimiento infligido a Jamie.

–¿Acordado, entonces? –inquirió Justin.

–Sí –Dakota desvió la vista.

–Estupendo –Aaron Black se puso de pie–. Estaremos en contacto. Ahora mismo he de volver con Pamela. Quiere ir de compras para buscarle ropa al bebé.

Todos rieron menos Ben. Justin, Dakota y Aaron se marcharon, pero Matt permaneció sentado frente a él, estudiándolo con mirada suspicaz.

–Y bien, ¿dónde está Jamie?

–Ha regresado a su apartamento.

–¿Oh, sí? Pensé que quizá los dos habíais congeniado y que se avecinaba otra boda.

–Rechazó mi proposición –quiso retractarse nada más soltarlo.

–Entonces hubo algo más que el Gran Ben jugando a ser guardaespaldas.

–Sí, aunque yo no quería que sucediera.

–Ni yo tampoco, Ben. Pero pasó. ¿Qué piensas hacer ahora?

–No lo sé.

–No pensarás dejar que se vaya, ¿verdad?

–Me temo que ya lo ha hecho –martilleó la superficie de la mesa con dedos impacientes.

–Ben –Matt rio–, jamás te vi rendirte con tanta facilidad. A menos que lo que sucediera no signifique mucho para ti.

–No la tengo bajo esa luz –lo miró furioso–. He llegado a entenderla. A respetarla. He llegado a... –calló, temeroso de expresar esas palabras.

–Estás enamorado de ella, ¿no?

–No lo sé –respondió al final–. Jamás he experimentado amor por una mujer.

–¿Sientes como si hubieras perdido a tu mejor amigo al mismo tiempo que estabas cerca de cerrar un trato de un millón de dólares que a último minuto se estropeó? –Matt sonrió.

–Sí.

–Entonces debes aceptarlo. Estás enamorado de ella. Aunque cualquiera de nosotros te lo podría haber dicho el otro día cuando entraste por esa puerta.

–Ya no importa. No quiere verme.

–Entonces deberás esforzarte más. Deberás cortejarla.

–¿Cortejarla? –Ben frunció el ceño.

–Sí, ya sabes, haz cosas por ella. Haz que se dé cuenta de que no puede vivir sin ti –palmeó la superficie de la mesa–. Y yo enviaré a Helena a hablar con ella. Tenemos la misma situación al revés. Helena y tú sois de sangre real, de mundos diferentes. Jamie y yo somos gente corriente. Pero Helena y yo hemos solucionado nuestras diferencias.

Ella probablemente podría ayudar.

–¿Crees que sería posible?

–Es un comienzo. Pero tú también tienes que participar.

–No sé por dónde empezar.

–Ben –Matt soltó un suspiro de frustración–, usa la cabeza para algo más que para tus inversiones. Cómprale cosas bonitas. Prepárale una cena. Sé creativo.

La compra de regalos era algo que Ben podía arreglar sin muchos problemas, pero nunca había alzado un cazo del fuego, mucho menos preparado una comida. Supuso que Alima podría enseñarle algo. Quizá perritos calientes.

Se levantó, listo para poner su plan en acción.

–Consideraré tus sugerencias.

–Le diré a Helena que vaya a ver a Jamie pronto –Matt también se levantó–. Le alegrará salir de casa ahora que han capturado a Klimt.

–Deséame suerte, *sadîiq* –le estrechó la mano–. La voy a necesitar.

–No dudo de que lo harás bien –sonrió.

Por desgracia, Ben tenía serias dudas. Pero se juró que estas no lo iban a detener. No se rendiría hasta no tener otra vez a Jamie Morris en su cama y en su vida para siempre.

Jamie se dejó caer en el sofá, aliviada de haber podido recuperar su antiguo trabajo en el hospital. Su vida. Sin Ben, a quien no había conseguido quitarse de la cabeza. Lo echaba mucho de menos. Y a Alima. Aunque el ama de llaves jamás había preguntado por la relación que mantenían, Jamie sospechaba que sabía lo que había pasado entre ellos.

La llamada a la puerta la sobresaltó. Miró el reloj y se preguntó quien podía visitarla a las ocho de la tarde.

La animó que pudiera ser Ben, aunque temía encontrárselo ante su puerta. ¿Qué le iba a decir?

Se levantó, preparada ante la posibilidad de que del otro lado pudiera estar el jeque. Observó por la mirilla y vio que se trataba de Lady Helena Reichard, impecablemente vestida con un traje de seda de tono azul pastel, con el pelo rubio recogido.

Abrió la puerta con una sonrisa en la cara.

–Helena, no puedo creer que estés aquí.

Helena alzó una caja grande y blanca.

–Y te he traído la tarta de manzana de Manny. ¿Puedo pasar?

–Desde luego –se hizo a un lado.

Entró favoreciendo la pierna derecha en el apoyo y dejó la caja en

la mesa antes de volver a mirar a Jamie.

–El apartamento está de maravilla. Veo que has estado ocupada redecorándolo.

Jamie miró en derredor como si lo viera por primera vez.

–En realidad, yo no fui. Ben… El jeque Rassad es responsable de los cambios –era responsable de muchos cambios, pero no quería abrumar a Helena con sus problemas, no después de todo lo que había tenido que pasar desde que se había iniciado el lío de Asterland. Helena había sufrido quemaduras en el accidente, se le había destrozado el tobillo, y a pesar de ello había logrado salir adelante como una luchadora. En ese momento tenía un nuevo novio en el ranchero Matt Walker, con la boda planeada para unos meses y una vida nueva en los Estados Unidos. Intentó controlar la envidia al apartar una silla. Helena merecía su admiración y respeto, no sus celos por la buena suerte que había tenido–. Siéntate y dime qué te trae hasta aquí.

–Pensé que nos debíamos una visita –respondió–. Ahora que las cosas parecen estar más tranquilas y seguras en Royal, gracias a tu Ben, decidí que necesitábamos hablar.

–No es «mi» Ben –corrigió obstinada, luego lamentó el tono áspero–. Quiero decir, solo es un amigo. Era un amigo. Se mostró muy amable conmigo, mientras permanecí en su casa.

–¿De verdad? –enarcó una ceja fina–. Es un hombre muy atractivo. ¿Es posible que hayas descubierto un pequeño romance?

–En realidad… –no tenía sentido esconderse de Helena. Desde el accidente, había sido lo más próximo a una buena amiga que Jamie había conocido. Con la posible excepción de Alima–. Sí, supongo que se podría decir eso. Nos hicimos más bien… íntimos.

–Eso me ha contado Matt –le sonrió con comprensión.

–¿Ben ha estado alardeando de ello? –frunció el ceño–. En ese caso, iré directamente al rancho…

–No –Helena apoyó una mano en su brazo–. Matt me ha contado que Ben pasa casi todo el tiempo con expresión taciturna y triste.

Si Jamie pudiera creer eso.

–Créeme, no me ama. Es posible que me desee, pero no está enamorado.

–¿Estás segura?

–Sí. Nunca me dijo que me amara. Me pidió que me casara con él después de… Bueno, después de intimar.

–¿Después de haber hecho el amor? –preguntó Helena sin tapujos.

Jamie valoraba el respeto de Helena y no quería que pensara mal de ella, por lo que quería ofrecerle una explicación.

–Yo no pretendía que pasara nada entre los dos, pero surgió –bajó

la vista–. La verdad es que fui yo quien lo sedujo, no al revés. No pude evitarlo. Nunca antes había estado con un hombre, y él era tan… tan…

–¿Irresistible? –Helena rio–. Sé muy bien a qué te refieres. Yo siento lo mismo por Matthew. Los dos son hombres enigmáticos, fuertes, apasionados. No son atributos que una mujer pueda resistir con facilidad.

–Desde luego –convino con añoranza–. Jamás he conocido a alguien como Ben.

–Ni yo a alguien como Matt. Y lo amo con todo mi corazón. ¿Amas a Ben, Jamie? –se adelantó con expresión seria.

Esta quiso llorar, pero se contuvo por fuerza de voluntad.

–Sí, lo amo. Más de lo que nunca imaginé que podría amar a alguien. A veces es tan terco y exigente. Tan diferente de mí por su cultura. Está acostumbrado a que las mujeres sean pasivas. Yo puedo ser cualquier cosa menos eso. No deseo serlo. Me temo que si acepto la proposición de matrimonio de Ben, no será feliz con la verdadera Jamie, y no puedo cambiar quién soy.

–¿Proposición de matrimonio? –Helena se llevó una mano al pecho–. Matt no me contó que Ben se hubiera declarado.

–Sí, lo hizo, porque se sentía obligado a casarse conmigo debido a que «tomó mi virginidad». ¿Has oído alguna vez algo tan retrasado?

–Me resulta honorable que le importe lo suficiente como para pedirte que te cases con él.

–No quiero que se case conmigo porque se sienta obligado.

–Quizá deberías darle otra oportunidad de que te demuestre lo que siente, teniendo en cuenta lo que tú sientes por él.

–Ya ha demostrado su honor al protegerme –la miró a los ojos–. Ahora solo quiero una cosa de él. Quiero que me diga que me ama. ¿Es pedir tanto?

–¿De un hombre como Ben? Es posible. Las palabras puede que no le surjan con facilidad. De hecho, no estoy segura de que se dé cuenta de que está enamorado de ti. Aunque tengo entendido que ahora mismo ofrece una imagen penosa y es solo cuestión de tiempo hasta que llegue a comprenderlo. Míralo desde su perspectiva. Podría tener a cualquier mujer que desee, pero da la impresión de que te ha elegido a ti.

Jamie se levantó para ir a la cocina americana a preparar té.

–No sé si con eso basta.

Helena se reunió con ella ante la barra.

–Lo que estoy a punto de decirte quedará entre tú y yo. Quería venir a verte, pero pensaba hacerlo dentro de dos días, cuando viniera a la ciudad a la consulta que tenía con mi médico. Matt me convenció

de que adelantara la visita después de hablar con Ben. Me contó que el jeque está hecho un desastre.

–¿Así que esto estaba orquestado por Matt y Ben? –preguntó dolida.

–No, Jamie. Acordé hacerlo no porque Matt o Ben lo quisieran, sino porque deseaba que entendieras que sin importar las diferencias que dos personas puedan tener desde un punto de vista cultural, el amor tiene una forma asombrosa de unir esa distancia.

–¿Lo crees de verdad? –no se atrevía a albergar esperanzas.

Helena le pasó un brazo por los hombros.

–Lo único que te digo es que mantengas la mente abierta. Dale algo de tiempo. El tiempo cura todas las heridas –alzó su mano quemada–. Cuento con ello. Ten fe y ofrécele a Ben una segunda oportunidad.

–Lo pensaré, pero ni siquiera me ha llamado. Lo más probable es que ya haya cambiado de idea.

–Nunca se sabe –repuso con una sonrisa–. Y si fuera tú, yo estaría preparada para cualquier cosa.

A la mañana siguiente Jamie no estaba preparada para que dos furgonetas cargadas de flores se detuvieran ante su casa en el momento en que intentaba ir al hospital a trabajar. Los hombres abrieron las puertas de los vehículos y sacaron jarrones con todas las flores imaginables, dos por vez, mientras Jamie observaba atónita. Cuando terminaron de descargar, todo su apartamento había quedado cubierto de flores, desde rosas hasta gardenias. Y en medio algunos capullos que nunca había visto.

Todas eran de Ben, o así lo declaraba la tarjeta, que ponía: «Cásate conmigo - Ben». No «Te quiero», ni ninguna otra palabra de cariño. Intentó no mostrarse decepcionada, pero no pudo evitarlo. Ben trataba de comprar el regreso a su vida.

Que no soñara con que fuera a ceder tan rápidamente.

Al llegar al hospital, lo llamó por teléfono. Por suerte, fue Alima quien respondió.

–¿Está Ben? –le preguntó al ama de llaves.

–Jamie, pequeña, ¿es usted?

–Sí, soy yo. Necesito hablar con su jefe.

–Me temo que no está. Se ha marchado hoy a Canadá, y no lo espero hasta mañana a primera hora.

«Probablemente es lo mejor», decidió. Como oyera su profunda y magnética voz, no sabía cómo reaccionaría.

–Dele un mensaje, por favor. Dígale que me encantaron las flores,

pero que no soy idiota.

–No escribo bien en inglés –repuso Alima tras un prolongado silencio.

–Entonces dígale que gracias, pero que no, gracias.

–Quedará muy decepcionado de no haber podido hablar con usted. ¿Le digo que vuelva a llamarla?

–¡No! Solo transmítale lo que le acabo de decir.

–Como desee, Jamie. Me gustaría decirle que echo mucho de menos su compañía. No tengo a nadie con quien ver mis programas de televisión.

–Quizá podamos hacerlo otra vez algún día –aunque no tenía intención de regresar al rancho–. Podría venir a mi casa. Tengo libres los jueves. Podríamos ver comedias todo el día. Vegetar en el sofá. Bueno, he de irme. Yo también la echo de menos.

–Me alegro –comentó Alima con tono risueño–. El jeque la echa de menos terriblemente. Creo que tiene el corazón roto.

–Estoy segura de que se recobrará con rapidez en cuanto regrese a su hogar –junto a sus amantes, sin compromisos ni ataduras.

–No se irá, aunque su madre ha llamado varias veces desde que usted se marchó. Le responde que aún tiene varios asuntos sin concluir.

–Espero que los concluya pronto. Estoy segura de que su madre también lo echa de menos –tanto como ella misma.

–Creo que esos asuntos inconclusos tienen que ver con usted.

–No hay nada inconcluso entre nosotros, Alima. Se ha terminado, cuente con ello.

–Yo solo cuento con dos cosas, mi querida Jamie. Con que el sol sale por el este y con el poder del amor entre un hombre y una mujer. Haría bien en recordarlo.

Alima se despidió y colgó, dejándola para reflexionar en sus palabras. No cabía duda de que el amor tenía mucho poder, pero Ben no la amaba. Quería poseerla, y Jamie se negaba a ser la posesión de ningún hombre. Ni siquiera del hombre al que amaba.

–¿Sabe la señorita Morris que usted viene esta noche?

Ben le sonrió al casero mayor y se preparó para mentir.

–Sí, lo sabe. Le voy a preparar la cena –indicó las bolsas de papel que llevaba en los bazos.

El hombre lo observó con suspicacia, enfadándolo. Le había anticipado seis meses de la renta del apartamento de Jamie después de que Klimt lo dejara casi destrozado. Había hablado con él varias veces por teléfono, entre ellas para que dejara pasar a los hombres que llevaban los muebles nuevos. Sin duda esos gestos debían indicarle que sus intenciones eran honorables en lo referente a Jamie.

–Señor Grable, le aseguro que a la señorita Morris no le importará que me abra la puerta.

Transcurrió un momento de silencio antes de que el casero volviera a hablar.

–Bueno, supongo que no pasará nada si lo dejo pasar, después de que usted la ayudara con el alquiler y todo lo demás.

–Gracias por su consideración.

–Espero que ella no se enfade conmigo. Encárguese de decirle que todo fue idea suya.

–Me ocuparé de informar a la señorita Morris de su amabilidad.

El hombre lo dejó de pie en el umbral del apartamento de Jamie sin manifestar más protestas. Ben entró y le alegró ver que las flores que le había enviado seguían intactas, y no rotas. Al llegar a casa aquella mañana, Alima le había transmitido el mensaje de Jamie. Eso no lo frenaría en su misión. Esa noche era el comienzo de su «cortejo».

Dejó las bolsas en el mostrador de la cocina y estudió su entorno, sintiéndose tan extranjero como la primera vez que había llegado a los Estados Unidos. Pero se dijo que estaba capacitado para preparar unos perritos calientes.

Hurgó en la bolsa y sacó las salchichas, una lata de chile tejano, un paquete de panecillos y un bote pequeño de mostaza. Las otras bolsas contenían dos botellas de champán, las mejores que podía comprar el dinero, adecuadas para una gran celebración. Esperó que cuando el plan hubiera terminado, Jamie y él tuvieran algo que celebrar.

Leyó las instrucciones del envoltorio de las salchichas. En el mejor de los casos, resultaban vagas. Como quedaba poco tiempo para que Jamie llegara del trabajo, se decidió por el microondas, aunque nunca antes había utilizado uno. Abrió un armario y sacó dos platos con rebordes dorados. Porcelana fina. Le encantó ver que Jamie podía

tener cosas tan agradables después de afirmar que poseía gustos sencillos.

Delante del microondas, contempló los botones con la esperanza de que no tardaran en tener sentido. Las indicaciones sobre las salchichas estipulaban que había que calentar cada una durante treinta segundos. Como iba a calentar tres, preparó el temporizador para cinco minutos con el fin de garantizar que quedaran bien hechas. No le agradaba la idea de comer unas salchichas frías.

Luchó un rato con el abrelatas eléctrico. Vertió el contenido de la lata de chile en una sartén y la puso al fuego con la temperatura en «Máximo». Sintiéndose orgulloso por todo lo que había conseguido hasta el momento, sonrió con satisfacción al abrir la bolsa de los panecillos. No sabía por qué había pensado que sería muy difícil.

Un «pop» sonoro lo sobresaltó. Miró hacia el microondas, que parecía soltar chispas. Abrió la puerta y encontró el plato roto y el interior del aparato cubierto con restos rosados de carne. Se preguntó en qué se habría equivocado.

No importaba. Simplemente seguiría las instrucciones para hervir las salchichas. Por lo menos quedaban en abundancia.

Un olor desagradable seguido de un sonido de borboteo atrajo su atención. El chile estallaba de la sartén como escupido por un volcán, manchando el mostrador blanco y el suelo con parches anaranjados. Sin pensárselo, Ben asió el mango de la sartén, que le quemó la mano. La soltó de inmediato sobre el fuego y se ensució la impoluta camisa blanca con más chile.

Él y la cocina estaban hechos un desastre. Y para su consternación, Jamie se hallaba de pie en la puerta, mirándolo con ojos centelleantes.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó en voz baja y controlada.

–Preparar la cena –recogió un trapo y comenzó a limpiarse la camisa, evitando la mirada de ella.

–Parece que has tenido una buena pelea.

Y daba la impresión de que iba perdiéndola. Pero se juró no rendirse.

–Limpiaré todo.

Jamie se acercó a la cocina, sacó una cuchara de una jarra blanca que contenía varios utensilios y comenzó a remover el chile.

–Está un poco quemado, Ben. No creo que sea comestible en este estado.

–¿Deseas los perritos calientes sin chile? O puedo volver al mercado a comprar otra lata.

–No –movió la cabeza–, no tengo hambre.

Ben estaba hambriento, pero de ella. Iba vestida con unos ceñidos

pantalones negros y una blusa roja de seda. Los pantalones definían muy bien las curvas de su trasero.

–¿A qué viene todo esto? –preguntó ella, apoyándose en el mostrador.

–Quería sorprenderte –se pasó una mano por el pelo–. Demostrarte que sería un buen marido.

Antes de volver a mirarlo, Jamie inspeccionó la cocina, que parecía una zona de guerra.

–No creo que tengas vocación para las artes culinarias.

–Es cierto, pero si nos casamos, Alima cocinará para nosotros.

–De hecho, a mí me gusta cocinar. Y vivir sola.

Pero la mirada vaciló, lo que hizo creer a Ben que le sucedía lo mismo que a él, que no había disfrutado nada estando sola. Con cautela, se acercó y le apartó un mechón de pelo del hombro.

–Te he echado de menos en mi cama. He echado de menos tu canto y tu sonrisa. ¿Tú me has echado de menos?

–Me va... bien –no lo miró a los ojos.

–Creo que estás mintiendo.

–Y yo creo que tú tienes un ego del tamaño de Texas –espetó enfadada.

–Cree lo que quieras –apoyó las manos a cada lado del mostrador–, pero sé que lo que hemos compartido aún hostiga tus sueños, igual que los míos. No creo que puedas olvidar lo bien que encajaban nuestros cuerpos, lo mucho que hemos disfrutado el uno con el otro. Cuánto nos queda por compartir.

Entonces se arriesgó y acercó los labios a los de Jamie, apoyándose en ella para que supiera lo mucho que la deseaba. Al principio trató de resistirse, pero no tardó en abrirse a él y permitirle entrada a los dulces espacios de su boca. Todo Ben quedó consumido por el fuego generado por el beso. Quiso tomarla allí mismo, arrancarle la ropa y penetrarla con la fuerza de la necesidad que lo dominaba.

–¡No! –lo empujó y escapó por debajo del brazo de él–. No vas a repetirlo. No pienso dejarte.

Él giró y la vio contra la pared opuesta, con los brazos cruzados. La contempló hasta que Jamie se ruborizó.

–Parece que ya lo has hecho.

Ella se acercó al microondas abierto.

–¿Qué has hecho con la vajilla de porcelana de mi abuela? –lo miró y señaló hacia la puerta–. Vete.

–¿Por qué? ¿No deseas reconocer lo que hay entre nosotros? ¿Seguirás negándolo?

–Lo que hay entre nosotros es química. Yo quiero más.

–Te daré todo.

–No puedes.

–Dime qué necesitas y buscaré en los confines de la tierra para encontrártelo.

–Si eres demasiado torpe para no darte cuenta de lo que necesito de ti, entonces será mejor que te rindas.

Ben realmente desconocía qué necesitaba de él que ya no le hubiera ofrecido. Se preguntó cómo podría hacerle entender que realizaría cualquier cosa por ella. ¿Cómo convencerla de que su vida no significaba nada sin ella?

Luchó por buscar las palabras para expresarse, pero se le atragantaron.

Jamie suspiró.

–Ben, estoy cansada. Por favor, vete.

No vio sentido en seguir suplicándola. Tenía que desarrollar otro plan, uno que casi con toda seguridad la impresionaría.

–Limpiaré, luego me iré.

–No, yo lo haré. Vete a casa. Dile a Alima que te prepare algo decente para cenar.

–¿Estás segura de que deseas que me vaya?

–Sí, estoy segura.

Volvió a experimentar el dolor familiar en su corazón. Estaba fallando miserablemente en ser un hombre de valía ante los ojos de ella. Pero no podía soportar la idea de dejarla para siempre.

–De acuerdo, me iré esta noche. Pero volveré.

–¿No lo entiendes? No te quiero aquí. No te necesito aquí. ¿Quieres dejar de ser tan endiabladamente terco?

–No pararé hasta haberte convencido de que lo nuestro es estar juntos –luchó contra el deseo de abrazarla. Quizá la dejaría unos días. Su ausencia podría convencerla de que sí lo echaba de menos. Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta–. Que tengas dulces sueños, mi Jamie. Yo los tendré contigo.

Jamie pasó los días siguientes en una bruma mental. Ben no llamó. Tampoco su padre. Nunca se había sentido tan sola y confusa. Al menos tenía su trabajo en el hospital y unas pocas amigas que había hecho en los últimos días.

Después de cumplir con su turno y algunas horas extra, una noche llegó a casa exhausta para encontrar dos cajas sobre la mesa, una grande y otra pequeña, y una nota del casero en la que exponía que las había llevado él en persona para asegurarse de que llegaban en

perfecto estado, tal como había ordenado el «árabe».

Después de preparar té de camomila, Jamie se sentó a la mesa y contempló un rato las cajas, en una mano la navaja multiusos que su padre le había regalado para su duodécimo cumpleaños. Pasados unos momentos, la curiosidad pudo con ella. Dejó la taza y acercó el paquete más pequeño. Lo abrió con la navaja y debajo encontró una caja dorada de la Royal Confection Shoppe. Le encantaba el sitio y a menudo paraba para admirar su escaparate, aunque no podía permitirse el lujo de comprar ninguna de sus caras golosinas.

Dentro descubrió unos bombones de chocolate negro, sus favoritos, y en el centro, rodeado por los bombones, un pequeño estuche de terciopelo.

Lo abrió con aliento contenido. Un anillo con un reluciente diamante oval circundado por esmeraldas, centelleaba bajo la luz del techo. Nunca antes había visto algo tan hermoso. Debía de tener por lo menos dos quilates y ser extremadamente caro.

Se lo puso y descubrió que le encajaba a la perfección. No la sorprendió al saber que procedía de Ben. Desconocía cómo, pero él sabría cuál era la medida de sus dedos, igual que su debilidad por los chocolates, algo que nunca le había contado.

Entre los bombones encontró un trozo de papel. Desplegó la nota y leyó.

Elegí las esmeraldas para que hicieran juego con el color de tus ojos, pero este anillo no puede compararse con tu belleza. Espero que lo aceptes como prueba de mis sentimientos por ti.

Ben

«¿Sentimientos? ¿Qué sentimientos?». Bueno, quizá sintiera algo por ella. Quizá la quisiera un poco. ¿Por qué no iba a poder manifestárselo?

Contempló la otra caja y se preguntó qué diablos podría superar al anillo. En el costado llevaba un aviso de que era algo frágil. Se puso de pie y con cuidado abrió la caja. El interior estaba lleno de espuma de embalaje. Metió la mano y encontró varios objetos envueltos con papel transparente y no pudo creer lo que veía.

Un ángel de porcelana, y debajo más ángeles. Todos de diversos tamaños y formas, muchos réplicas exactas de los que habían sido de su abuela, los que Klimt había destruido con indiferencia.

Con cada uno que abría, otra lágrima bajaba por sus mejillas. ¿Cómo habría sabido Ben lo mucho que significaban para ella?

Se dejó caer en la silla, aferró una estatuilla en la mano y lloró.

Quiso maldecir su persistencia. Quiso maldecirlo por hacer que lo amara aún más. Quiso llamarlo y decirle que fuera a verla para que pudiera mostrarle su gratitud de formas perversas que los dejarían a los dos sin aliento. Pero no lo haría hasta no haber dispuesto de más tiempo para pensar.

Suspiró y recogió los sobres que habían llegado con el correo. Casi todos eran facturas que pagar. Publicidad y una notificación del banco. Abrió esa primero, rezando para no estar en números rojos. Dentro encontró una carta y la tensión sanguínea le subió con cada palabra que leía.

Al terminar, plantó la carta en la mesa, se quitó el anillo y maldijo al jeque.

Ben Rassad tenía más valor que un trapecista, y esa vez no iba a contenerse de decirle que se había pasado.

Jamie se hallaba ante la puerta de Ben musitando una letanía de maldiciones. Llamó al timbre y esperó, moviendo el pie con gesto de impaciencia sobre el porche de madera y el sobre en una mano.

Con anterioridad había anhelado volver a verlo. Abrazarlo. Antes de haber recibido la notificación del banco en la que se le exponía que un benefactor anónimo había pagado la deuda de la granja en su totalidad.

Anónimo. ¡Ja! Sabía muy bien quién tenía esa cantidad de dinero.

La puerta se abrió y Alima apareció con una sonrisa brillante en el rostro.

–¡Jamie, ha vuelto! Soy tan feliz de verla.

Jamie olvidó su furia el tiempo suficiente para abrazar al ama de llaves, aunque luego dio un paso atrás.

–¿Dónde está el jeque?

–En su estudio –repuso Alima con cautela–. ¿Lo llamo?

–No. Creo que lo sorprenderé –sin aguardar la respuesta de Alima, atravesó el recibidor y el pasillo hasta llegar al despacho de Ben. No se molestó en llamar. Lo encontró sentado al escritorio repasando unos papeles. Plantó el sobre delante de él–. Cómo te atreves.

–Veo que has venido a verme, después de todo –repuso con expresión seria.

–He venido a decirte que no me gusta lo que has hecho. No tenías derecho a comprar la granja de mi padre.

–No la compré –echó el sillón para atrás y apoyó las botas en el borde de la mesa–. Simplemente pagué su deuda. A través de mis contactos descubrí que el banco estaba a punto de ejecutar la deuda.

Si no hubiera puesto el dinero, alguna otra persona habría comprado la granja y tú habrías perdido todo.

Jamie ya sentía que lo había perdido todo. Primero su madre, luego su padre. Y lo que era más importante, había perdido el corazón ante el hombre que tenía delante.

–De haberlo sabido, yo misma habría podido solucionarlo.

–¿Tenías ese dinero?

–No... yo... Lo habría encontrado en alguna parte.

–Lo he hecho por ti, Jamie –bajó las piernas y se adelantó–. Por tu padre. ¿Es que no puedes ver que me importa lo que os pase?

–Ni siquiera conoces a mis padres –cruzó los brazos.

–No, es verdad. Pero sé dónde está. He hablado con él.

–¿Dónde? –bajó los brazos–. ¿Cómo lo encontraste? Se lo he preguntado a todo el mundo, y nadie sabía dónde estaba.

–Como te he dicho, dispongo de los medios para encontrar a cualquiera.

–¿Está bien? –preguntó preocupada.

–Está a salvo. Ha estado residiendo en una clínica privada. Un lugar en el sur de Texas que trata el alcoholismo.

Jamie tuvo muchas ganas de llorar, pero se contuvo, mantuvo a raya su dolor.

–¿Por qué no se ha puesto en contacto conmigo?

–Dio por hecho que te habías casado y que vivías en Asterland –se levantó, rodeó la mesa y se plantó ante ella–. Utilizó el dinero del pacto para pagarse el tratamiento.

Jamie sintió alivio y tristeza. Se había equivocado al juzgar los motivos de su padre. Y anhelaba verlo, abrazarlo, decirle lo muy orgullosa que estaba de él por decidirse a recibir ayuda. Reprenderlo por no llamarla.

–¿Me llevarás con él?

Ben se frotó el mentón. Le habría encantado hacerlo, pero le había prometido a su padre esperar hasta que se sintiera preparado.

–Aún no ha terminado con su tratamiento, pero falta poco. He arreglado que lo traigan aquí cuando lo den de alta.

–Supongo que has pensado en todo, ¿verdad? –lo miró con furia.

Dio dos pasos al frente y posó la mano en la mejilla de ella.

–Me encantaría informarlo de que está invitado a nuestra boda.

–No.

–Lo siento –la tomó en brazos con la esperanza de debilitar su resolución–. No es mi intención presionarte. Lo único que te pido es que pienses en mi proposición. Estoy dispuesto a brindarte todo el tiempo que necesites. Me ocuparé de que la granja esté en orden para

el regreso de tu padre.

–Querrá devolverte el dinero –se soltó de su abrazo–. Insisto en que lo dejes hacerlo.

–No se lo negaré –la frustración de Ben fue en aumento–. Pero no será necesario si forma parte de mi familia. Yo protejo a los míos.

–¿No lo entiendes? –las lágrimas cayeron por sus mejillas–. No quiero tu protección. No necesito tu dinero ni tus regalos. Lo que necesito es… –movió la cabeza–. Olvídalo.

–¿Qué necesitas, Jamie, que yo no pueda darte?

–Supongo que eso tendrás que descubrirlo por ti mismo –se frotó los ojos.

Introdujo la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó el anillo que él le había elegido. Lo depositó en la palma de la mano de Ben y le cerró los dedos sobre él.

–Toma. Quizá encuentres a otra persona que pueda llevarlo. Alguien que esté interesada en tu dinero, en tu rango y en tu protección. Esa persona no soy yo.

–No lo quiero.

–Yo tampoco –dio la vuelta y fue hacia la puerta, pero antes de marcharse, volvió a mirarlo–. Los ángeles son hermosos, pero también te los devolveré.

–No los aceptaré. Son un regalo para reemplazar a los que perdiste –en ese momento supo que la había perdido.

–Bien. Gracias. En cuanto regrese mi padre, se pondrá en contacto contigo para comenzar a devolverte el dinero.

–¿Y tú no volverás a verme?

–No puedo, Ben. Es demasiado duro.

–¿Y no tomarás en consideración ser mi esposa? –a pesar de su orgullo, tenía que preguntárselo una última vez.

–No –otro torrente de lágrimas cayó por sus mejillas.

Ben avanzó, pero mantuvo la distancia, a pesar de la poderosa necesidad de abrazarla y besarla. Pero no le iba a permitir marcharse hasta que hubiera dicho todo lo que necesitaba decirle.

–Si en algún momento decides que me necesitas, por cualquier motivo, allí estaré para ti.

–Te lo agradezco.

–Tienes mi palabra de que no te molestaré. Si cambias de parecer, entonces tendrás que venir tú, porque yo no volveré a pedirte nada.

Entonces Jamie desapareció por la puerta y fuera de su vida.

Regresó al escritorio y se dejó caer en el sillón. Arrojó el anillo a un lado, apoyó los codos en la superficie sólida y hundió la cabeza en las manos.

¿Por qué no podía decirle a Jamie con palabras lo que sentía? Lo habían entrenado para ser el mejor soldado, educado para ser el mejor príncipe, se había afanado en ser un buen hombre de negocios; sin embargo, nunca le habían enseñado los caminos del corazón, ni era capaz de manifestar las extrañas emociones que le atravesaban el alma.

También había aprendido a aceptar aquellas batallas que no podía ganar… y no podía ganar a Jamie Morris.

Pero eso no hizo nada para mitigar el profundo dolor de su corazón. Jamás encontraría a otra mujer que lo conmoviera de esa manera.

Se preguntó si de verdad estaba preparado para abandonar la pelea. Su tenacidad lo había sacado de muchos momentos difíciles. ¿Iba a marcharse con tanta sencillez, dejando algo tan preciado?

«Tienes mi palabra de que no te molestaré. Si cambias de parecer, entonces tendrás que venir tú, porque yo no volveré a pedirte nada».

Jamie había dedicado innumerables horas a pensar en las palabras de Ben, en él. Hacía unos momentos había pensado en ir al rancho para decirle que se había equivocado. Que necesitaba volver a verlo tanto como respirar.

Pero Ben no querría verla a menos que aceptara casarse con él. ¿Sería capaz de hacerlo sin saber qué sentía por ella? Estaba desesperada por creer que la amaba. Y a veces así lo intuía. Entonces, ¿por qué no podía decírselo?

Movió la cabeza. Ella tampoco se lo había dicho. Quizá si lo hubiera hecho, eso habría marcado una diferencia.

Sonó el timbre y supo que era él. Rezó para que fuera él. En ese momento iba a tener la oportunidad de manifestarle exactamente lo que sentía. Cuánto lo amaba.

Despacio abrió la puerta y descubrió que se había equivocado. No era Ben.

El júbilo ocupó el lugar de la decepción cuando reconoció al hombre que había en el porche.

El pelo plateado bien peinado, el rostro marcado por arrugas de preocupación, tan familiar como la ciudad en la que había crecido. Era alto, el cuerpo aún erguido y fuerte a pesar de que había llevado una vida de duro trabajo en el campo y de que había perdido a la mujer que había amado más que a la vida misma.

–¡Papá! –se arrojó a los brazos de su padre para abrazarlo con fuerza.

–Te he echado de menos, pequeña –la apartó pero sin levantar las manos de sus hombros–. Cielos, eres una visión maravillosa para estos ojos cansados.

–Y tú –se secó la cara con el dorso de la mano y trató de mostrarse severa a pesar de que quería gritar de alborozo–. Tienes mucho que explicar, Caleb Morris.

–Sí, lo sé –bajó la vista y las manos–. Y también muchas disculpas que ofrecerte. De modo que si me quieres escuchar, me gustaría explicarme.

Jamie cerró la puerta y lo condujo al sofá, donde se sentó a su lado.

–¿Te encuentras bien, papá? –preguntó preocupada.

–Sí –sonrió–. Mejor que en mucho tiempo. Llevo meses sin beber una copa.

–Me alegro tanto. Pero se te ve un poco delgado.

–Lo mismo podría decir de ti. Estás tan flaca como tu madre cuando me casé con ella –la tristeza centelleó por su cara.

–Sé lo mucho que todavía la echas de menos, papá –volvió a abrazarlo–. Yo también la extraño. Pero estaría muy orgullosa si supiera que habías recibido ayuda.

Él juntó las manos y las colocó entre las rodillas, con la vista clavada en el suelo.

–¿Sabes, Jamie? Nunca le he prestado mucha atención a los sueños, pero tu madre se me apareció en uno justo antes de irme. Me dijo que continuara con mi vida, con esa vocecita que siempre usaba cuando llegaba tarde a cenar.

–Lo recuerdo –sonrió.

–También te mencionaba a ti. Me dijo que te cuidara. Por eso lo hice.

–Debiste hacerlo por ti mismo.

Lentamente la miró con expresión avergonzada.

–No me refiero al centro de desintoxicación. Sino a la boda. Quería que tuvieras una vida mejor que la que yo podía ofrecerte. Supuse que si te ibas de esta ciudad y te trasladabas a Asterland, al fin podrías encontrar las cosas maravillosas que te mereces.

–Oh, papá, era feliz siendo simplemente tu hija. Habría llegado a encontrar el dinero para volver a la universidad, al menos después de que tú te hubieras vuelto a levantar.

–En aquella época yo no estaba seguro de que pudiera conseguirlo. Ahora sé que venderte en matrimonio a un hombre al que no amabas no fue algo bueno. Pero también pensé que si no lo amabas, tampoco sufrirías tanto si lo perdías.

–Ahora sé lo mucho que eso duele –las lágrimas cayeron de sus ojos–, y estoy sobreviviendo.

–¿Hablas de ese joven, Ben? –la estudió.

–Sí, supongo que sí.

Caleb se irguió y le tomó las manos.

–¿Lo amas, Jamie?

–Me temo que sí –reconoció sin mirarlo a los ojos.

–Me gustaría decir que lo lamento, pero no puedo –le alzó la barbilla y la obligó a mirarlo–. Sin importar el dolor que me provocó perder a tu madre, no devolvería ni un minuto de su presencia. Fue un regalo de Dios. Tengo paz al saber que duerme con los ángeles.

–Entiendo eso, papá, pero me temo que Ben quizá no sienta lo mismo por mí.

–¿Me estás diciendo que ese hombre no te ama? –frunció el ceño.

–Me ha pedido que me case con él, pero no ha dicho que me ama.

Caleb soltó una risa.

–Yo tampoco se lo dije a tu madre. Al menos en mucho tiempo. De hecho, creo que se lo dije un día junto al arroyo después de... –carraspeó y se ruborizó–. Olvídalo. No sabía ninguna forma bonita de decírselo. Supongo que era un cobarde.

–Ben no es un cobarde –la sorprendió el tono tan defensivo que había empleado–. No estoy segura de lo que siente por mí porque nunca me lo ha dicho.

–Bueno, acabo de pasar casi dos horas en uno de esos jets privados teniendo una larga conversación con él.

–¿Con Ben? –preguntó ella boquiabierta.

–Sí, y lo único que sabía hacer era hablar de ti, de la hija maravillosa que había criado. Apenas pude intervenir.

–¿Estás seguro de que hablamos de Ben Rassad? ¿Del jeque Ben Rassad?

–Dijo que se llamaba Ben. Llevaba una cortina en la cabeza y una túnica.

–Era él.

–Bueno, como hablamos del mismo hombre, estoy convencido de que te ama. Parecía tener el corazón roto. Y sonaba triste.

–¿Así que te trajo hasta aquí?

–Sí. Al aterrizar en Royal, me condujo hasta aquí en persona.

–¿Y se marchó sin más? –apretó las manos de su padre.

–No. Está abajo esperando con uno de sus hombres. Dijo que no subiría a menos que a ti te pareciera bien.

–Quiero verlo –le dio un vuelco el corazón–. Darle las gracias. Pero no quiero que te vayas...

–Jamie –Caleb se incorporó–, necesito ir a la granja y ver aquello. Jeb y May Prentice han cuidado del lugar por mí, pero quiero comprobarlo con mis propios ojos.

–Podrías quedarte aquí. Quiero decir, ¿es una buena idea volver al...?

–¿Al lugar en el que viví con tu madre todos esos años? –asintió–. Ya puedo enfrentarme a esos recuerdos. Ella sigue allí cuidándome.

Jamie se levantó del sofá y volvió a abrazarlo.

–Has recorrido un largo camino. Estoy muy orgullosa de ti.

–Y yo de ti, pequeña. Eres lo mejor que he hecho en la vida. Excepto casarme con tu madre. Ahora me voy a ir y a darte tiempo con tu amigo.

–Hablando de él, hay algo que deberías saber sobre finanzas y la granja antes de irte –titubeó, temerosa de la reacción que iba a provocar el gesto de Ben. Su padre era muy orgulloso.

–¿Te refieres al hecho de que Ben pagó la deuda? –Caleb sonrió–. Me lo contó. Dijo que se lo podía devolver cuando tuviera la primera cosecha. Y todavía me queda un poco del dinero de ese hombre de Asterland. A menos que creas que se lo tengo que devolver al no haberos casado.

–No, papá –rio–. Puedes quedártelo. Créeme, me lo he ganado –lo acompañó a la puerta, ansiosa de ver a Ben después de comprobar que su padre se había recuperado–. Es una larga historia. Demasiado larga para esta noche. Pero mañana iré a prepararte el desayuno, luego podremos mantener una larga conversación.

–De acuerdo. Suena estupendo –le dio un beso en la mejilla–. Le diré a tu amigo que suba. Creo que los dos también tenéis mucho de qué hablar.

–Sí, papá, es verdad.

Al ver el andar rápido y decidido de su padre pensó que tenía mucho que agradecer. Y casi todo se lo debía a Ben. Pensaba decírselo esa noche.

Jamie se apoyó en la puerta y aguardó la llegada de Ben. Se moría por verlo, por abrazarlo y decirle que lo que había hecho por ella y por su padre era más de lo que nadie había hecho nunca por ellos. Quería demostrarle lo mucho que representaba para ella.

Unos minutos más tarde, una llamada hizo que se apartara de la puerta con el corazón desbocado.

La abrió y encontró a Ben allí de pie, con su ropa tradicional y una sonrisa cautivadora en la cara, sosteniendo una bolsa de Claire's.

–¿Qué has traído? –con la cabeza Jamie indicó la bolsa.

–Cena para dos. Tu padre dijo que no se iba a reunir con nosotros. J.D. lo ha llevado a casa. Decidí que Claire's sería mucho mejor que mis intentos por prepararte la cena, aunque estoy dispuesto a volver a intentarlo si tú estás dispuesta a correr el riesgo.

–¿Tú cocinando?

–Eso, y otras cosas.

–¿Qué otras cosas?

–Me gustaría empezar otra vez, Jamie –suspiró–. Demostrarte que no soy el ogro que tú afirmas que soy. Desde que me dejaste, no puedo comer ni dormir. Me es imposible concentrarme en mi trabajo. Solo puedo pensar en lo que compartimos, en cómo era tenerte en brazos. Echo de menos tu risa, la forma en que se te encienden los ojos cuando te toco. Incluso tu forma de cantar. De modo que si me concedes otra oportunidad para...

Jamie lo tomó del brazo y lo hizo entrar, silenciándolo con un beso. La bolsa cayó al suelo. No le importaba nada salvo Ben, el modo en que le devolvía el beso con tanto poder que creyó que las piernas iban a cederle.

No le había dicho que la amaba, pero se había acercado mucho. Y esa noche, por encima de todo, quería estar con él, hacer el amor con él, aunque solo fuera una vez más.

Como si le hubiera leído la mente, Ben la alzó en brazos. Una vez en el dormitorio, la deslizó por su cuerpo y susurró:

–No esperaba esta reacción de ti. Creo que tú también me has echado de menos.

–Muy bien, lo reconozco. Te he echado de menos –casi no podía respirar–. Pero yo tampoco esperaba esta reacción de mí. Hay que fluir.

–No te lo voy a discutir –le besó la oreja–. Pero llevo viajando todo el día. Necesito darme una ducha.

–Yo también –ella sonrió.

–Entonces quizá ese sea el mejor sitio por el que comenzar.

–No hace falta que me lo repitas.

Jamie se quitó la blusa y los pantalones. Ben se desprendió de la túnica y del *kaffiyeh,* y luego se arrancó la camisa blanca que llevaba debajo, enviando botones por todas partes. Después de quitarse los pantalones, se quedaron uno frente al otro totalmente desnudos.

Dejó que Ben la condujera al pequeño cuarto de baño. Abrió la ducha antes de pegarla a él para darle un beso prolongado. Un beso lleno de promesas y pasión.

Luego la tomó de la mano y juntos se metieron bajo el agua templada. Se contemplaron un rato hasta que Jamie comenzó a lavarle el pelo negro y él le devolvió el favor. Rieron, se besaron, jugaron... un preludio agradable a lo que sucedería a continuación.

Jamie vertió un poco de gel en la mano y se puso a frotar el pecho de Ben. La sonrisa sexy de él la enloqueció. Le devolvió la sonrisa y bajó la mano por el vientre. Estaba completamente excitado. Pasó un dedo por su sólida extensión.

Él contuvo el aliento. Jamie observó cómo las facciones se ponían tensas mientras continuaba acariciándolo, memorizando cada centímetro de Ben. Cerró los ojos y ella supo que le faltaba poco para llegar al orgasmo. Muy poco. Y se sintió poderosa.

De pronto él abrió los ojos y le rodeó la cintura.

–Ya basta. Me estás volviendo loco.

–Esa es la idea, Ben –comentó con timidez.

–Todavía no. Como dije antes, esto es solo el principio.

Entonces extendió un poco de gel en sus manos, se arrodilló y le lavó los pies, uno por vez. Jamie contempló su oscura cabeza y comprendió que desempeñaba el papel de esclavo. Nunca había esperado que hiciera algo tan dócil como lavarle los pies. Aunque jamás había esperado conocer a alguien como Ben.

Alzó los ojos grises para mirarla mientras las palmas grandes subían por sus pantorrillas y por el interior de sus muslos, deteniéndose justo antes de llegar al punto de máxima necesidad.

Volvió a levantarse, la tomó de los hombros y la apoyó contra los azulejos fríos. Bajó la boca a un pecho para succionárselo, luego el otro. Jamie gimió de placer. El pasó las manos por la curva de su cintura, de las caderas, y se posó en su intimidad.

–Este es mi sitio, Jamie –susurró–. Dentro de ti. Ser uno contigo.

Los dedos hábiles penetraron en su cuerpo, haciéndola temblar, suplicar.

–Ben, por favor...

–Sshhh. No hace falta que hables. Sé lo que necesitas. Puedo sentirlo.

También ella pudo sentir el constante aumento de presión, de calor, cuando él encontró su centro y se quedó allí. Siguió acariciándola hasta que alcanzó el olvido y gritó cuando le provocó un clímax tan grande que creyó que nunca podría recuperarse. Pero lo hizo, lo suficiente para reprenderlo.

–No es justo. Ahora voy por delante de ti.

–No por mucho, mi Jamie –le besó la mejilla–. No por mucho –sin molestarse en secarse o en apagar la luz, fueron a la cama y se tumbaron sobre la colcha. Se miraron sin dejar de tocarse y explorarse, hasta que él dijo–: Ya no puedo esperar más.

Jamie tampoco. Anhelaba sentir su cuerpo dentro de ella. Pero cuando intentó guiarlo, él se apartó y dejó la cama.

Confusa, ella se sentó y lo vio hurgar en sus pantalones.

–Ben, ¿qué haces?

–He traído los preservativos –se sentó en el borde de la cama y sostuvo los paquetes de plástico para que los inspeccionara.

–No importa –repuso sin poder contener una sonrisa.

–Creo que sí. Al menos para ti. Quiero que sepas que haré todo lo que desees de mí.

Ella le arrebató los preservativos y los tiró a un lado.

–Deseo que me hagas el amor. Ahora.

–¿Estás segura?

–Nunca en mi vida he estado tan segura de algo.

Sin pronunciar palabras, se situó encima de ella y se hundió en el cuerpo que lo esperaba, para unirlos en un plano que iba más allá de lo físico. Se movió despacio, con cuidado, estableciendo un ritmo perfecto. Cada embestida encendía a Jamie.

De pronto se detuvo y enmarcó el rostro de ella con sus manos.

–Lo eres todo para mí –susurró–. Invades mis horas de vigilia. Has capturado mi corazón –la besó despacio–. Y te amo con todo lo que tengo para dar, mi Jamie.

Ella no supo si había oído bien y temió preguntarlo.

–Nunca antes había conocido estos sentimientos –continuó él–. Y ya no puedo negarlos.

–No tienes ni idea de lo mucho que esto significa para mí –lágrimas de alegría cayeron por las comisuras de sus ojos–. Durante mucho tiempo pensé que para ti no era más que una posesión.

–¿Cómo puedes ser mi posesión cuando eres tú quien me posee a mí? –sonrió.

La besó profundamente. Un beso que contenía una promesa de

futuro. En ese momento Jamie supo que era de él. Que eran el uno del otro.

Volvió a moverse en su interior, tocándole el corazón y el alma. Y cuando ya no fue capaz de contener la marea de placer, cedió a la liberación con abandono mientras Ben temblaba y pronunciaba su nombre.

Luego él se puso de costado y ella le apartó un mechón húmedo de pelo de la frente.

–Mi respuesta es sí.

–¿Y cuál era la pregunta? –preguntó con sonrisa perversa.

Era evidente que no pensaba facilitárselo. No lo culpaba, teniendo en cuenta las veces que se lo había pedido y las que ella se había negado.

–Ya sabes. La que llevas haciéndome durante semanas.

–¿La del matrimonio?

–Sí, esa. Y si el ofrecimiento sigue en pie, entonces, sí, me casaré contigo, te volveré loco y te daré hijos.

–Quiero que seas mi esposa por encima de todo el oro del mundo –le tomó la cara entre las manos–. No habrá nadie por delante de ti. Lo único que necesito es la promesa de tu amor.

–Ben, te amo. Creo que te amé desde el momento en que despertaste en mi cama aquella primera mañana.

–Entonces –la besó con suavidad–, ¿prometes despertar conmigo cada mañana y venir a mi cama cada noche? ¿Que estarás siempre conmigo?

Jamie jamás había sentido tanta libertad. Un amor tan sincero.

–Sí. Siempre.

–Bien –volvió a colocarla debajo de él–. Es todo lo que necesitaré.

–¿Y qué me dices de algo para comer? –preguntó ella cuando le crujió el estómago–. Me muero de hambre.

–Y yo –rio él, mirándola con un deseo intenso–, y después de que acabe contigo, podemos cenar y planificar nuestra boda.

Jamie iba con retraso, pero no a la boda.

Disponía de cuarenta y cinco minutos para prepararse para la ceremonia y aproximadamente de un minuto para saber si en su interior llevaba al bebé de Ben.

Sentada en el borde del taburete del tocador, enfundada en su vieja bata de felpa, contempló el tubo blanco de plástico que había cerca del lavabo y esperó la señal que le indicaría si era afirmativo o negativo.

Los segundos pasaron al ritmo impaciente del pie de Jamie sobre el suelo. De pronto apareció una señal de más, que no le dejó dudas de que estaba embarazada.

«Embarazada».

Se sintió bendecida. Pero no sabía cuándo se lo iba a contar a Ben.

Consultó la hora. Todavía tenía que vestirse. Su padre llegaría al apartamento en cualquier momento, para escoltarla hasta el parque de Royal, el lugar que habían elegido para la ceremonia.

Se lo diría después. Esa noticia podía esperar hasta el momento apropiado. Hasta esa noche, cuando estuvieran solos. No quería que nada le robara grandeza a ese día glorioso, cuando se casaría con el hombre al que amaba más que a la vida. Tal como se habían amado sus padres.

Con rapidez se aplicó maquillaje y se onduló el cabello. En cuanto quedó satisfecha con su aspecto, sacó el vestido de su madre y se lo puso.

Sonó el timbre y fue a abrir. Su padre la esperaba. Estaba tan guapo con su traje y su sonrisa radiante.

–Estás igual de bonita que tu madre cuando lució ese vestido hace tantos años. Estaría orgullosa de ti –por la mejilla le cayó una lágrima.

–Para ya mismo. Si lloro, se me estropeará el maquillaje, y entonces nunca llegaremos a tiempo.

–Pues no hagamos esperar a Ben –le ofreció el brazo.

–No, no lo hagamos esperar.

Ben se hallaba bajo el mirador esperando a la novia. El día de abril presentaba un calor inusual y el esmoquin que llevaba puesto le resultaba incómodo. Supuso que la incomodidad se debía tanto al nerviosismo como a la temperatura. No estaría relajado hasta que no tuviera a Jamie a su lado.

Matt se hallaba cerca, charlando con sus amigos del Club de Ganaderos. La estatua de Tex Langley, el fundador del club, se erguía en la distancia. Un grupo de espectadores se había congregado alrededor de las cuerdas que separaban varias filas de sillas blancas alineadas en la hierba para los invitados. Ben dio por hecho que la boda entre un jeque árabe y una mujer de allí atraería mucho interés en la pequeña ciudad. Pero en ese momento lo que único que le interesaba era ver a Jamie.

Alima, sentada en la fila delantera, se puso a llorar cuando el cuarteto de cuerda contratado para la ocasión comenzó a tocar. Supuso que serían lagrimas de alegría. O quizá la música clásica no le

gustaba. Al menos estaba sin sus benditos auriculares.

Varios invitados se volvieron en dirección a la calle cuando una limusina blanca hizo acto de presencia.

A Ben el corazón le dio un vuelco al ver que Jamie bajaba del vehículo. Su Jamie, su amor, que no tardaría en ser su esposa.

Los invitados que habían estado haciendo vida social comenzaron a ocupar sus asientos, entre ellos muchos ciudadanos notables de Royal, incluyendo varios miembros, antiguos y nuevos, del Club de Ganaderos de Texas.

El juez de paz se dirigió al mirador junto a Ben y Matt Walker, que hacía de padrino. La novia de Matt, Lady Helena, la madrina, ocupó su sitio del otro lado. La pareja intercambió una mirada de amor más allá de todo límite. Unas semanas atrás Ben podría haber desdeñado semejante acto, pero en ese momento también él conocía el poder del amor. Un amor que nunca habría considerado posible.

Se volvió hacia la multitud y observó con orgullo cómo Jamie se abría paso hacia el mirador. Caminaba con gracia y brillaba bajo el sol de media mañana como la joya que los había unido. La suave brisa le agitaba el cabello dorado, coronado en lo alto por un círculo de flores blancas. El vestido fluía hasta el suelo y se ceñía a sus curvas con perfección.

El cuarteto comenzó a tocar la *Marcha Nupcial* tradicional cuando Jamie avanzó por el pasillo. Tenía una sonrisa luminosa. Al fin Ben había podido hacerla feliz, y no había necesitado ningún objeto o regalo, solo unas pocas palabras.

En cuanto su padre y ella subieron los dos primeros escalones, Caleb Morris se volvió y besó a su hija en la mejilla; luego le ofreció la mano a Ben.

–Es toda tuya –dijo–. Trátala como el regalo que es, porque si no, tengo un rifle del veintidós cargado y una caja llena de balas –una sonrisa derritió su expresión seria.

–Tiene mi palabra, señor Morris –Ben inclinó la cabeza. Tomó la mano frágil de Jamie y la ayudó con el último escalón. Cuando ella lo miró, notó que sus ojos estaban húmedos.

–¿Estás preparado para esto, príncipe Ben? –preguntó.

–Desde hace semanas –se llevó la mano de Jamie a los labios–. Eres más exquisita de lo que jamás pude imaginar.

–Y tú eres demasiado atractivo para ser verdad.

El juez de paz carraspeó, indicando que se hallaba listo para comenzar la ceremonia que los uniría para siempre. Con voz clara y serena Ben repitió los votos. Jamie deseó poder decir lo mismo de ella. La voz le tembló.

Una vez que intercambiaron las sencillas alianzas de oro que había querido Jamie, el juez de paz anunció que Ben podía besar a la novia. Le tomó la cara entre las manos y ella le rodeó la cintura.

–Te amo, mi Jamie.

–Y yo te amo a ti, Ben.

Entonces sus labios se unieron en un beso largo que hizo que ella olvidara dónde se encontraban.

El fuego invadió su rostro cuando todo el mundo se puso a aplaudir y se oyeron algunos vítores.

Cuando entre más aplausos llegaron a la limusina, Caleb y Alima se unieron a ellos para ir al legendario Club de Ganaderos de Texas, donde se celebraría la recepción. Durante el corto trayecto, Jamie se sintió satisfecha de acurrucarse contra Ben en silencio mientras escuchaba a Alima y a su padre hablar de Hank Williams y George Jones. Un terreno en común compartido por dos personas muy diferentes, algo que podía comprender.

Fueron recibidos en el club con mucha fanfarria y por hordas de personas que Jamie no reconoció. El alcalde los saludó en el vestíbulo. Jamie notó la placa que colgaba encima de la entrada. «Paz, Justicia, Liderazgo». Qué bien entendía el concepto después de haber conocido a Ben. Él representaba esas convicciones, y mucho, mucho más.

Ben la condujo a la mesa donde Matt brindó por los novios y ellos cortaron la tarta. Luego, le presentó a Aaron Black. Jamie ya había conocido a su esposa, Pamela, en el avión con destino a Asterland, aunque en ese momento Pamela estaba muy diferente con el vientre hinchado y la sonrisa radiante. El doctor Webb no tardó en unirse a ellos en compañía de su esposa, Winona, y una pequeña con un vestidito rosa. Matt y Helena, tomados del brazo, parecían perdidos en su propio mundo.

En un rincón, solo, había otro hombre al que Jamie no reconoció. Parecía increíblemente perdido y muy angustiado.

–¿Quién es? –con discreción se lo indicó a Ben.

–Dakota Lewis –susurró Ben–. Otro miembro del club.

–¿Qué le pasa? Da la impresión de haber perdido a su mejor amigo.

–Y así es, me temo. Te lo explicaré luego.

Después de un poco más de conversación, comenzaron a dolerle los pies. Necesitaba hablar con Ben a solas, hacerle saber que estaba lista para irse. Sentía el estómago un poco revuelto.

Cuando Matt y Helena se alejaron, aprovechó la oportunidad y llevó a Ben a un rincón cerca del largo pasillo.

–¿Deseas mi atención, esposa? –sonrió y la tomó en brazos.

–Qué perceptivo eres, marido. ¿Podemos irnos pronto?

–¿Estás impaciente por comenzar nuestra luna de miel?

–Has dado en el clavo –comenzó a besarla en el valle de sus pechos, expuestos por el escote del vestido.

–Estoy más que preparado para hacerte el amor –murmuró, junto con unas pocas palabras elegidas que le aflojaron las piernas–. Creo que hay una sala de conferencias vacía pasillo abajo que es ideal para lo que tengo en mente.

Ella le alzó la cabeza, alejándola de la zona peligrosa.

–Creo que eres un hombre perverso.

–Soy un hombre necesitado de la atención de su esposa –se pegó a ella para indicarle con claridad que tenía unos pensamientos muy perversos.

–Entonces larguémonos de aquí –musitó ella.

–Me despediré y luego podremos irnos. He hecho una reserva en el Royalton Hotel. Me temo que no podremos tener una luna de miel adecuada hasta que la situación no se aclare en Asterland.

Jamie no se atrevió a preguntar qué debía aclararse. Dejaría que Ben mantuviera sus misterios.

–Lamento mucho que tu madre no pudiera asistir.

–Me temo que está loca por mi nuevo sobrino –se inclinó y le lamió el lóbulo de la oreja–. Y es posible que esta noche podamos darle otro nieto.

Jamie no habría podido pedir una cuña más adecuada.

–Me temo que ya es demasiado tarde para eso.

–¿Qué estás diciendo? –alzó la cabeza y bajó la mano al costado.

–Que me hice una prueba esta mañana. Una de esas que compras en la farmacia. Pero se supone que son bastante precisas.

–¿Y?

–Decía que el jeque Hasim bin Abbas kadir Jamal Rassad de Amythra va a ser papá –sonrió.

Bajó los ojos al vientre de Jamie, donde con gesto reverente apoyó la palma de la mano.

–Jamás habría podido esperar un modo mejor de poner fin a este día perfecto –la miró con gozo en los ojos grises–. Salvo, quizá, haciéndote el amor toda la noche.

–Siempre y cuando tu hijo coopere.

La miró con amor en los ojos.

–Espero que sea una niña, con el pelo de oro como su madre, y un corazón fuerte a juego.

–A mí no me importa. Lo amaré, sin importar su sexo.

–Y yo, tanto como te amo a ti.

Ella le rodeó la cintura con los brazos y lo miró a la cara.

–Y bien, ¿cuándo planeamos el regreso a Amythra?

–Este verano, si todo va según lo planeado. Mi madre no tolerará esperar mucho más para conocer a su nuera estadounidense, y mi hermano querrá celebrar otra ceremonia en honor de nuestro matrimonio, si a ti te parece bien.

–Lo que a ti te haga feliz, Ben –se mordió el labio un momento, pensando en lo mucho que tenía que aprender de su cultura–. Nunca antes lo hemos hablado, pero, ¿dónde quieres que vivamos?

–Aquí, en Royal. Debes estar cerca de tu padre. Podemos ir de visita a Amythra a menudo. Y en cuanto nazca nuestro hijo, podremos determinar cuándo quieres acabar tu carrera universitaria.

–¿Lo harías por mí? –tuvo ganas de llorar.

–Por ti haría cualquier cosa. Pensé que ya lo sabrías.

Lo sabía, junto con lo mucho que lo amaba. Nunca más pensaría que una persona no podía cambiar.

–Pero, ¿no echarás de menos a tu familia? ¿Tu hogar?

El le tomó las manos y se las llevó a los labios.

–Durante muchos años no he sabido dónde está el hogar. Ahora que te he conocido, ya lo sé –se inclinó y le dio un beso fugaz, luego la miró con expresión solemne–. Ahora tú eres mi familia, Jamie. Tú me has dado un hogar.